Juan Ramón Molina

# Tierras, mares y cielos



Secretaría de Cultura y las Artes

# Autobiografía

Nací en el fondo azul de las montañas
hondureñas. Detesto las ciudades,
y más me gusta un grupo de cabañas
perdido en las remotas soledades.

Soy un salvaje huraño y silencioso
a quien la urbana disciplina enerva,
y vivo -como el león y como el oso
prisioneros- soñando en la caverna.

Fue mi niñez como un jardín risueño,
donde -a los goces de mi edad esquivo-
presa ya de la fiebre del ensueño,
vagué dolientemente pensativo,

sordo a la clamorosa gritería
de muchos compañeros olvidados,
que fue segando sin piedad la fría
hoz implacable de los negros hados.

¡Todos cayeron en la fosa oscura!
Fue para ellos la vida un triste dolo,
y -el corazón preñado de amargura-
me ví de pronto inmensamente solo.

¿Qué se hizo aquel cuya gentil cabeza
era de sol? ¿El jovencito hercúleo
que burlara en la lucha mi destreza?
¿El dulce efebo de mirar cerúleo?

¿El que bajaba el más lejano nido?
¿El más alegre y mentiroso? ¿El zafio?
¡Para los tristes escribió el olvido,
en el nómade viento, un epitafio..!

¡Hada buena la muerte fue para ellos!
No conocieron el dolor. La adusta
vejez no echó ceniza en sus cabellos,
ni doblegó su juventud robusta!

Desde mi infancia fui meditabundo,
triste de muerte. La melancolía,
fue mi mejor querida en este mundo
pequeño, y sigue siendo todavía.

Sentí en el alma un natural deseo
de cantar. A la orilla del camino,
hallé una lira -no cual la de Orfeo-
y obedezco el mandato del destino,

tan ciegamente, que mañana -cuando,
tránsfuga de la vida, me deserte-
quizás celebre madrigalizando
mis tristes desposorios con la muerte.

No he sido un hombre bueno. Ni tampoc
malo. Hay en mí una dualidad extraña:
tengo mucho de cuerdo, algo de loco,
mucho de abismo y algo de montaña.

Para unos soy monstruosamente vano;
para otros muy humilde y muy sincero;
al viejo Job le hubiera dicho -Hermano:
dame tus llagas y tu estercolero.

Una existencia asaz contradictoria
de placer y dolor, de odio y de arrullo,
ha agitado mi ser: tal es la historia
de mi sinceridad y de mi orgullo.

Goces mortales y terribles duelos,
toda ventura y toda desventura
exploraciones por remotos cielos,
enorme hacinamiento de lectura,

despilfarro de vida sensitiva
abuso de nepentes, los cilicios
mentales; l'alma como carne viva,
la posesión de prematuros vicios;

las miserias del medio; ansias de gloria
que llega tarde: estar organizado
para la lucha y para la victoria,
y ser, a pesar de eso, un fracasado.

¡Todo conspira a hacer horriblemente
triste al que asciende las mentales cumbres,
y a que cruce -con rostro indiferente
o huraño -entre las vanas muchedumbres!

¡Ah, mi primera juventud! La cierta,
la única juventud, la que es divina!
"Lejos quedó, la pobre loba, muerta",
asesinada por mi jabalina.

Al mirarme al espejo ¡cuán cambiado
estoy! No me conozco ni yo mismo:
tengo en los ojos, de mirar cansado,
algo del miedo del que ve un abismo.

Tengo en la frente la indecible huella
de aquel que ha visto, con la fe perdida,
palidecer y declinar su estrella
en los arcanos cielos de la vida.

Tengo en los labios tímidos -en esos
labios que fueron como rosa pura-
la señal dolorosa de mil besos
dados y recibidos con locura,

en dulce cita o en innoble orgía
cuando al empuje de ímpetus fatales,
busqué siempre la honrosa compañía
de los siete pecados capitales;

y era mi juventud, en su desgaire,
como un corcel de planta vencedora,
que se lanzaba a devorar el aire,
relinchando de júbilo a la aurora.

Tengo en todo mi ser, donde me obliga
algo a callar mi doloroso grito,
una inmensa fatiga: la fatiga
del peso abrumador del infinito.

La gran angustia, el espantoso duelo,
de haber nacido, por destino arcano,
para volar sin tregua en todo cielo
y recorrer sin rumbo todo oceano.

Para sufrir el mal eternamente
del ensueño; y así, meditabundo,
vivir con las pupilas fijamente
clavadas en el corazón del mundo;

en el misterio del amor sublime,
en la oculta tristeza de las cosas,
en todo lo que calla o lo que gime,
en los hombres, las bestias y las rosas;

y dar a los demás mi risa o llanto,
la misma sangre de mis venas, todo,
en la copa mirífica del canto,
hecha de gemas, de marfil o lodo;

y no dejar para mis labios nada;
y vivir, con el pecho dolorido,
para ver que, al final de la jornada,
mi sepultura cavará el olvido.

Hoy, que llegué a la cumbre de los años,
ante la ruta que a mis pies se extiende,
pongo los ojos, de terror, huraños;
mas exclama una voz: ¡sigue y asciende!

Mas ¿para qué, señor? ¡Estoy enfermo!
¡Me consume el demonio del hastío!
¡Toda la tierra para mí es un yermo
donde me muero de cansancio y frío!

He abrevado mis ansias de sapiencia
en toda fuente venenosa o pura,
en los amargos pozos de la ciencia
y en el raudal de la literatura.

# Río Grande

*A Esteban Guardiol*

Sacude, amado río, tu clara cabellera,
eternamente arrulla mi nativa ribera,
ve a confundir tu risa con el rumor del mar.
Eres mi amigo. Bajo tus susurrantes frondas
pasó mi alegre infancia, mecida por tus ondas,
tostada por tus soles, mirándote rodar...

Presa fui del ensueño. Tus guijarros brillantes
me parecían gruesos y fúlgidos diamantes
de un Visapur incógnito de rara esplendidez;
y-en tu sonoro y límpido cristal de luna llena-
el espejo de plata de una falaz sirena
de torso femenino y apéndice de pez.

¡Oh infancia! ¡Quién te hubiera parado en tu camino!
Dueño era de la lámpara de iris de Aladino,
de su mágico anillo, de su feliz candor:
como él tuve pirámides de gemas fabulosas,
un alcázar magnífico, mil esclavas hermosas,
y fue mi amada la hija de un gran emperador.

Mas, todo fue más frágil y breve que tu espuma,
más efímero y vago que la temprana bruma,
que sube de tus aguas hacia el celeste azur;
arenas confundidas en tu glacial corriente,
pájaros errabundos que buscan lentamente
las vírgenes florestas que bañas en el Sur.

Lejos de estas montañas, en un lugar distante,
soñaba con tu fresca corriente murmurante,
como en la voz armónica de una amada mujer;

con tus ceibas y amates y tus yerbas acuáticas,
con tus morenas garzas, innobles y hieráticas,
que duermen en tus márgenes al tibio atardecer.

Cuando volví a mirarte, el opio del hastío
me envenenaba; pero tu grato murmurío
tornó a dar a mi espiritu una sedante paz;
lavaste con tus olas sus agrias levaduras,
mi corazón llenaste de cándidas ternuras,
y una nueva sonrisa iluminó mi faz.

Amo tus grandes pozas de tonos verdioscuros,
tus grises arenales y los peñascos duros
con los que a veces trabas una furiosa lid;
y tus abrevaderos, que cubren enramadas,
donde su sed apagan las tímidas vacadas,
como en las fuentes bíblicas el ciervo de David.

Las flores de tus ásperos y espesos matorrales,
tus islotes, cubiertos de espinos y chilcales,
y los musgosos árboles que en tu margen se ven,
el gránulo de oro que en tus arenas brilla,
la raíz que como sierpe se sumerge en tu orilla,
la rama que te besa con rítmico vaivén.

Tus aguas salutíferas me dieron nueva vida.
Infatigable buzo, perseguí en su guarida
a la ligera nutria debajo del peñón:
crucé con fuerte brazo tus remolinos todos,
conocí los peligros que ocultan tus recodos
y me dejé arrastrar de tu canturria al son.

A veces, en las tardes, con perezoso paso
he seguido tus márgenes, que el sol, desde el ocaso,
dora con los destellos de su postrera luz,
presa de una profunda, tenaz melancolía,
tejiendo soñaciones de vaga poesía,
¡que mi Tabor ha sido, pero también mi cruz!

¿Qué dicen los polífonos murmullos de tus linfas?
¿Son risas de tus náyades? ¿Son quejas de tus ninfas?
¿Pan tañe en la espesura su flauta de cristal?
Oigo suspiros suaves... gimen ocultas violas...
alguien dice mi nombre desde las claras olas,
oculto en los repliegues del líquido raudal.

¡En vano estoy inquieto, clavado en tu ribera!
No miraré, oh náyade, tu verde cabellera,
ni el jaspe de tus hombros, ni el nácar de tu tez;
sólo percibo, bajo la superficie fría,
-joyel de una cambiante y ardiente pedrería-
cual súbito relámpago, un fugitivo pez.

De noche- en esas noches solemnemente bellas-
una por una bajan del cielo las estrellas
medrosas, en tu tálamo de aljófar a dormir;
y cuando se despierta la virginal mañana,
vestida con su túnica magnífica de grana,
huyen a sus palacios de plata y de zafir.

En los postreros meses del tórrido verano
semejas un medroso y claudicante anciano,
de empobrecidas venas y de cascada voz;
tus árboles parecen raquíticos enfermos,
tus eras se transforman en miserables yermos,
segadas por el filo de una candente hoz.

Por todos lados hallan los encendidos ojos,
lajas resplandecientes, misérrimos rastrojos
y pedregales agrios donde te encharcas tú;
duermen las lagartijas su siesta en los barrancos,
y la torcaz-del monte en los escuetos flancos-
se queja bajo un cielo de vívido tisú.

Mas ya las nubes abren sus lóbregas entrañas:
un diluvio benéfico desciende a las montañas,
cien arroyos hirvientes hasta tu cauce van;

arrastras en tu cólera los más robustos troncos,
y -sacudiendo peñas y dando gritos roncos-
pareces el hermano del hórrido huracán.

Pláceme así mirarte cuando a tu orilla acudo,
cuando me precipito -enérgico y desnudo-
en tus revueltas aguas que reventar se ven;
y aspiro de tus bosques el capitoso efluvio,
y pienso que eres una corriente del diluvio
que fragorosa bate mi palpitante sien.

Porque amo todo aquello que es grande o que es sublime:
el águila tonante, no el pájaro que gime,
el himno victorioso, no el verso femenil;
las mudas, y solemnes, y vastas soledades,
los lúgubres abismos, las fieras tempestades,
¡todo lo que es soberbio, grandioso o varonil!

Te amo por eso cuando con vigorosas alas,
te cruza-mientras turbio y aterrador resbalas
lanzando gritos ásperos el martín-pescador;
y, columpiando agrestes parajes nemorosos,
vas a asustar los viejos caimanes escamosos,
tendidos en la costa con plácido sopor.

Sigue rodando, oh río, por tus eternos cauces,
ve a endulzar del enorme Pacífico las fauces,
sé un manantial perenne de vida y de salud;
muy prontó iré a tu orilla, con ánimo cobarde,
bajo la paz augusta de una tranquila tarde,
a recordar mi loca y ardiente juventud.

Mañana-cuando me haga sus misteriosas señas
la muerte-bajo un lote de cardos y de breñas,
en una humilde fosa tendré que reposar;
sin que ninguno inscriba, pues de verdad nadie ama,
sobre una piedra mísera y tosca un epigrama
piadoso, que a las gentes convide a meditar.

Pero mi oscuro nombre las aguas del olvido
no arrastrarán del todo; porque un desconocido
poeta, a mi memoria permaneciendo fiel,
recordará mis versos con noble simpatía,
mi fugitivo paso por la tierra sombría,
mi yo, compuesto extraño de azúcar, sal y hiel.

Envuelto en un solemne crepúsculo inefable
dirá tal vez pensando en nuestro ser variable:
-"Cual nuestro patrio río su espíritu fue así:
soberbio y apacible, terrífico o sereno,
resplandeciente de astros o túrbido de cieno,
con rápidos, y honduras, y vórtices." Tal fui.

Tal fui, porque fui hombre, oh soñador ignoto,
pálido hermano mío, que en porvenir remoto
recorrerás las márgenes que mi tristeza holló.
¡Que el aire vespertino refresque tu cabeza,
la música del agua disipe tu tristeza
y yazga eternamente, bajo la tierra, yo!

# A un pino

Oh pino, oh viejo pino de mi tierra,
que del monte en la cima culminante,
alzas tu copa rumorosa y verde
meciéndote al impulso de los aires.

¿Cuántos años hará que no se atreven
los rayos de las nubes a tocarte,
como a los compañeros de tu infancia
que calcinados por el suelo yacen?

Ellos -en una noche tenebrosa
preñada de terribles tempestades
alumbraron, ardiendo como teas,
la montaña y las sombras insondables.

Cruzaban mil relámpagos el cielo
como rojas culebras deslumbrantes:
todos los vientos en tropel rugían
como las fieras cuando tienen hambre.

Las negras cataratas de los cielos
dieron suelta a sus liquidos raudales,
y los profundos y espumosos ríos
se desbordaron por las anchas márgenes.

Las rudas alimañas de los bosques
huyeron a la cueva a refugiarse,
y el hombre mismo se entregó al espanto
bajo el techo que cubre sus hogares.

Al descorrer la aurora en el oriente
de su balcón los rojos cortinajes

Cubran tus hojas, como alfombra verde,
los atrios y las plazas y las calles;
o, convertido en asta, en un extremo
que flote de mi patria el estandarte.

No te conviertan las civiles luchas
en antorcha que incendie las ciudades,
ilumine matanzas fratricidas
lívidos charcos de hondureña sangre.

Mas si el hombre y los rayos te respetan,
si el huracán sañudo no te abate,
quiero, al morir, que te derriben, oh árbol,
y que la sierra te divida en partes.

Que me construyan con tus pobres tablas
el ataúd donde mis huesos guarden,
y con tus ramas una cruz humilde
donde se posen a cantar las aves.

# Pesca de sirenas

Péscame una sirena, pescador sin fortuna,
que yaces pensativo del mar junto a la orilla.
Propicio es el momento, porque la vieja luna
como un mágico espejo entre las olas brilla.

Han de venir hasta esta ribera, una tras una,
mostrando a flor de agua el seno sin mancilla,
y cantarán en coro, no lejos de la duna,
su canto, que a los pobres marinos maravilla.

Penetra al mar entonces y coge la más bella,
con tu red envolviéndola. No escuches su querella,
que es como el llanto aleve de la mujer. El sol

la mirará mañana -entre mis brazos loca-
morir- bajo el divino martirio de mi boca-
moviendo entre mis piernas su cola tornasol.

# Madre melancolía

A tus exangües pechos, Madre Melancolía,
he de vivir pegado, con secreta amargura,
porque absorví los éteres de la filosofía
y todos los venenos de la literatura.

En vano -fatigada de sed el alma mía-
sueña con una Arcadia de sombra y de verdura,
y con el don sencillo de un odre de agua fría
y un racimo de dátiles y un pan sin levadura.

Todo el dolor antiguo y todo el dolor nuevo
mezclado sutilmente en mi espíritu llevo
con el extracto de una fatal sabiduría.

Conozco ya las almas, las cosas y los seres,
he recorrido mucho las playas de Citeres...
¡Soy tu hijo predilecto, Madre Melancolía!

# Adiós a Honduras

*(Vapor Costa Rica, 1892).*

*Adieu patrie!*
*L'onde est en furie*
*Adieu patrie!*
*Azur!*
*(Hugo - Les Chatimants)*

Voy a partir: adiós! La frágil nave,
deslizándose suave,
lanza a los cielos su estridente grito;
y el humo ennegrecido que respira,
en colosal espira
asciende a la región de lo infinito.

Las alas de oro, lánguida y cobarde,
pliega la mustia tarde
en la insondable cuenca del vacío,
como águila cansada que al fin toca
su nido en la alta roca,
y se recoge, trémula de frío.

Quebrándose en el vidrio de los mares
los destellos solares
las espumas blanquísimas inflaman;
y como hambrientas e irritadas fieras
-mordiendo las riberas-
las bravas ondas estallando braman.

El viejo sol, que su esplendor difunde
desde el ocaso, se hunde
con un nimbo de vivas aureolas:
el alción fatigado el ala cierra,
y se aduerme la tierra
al sollozar de las hinchadas olas.

¿Por qué, por qué con la mirada incierta
sigo, desde cubierta,
la dirección del puerto de Amapala,
si el vapor, con seguro movimiento,
sobre el blando elemento
en busca de otras playas se resbala?

¡Oh, tarde melancólica! ¡Oh, astro
que luminoso rastro
dejando sobre el mar, en él te hundiste!
¡Oh, vagabundas nubes! ¡Oh, rumores:
afanes punzadores
llevo en el alma, dolorida y triste!

No es el amor el que a sufrir me obliga
y el corazón me hostiga
al despedirme de mi tierra ruda;
ni la ciega ambición desenfrenada
que a la mente exaltada
cual venenosa víbora se anuda.

Es un oculto y hondo sufrimiento,
algo como un lamento,
el recuerdo de lúgubres escenas,
el horrible chocar de los cuchillos,
el roce de los grillos
y el siniestro rumor de las cadenas.

¡Qué triste es ver que el cóndor de la cumbre
al foco de la lumbre
vivífica del sol el ala tienda,
y de repente, al mutilarlo un rayo,
en tremendo desmayo
en espantosa rotación descienda!

Como ese cóndor del crestón bravío
el noble pueblo mío
movió a la libertad las grandes alas,

y al remontarse a coronar su anhelo
un audaz tiranuelo
se las ha cercenado con las balas.

Así como la flor, rica en esencia,
manchan con su excrecencia
el purísimo cáliz los insectos,
han deshonrado el hondureño solio
-con torpe monopolio-
mandatarios estúpidos y abyectos.

¡Oh, pobre patria! El que de veras te ame,
en indolencia infame
no mirará el ridículo sainete,
sin que encamine, trágico y austero,
el paso al extranjero,
o a los histriones con las armas rete.

Por eso en tus fronteras montañosas
sobre olvidadas fosas
que baña el sol con sus ardientes luces
contempla el caminante, entre zarzales
y abruptos peñascales,
alzarse al cielo solitarias cruces.

Yacen allí, tras las batallas cruentas,
las torvas osamentas
de tus hijos más dignos y valientes,
y que rodaron, en su rabia loca,
de una roca a otra roca
el cartucho mordiendo entre los dientes.

¡Ay! A pesar del largo despotismo
que te empuja al abismo,
a la nostalgia sin hallar remedio,
mares cruzando y anchos horizontes,
tornamos a tus montes
porque nos mata un incurable tedio.

Vi humillada en el polvo la bandera,
extinguida la hoguera
del patriotismo, alzados los protervos,
hundido el pueblo en vergonzosas cuitas,
las águilas proscritas
por una banda de voraces cuervos.

Vi... ¿Mas pudiera el pensamiento mío
describir el sombrío
lúgubre cuadro de baldón y mengua
que me llenara de indecible espanto?
¡Vigor falta a mi canto
y siniestros vocablos a mi lengua!

Cuando enaltece el déspota triunfante
la poesía vibrante
es triste objeto de irrisión y mofa.
¡Para el infame que a su pueblo abruma
con el terror, la pluma
puñal se vuelva, y bofetón la estrofa!

Los que sufrís en ocio envilecido
sin lanzar un rugido
el látigo ominoso del verdugo,
¿por qué lloráis? ¡Bien merecéis, menguados,
ser vosotros atados
como los bueyes al innoble yugo!

Pero ¡qué exclamo! Perdonadme, amigos,
que impasibles testigos
no fuisteis nunca de la patria ruina,
porque habéis muerto con valor sereno,
coméis un pan ajeno
o sufrís en hedionda bartolina.

Perdonadme también los que entre crueles
burlas, en los cuarteles,
atados de los pies y de los brazos,
con fieros palos y con golpes rudos
de los cuerpos desnudos
la carne os arrancaron a pedazos.

Y tú también perdóname, ¡oh robusta
juventud, que a la justa
ira cediendo, entre el común asombro,
llevaste a cabo insólitas hazañas
luchando en las montañas
muerta de hambre y el fusil al hombro!

De la ciudad al triste caserío
despertó al fin el brío,
a tu voz, de los hijos de mi tierra;
y en sus bases graníticas sentados
los montes enriscados
tu ronco grito repitieron: ¡guerra!

¿Por qué fue en balde el temerario arrojo
con que en sublime enojo
el pecho diste a la mortal metralla?
¡Ahora que triste la mirada giro
en derredor, te miro
sin sepulcro en los campos de batalla!

¿Qué fue de aquellos que estreché las manos,
que quise como hermanos
en otros tiempos y mejores días?
¿Dónde están? ¿Cuántos son? ¿Por qué se vedan?
¡Ay! ¡De ellos sólo quedan
ilustres sombras y osamentas frías

¡Todos murieron en la lucha fiera
al pie de su trinchera,
víctimas nobles de un brutal encono;
y hoy en Honduras, cometiendo excesos,
alza, sobre sus huesos,
un despotismo asolador su trono!

A los malvados que a su pueblo oprimen
con el crimen, el crimen
ha de poner a sus infamias coto,
o volarán, odiados y vencidos,
del solio, conmovidos
por un social y breve terremoto.

Vendrá la redención...Me voy en tanto.
La noche tendió el manto
por la callada inmensidad del cielo,
y cual del sol enamorada viuda
melancólica y muda
vierte la luna un resplandor de duelo

La fresca brisa con su beso alivia
mi frente que arde, y tibia
aspiro una ola lánguida de aromas,
¡Efluvio de mis rústicos alcores!
¡Hálito de mis flores!
¡Emanaciones de mis verdes lomas!

Queda la Isla del Tigre tras la quilla
del vapor: el mar brilla
salpicado de espumas luminosas,
que se encadenan y que forman luego
mil culebras de fuego
sobre las negras aguas temblorosas.

# Aguilas y cóndores

*A Alejo S. Lara*

*Para ti, gran inteligencia y gran corazón, que-en el augusto silencio de la amistac enfloraste mi lira y me tendiste la mano. -Mi espíritu augur- a través de la diaria vida mediocre-hace un signo a tu alma patricia-véneta o florentina triplemente capaz de amar, sentir y comprender*

*J.R.M.*

Portaliras ilustres de nuestro Continente:
miremos el futuro con ojos de vidente,
con ojos que irradiasen-de sus cuencas sombrías-
la luz de las más grandes y fuertes profecías;
la luz de Juan- con su águila y su delirio a solas-
frente al eterno diálogo de las convulsas olas,
que oyeron-bajo un cielo de horror y cataclismo-
las cosas que le dijo la lengua del abismo;
voces de Dios: hipérboles, parábolas y elipsis,
que truenan en el antro del negro Apocalipsis!

¿Hermanos no seremos en la América?
Todos
nacimos de los gérmenes vitales de sus lodos:
desde el rubio hiperbóreo que en el norte domina
hasta el centauro indómito de la pampa argentina,
que rige los hijares de su salvaje potro
como las ruedas rítmicas de su máquina el otro,
cual si quisieran ambos-henchidos de arrogancia-
suprimir el osbtáculo del tiempo y la distancia.

Para Dios-que los orbes con su palabra crea:
que, antes que el viejo kosmos, hizo el fiat de la idea,
dando así-en la medida de su alto pensamiento-
más valor a una sílaba que a todo el firmamento,
porque hay una mecánica más divina y completa
en una hermosa idea que en el mejor planeta:
para ese Dios que todo lo ve, lo pesa o traza,
no hay en el Nuevo Mundo más que una sola raza,
raza que tiene sones de próxima marea
a los pies de los Andes: muralla ciclopea,
dragón en cuyo dorso se erizan cien volcanes,
que barre con su apéndice el mar de Magallanes,
y tritura en sus dientes-en la región del bóreas-
un enorme oso blanco: las tierras hiperbóreas.

¿Quién habla de conquistas fatales?
El destino
nos lleva a grandes pasos de luz por el camino
que se hunde en la abruptas gargantas de la historia.
Calienta nuestros éxodos un almo sol de gloria;
de otras razas cargamos los cíclicos escombros
para oprimir en ellos nuestros hercúleos hombros;
cortamos en los bosques las más ilustres palmas;
fundimos en las almas antiguas nuestras almas;
seguimos, como norma de vida, los ejemplos
máximos: el Dios único se adora en nuestros templos;
somos los herederos de un mundo amortajado:
¿Qué hacer con ese enorme depósito sagrado?

¡Un manantial de bienes, magnífico y fecundo!
Cuando Dios nos donara este soberbio mundo;
cuando trazó a Colombo su misteriosa estela,
soplando-desde el cielo-la lona de su vela;
cuando le envió-del fondo de incógnitas orillas
como señal de tierra, sus algas amarillas;
cuando empujó benigno, con invisibles manos,
la popa en que los graves patriarcas puritanos,
confiándose en su biblia, iban cantando en coro,

sobre las turbias aguas del piélago sonoro,
para que-en las enormes y hostiles soledades
alzaran sus soberbias y cíclicas ciudades;
cuando envió sus ciclones y sus borrascas fieras
a Cabral-arrojándole a costas brasileras-
para que las sublimes trompetas de la fama
proclamasen su nombre con el del alto Gama,
y el genio lusitano brillara prepotente
desde el remoto Oriente al lejano Occidente,
no he para dar vida a razas de Caínes:
¿cómo iban a ser esos sus misteriosos fines?

Fue para que-de América en el feliz regazo-
nos diéramos eterno y fraternal abrazo
de amor-de los dos mares al gigantesco arrullo-;
de sus florestas tórridas al lirico murmullo,
donde el Pan del futuro ensayará su flauta
ajustando sus sones a una divina pauta
de paz.
Junto a los ríos de milenarios cauces,
donde abrevar pudieran sus sitibundas fauces,
-sin que faltara un átomo de su raudal ameno-
los corceles de Atila, de Tamerlán y Breno!

¡Razas del Nuevo Mundo! Pueblos americanos:
en este continente debemos ser hermanos,
bajo el techo de estrellas de nuestro Eterno Padre:
la madre de nosotros es una misma madre,
es una misma Niobe, que nos brindó su seno,
de calor, y de leche, y de dulzura lleno;
inagotable seno cuyo licor fecundo
dará la vida a todos los huérfanos del mundo.
Que la discordia huya de esta fragante tierra;
cerremos las dos puertas del templo de la guerra;
en el Tártaro ruede la caja de Pandora.

¿Acaso nos alumbra una feliz aurora?
Ya despuntó. Un Apolo más jovén y bizarro

sujeta a su cuadriga el argentino carro.
Parte como relámpago. En el azul sereno
repercute su fuga como un alegre trueno.
Una luz de milagro en el Oriente asoma.
Voló del Arca sobre la tierra una paloma
para excrutar el légamo de los viejos diluvios.

Un viento matutino, pletórico de efluvios,
sobre todas las frentes de la América avanza.
Cada pecho es como urna de paz y de esperanza;
florecen nuevas rosas en agresivos cardos;
las llegas se sauvizan con ungüentos de nardos;
los crótalos de la ira no vierten sus ponzoñas;
aceites de consuelo se ven en las carroñas;
Caín-con su salvaje melena alborotada-
no blande enloquecido su criminal quijada;
un cántico armonioso preludian las mares...

¿Qué miro?
Grandes hordas de pueblos y de ideas
vienen sobre la música de las mareas sordas;
revueltas muchedumbres, cosmopolitas hordas,
y gentes, y mesnadas, y pueblos, y naciones.
Escucho la pisada febril de sus talones,
el latir de sus pechos-hirvientes como fraguas
sus lenguas, como el grave rumor de muchas aguas;
oigo sonar sus místicos y melodiosos bronces,
glorificando al Dios del Universo.
Entonces
El ha de ver-del fondo de su divino cielo
pasar, bajo las nubes, un fragoroso vuelo,
un gran tropel de pájaros de gritos resonantes:
una bandada de águilas y cóndores gigantes,
unánimes, encima de los más altos montes,
perdiéndose en sublimes y azules horizontes.
¡Y ante esa visión de aves, fortísimas y hurañas,
tendrá como un gran gozo de miel en las entrañas!

*(Río de Janeiro, 1906*

# A Rubén Darío

I

Amo tu clara gloria como si fuera mía,
de Anadiomena engendro y Apolo Musageta,
nacido en una Lesbos de luz y de poesía
donde las nueve musas ungiéronte poeta.

Grecia en los astros de oro tu nombre grabaría;
en ti el pagano numen renace y se completa;
mas -con los ojos fijos de Jesús en la meta
gozas el pan y el vino de tu melancolía.

El águila de Eschylo te regaló su pluma,
el pájaro de Poe lo vago de su bruma,
el ave columbina su corazón de miel.

Anakreón sus mirtos, azucenas y rosas,
Ovidio el misterioso secreto de las cosas,
Pitágoras su ritmo y Scopas su cincel.

II

Liróforo de triste mirada penetrante
que al son órfico ajustas la gama de los seres,
que sabes los secretos pristinos del diamante
y conoces el alma sutil de las mujeres.

Délfico augur, hermético y sacro hierofante
que oficias en el culto prolífico de Ceres,
que azuzas de tus metros la tropa galopante
sobre la playa lírica y argéntea de Citeres.

Tu grey vaga en las églogas del inmortal idilio,
tu pífano melódico fue el que tocó Virgilio
en la mañana antigua de alondras y de luz;

tu azur es el radioso zafir del mito heleno,
tu trueno wagneriano el olímpico trueno,
¡y tu congoja lúgubre la que gritó en la cruz!

III

Es hora ya que suenen tus líricos clarines
saludando el venir de la futura aurora
de paz. A los cruzados y nobles paladines
que hacen temblar la tierra: es la propicia hora.

Tu lira pon al cuello de la pujante prora,
para que así nos sigan sirenas y delfines;
y que tus versos muestren su espada vengadora
asida por los dedos de airados serafines.

Verbo de anunciaciones de nuestro Continente,
vate proteico, noble,magnífico y vidente,
que tiene de paloma, de abeja y de león;

la gloria te reserva su más ilustre lauro;
humillar la soberbia del rubio minotauro
como el divino Jorge la testa del dragón.

# Salutación a los poetas brasileros

*Para Fabio Luz y Elysio de Carvalho*

Con una gran fanfarria de roncos olifantes,
con versos que imitasen un trote de elefantes
en una vasta selva de la India ecuatorial,
quisiera saludaros-hermanos en el duelo-
en las exploraciones por la tierra y el cielo,
en el martirologio de los circos del mal.

Mi Pegaso conoce los azules espacios.
Su cola es un cometa, sus ojos son topacios,
el rubio Apolo y Marte cabalgarían en él;
relinchará en los céspedes de vuestro bosque umbrío,
se abrevará en las aguas de vuestro sacro río,
y dormirá a la sombra de vuestro gran laurel!

Venir pude en la concha de Venus Citerea,
sobre el áspero lomo del león de Nemea,
en el ave de Júpiter o en un fiero dragón;
en la camella blanca de una reina de Oriente,
en el cuerpo ondulante de una alada serpiente,
a bordo de la lírica galera de Jasón.

O en la fornida espalda de un genio misterioso,
o envuelto en la vóragine de un viento proceloso,
o de una negra nube en el glacial capuz:
en la marea argentina de una luna de mayo;
asido del relámpago flamígero de un rayo,
o con los duendes gárrulos que juegan en la luz.

Mas en Pegaso vine desde remotos climas,
-señor, príncipe, rey o emperador de rimas-
sobre el confuso trueno del piélago febril:
¡Salve al coro de Anfiones de estas tierras fragantes!
¡A todos los Orfeos del país de los diamantes!
¡A todos los que pulsan su lira en el Brasil!

Tal digo, hermanos míos en la prosapia ibérica.
Saludemos la gloria futura de la América,
que todas las espigas se junten en un haz.
Unamos nuestras liras y nuestros corazones,
que ha llegado el crepúsculo de las anunciaciones,
¡para que baje el ángel de la celeste paz!

Augurio de ese día se ve en el horizonte.
Hoy tres aves volaron desde un florido monte;
yo las miré parderse en el naciente albor:
un cóndor -que es el símbolo de la fuerza bravía-
un búho- que es el símbolo de la sabiduría-
y una paloma cándida-símbolo del amor.

Dijo el cóndor, gritando: la unión da la victoria,
el búho, en un silbido: el saber da la gloria,
la poloma, es su arrullo: el amor da la fe.
Yo -que escruto el enigma de nuestro gran destino-
ante el casual augurio de cielo matutino,
siguiendo los tres pájaros en éxtasis quedé.

Pero Pegaso aguarda. Sobre su fuerte lomo
gallardamente salto en un instante, como
el Cid sobre Babieca. Me voy hacia el azur.
¿Acaso os interesa mi suerte misteriosa?
¡Buscadme en mi magnífico palacio de la Osa,
o en mi torre de oro, junto a la Cruz del Sur!

*(Río de Janeiro, 1906*

# A una virgen

Yo adoro tus dos trenzas magníficas y oscuras,
tu frente sin mancilla, donde el pesar se ve;
tus grandes ojos tristes, poblados de ternuras,
que con mis labios trémulos y ardientes cerraré;

tus pálidas mejillas de pálidas alburas;
tu boca, en cuyo aliento la gloria beberé;
tu cuello que envidiaran las vírgenes más puras,
tus hombros y tu talle, tus manos y tu pie.

Amo también tu espíritu, frágil y visionario,
frágil y visionario, dulce y extraordinario,
que se encarnó en tus formas tranquilas de vestal.

Y llegaré a tus brazos, a mi pasión abiertos,
como las naves llegan a los ansiados puertos
venciendo los escollos del piélago fatal.

# Una muerta

*Poema Elegíaco*

*A la amada memoria de doña DOLORES HINESTROZA, en el día de difuntos, hoy que, en el glorioso Paraíso, goza de la paz y luz eternas, en la pléyade de los bienaventurados, junto con sus hermanas en el amor y en el dolor. SICUT ERAT IN PRINCIPIO, ET SEMPER, ET IN SOECULA SOECULORUM. AMEN.*

*MCMV*

Señor tú la llamaste
y ella voló a tu lado,
dejándome en la tierra.
¿Mi espíritu has mirado?

No es jardín -florecido
de azules ilusiones-
sino que inmunda cueva
de arañas, escorpiones y víboras.

Un pozo,
de horror y de amargura
en que está con cadena
la trágica locura.

La copa de mi vida,
donde escanciaba mieles,
llena está hasta los bordes
de ponzoñosas hieles,

más álgidas que aquella
bebida ignominiosa,
que recoció tu lengua
en la cruz afrentosa.

No bañaron mis lágrimas
sus gélidos despojos,
porque cegó la angustia
los cauces de mis ojos;

pero -como una vena
por la cuchilla rota
mi corazón sangraba
sin tregua, gota a gota,

cual tu divina frente,
en el pavor del huerto,
sobre los restos fríos
de todo un mundo muerto.

Mas aquel dolor hondo,
siniestramente mudo,
estranguló mi cuello
con serpentino nudo;

dejó en mi faz adusta
su corrosiva huella,
amontonó una noche
glacial sobre mi estrella;

azuzó mis pasiones
más terribles e insanas,
y pobló mi cabeza
de prematuras canas.

Tú -que de todo miras
el anverso y reverso
que regulas la máquina
que mueve el universo,

que sabes, omnisciente
y enorme taumaturgo,
por qué el dragón se arrastra,
por qué vuela el simurgo;

por qué el sonido ondula,
por qué la chispa quema,
por qué el retoño nace,
por qué fulge la gema;

por qué se hermanan siempre,
en un igual destino,
la leche con el llanto
y el agua con el vino,

dime: si fue en la tierra
también tu preferida,
¿por qué la flor segaste
de su apacible vida,

dejando que un enjambre
de lívidos gusanos,
hirviera en sus mejillas,
sus senos y sus manos?

Su cabellera undívaga
fue una noche fragante:
su frente, como el arco
de la luna menguante.

Dos iris tenebrosos
fueron sus grandes cejas;
dos albos y odoríferos
jazmines sus orejas.

Sus pestañas, segmentos
del óvalo radiado,
que exorna las imágenes
en el vitral sagrado.

Su mirada, solemne
tristeza vespertina;
sus párpados, dos hostias
de inmaculada harina.

Los orbes de sus ojos
ópalos tornasoles,
con amatistas trémulas
en un fondo de soles.

Su nariz, noble y firme,
como una intención buena;
su mejilla -de cera
mística- luna llena.

Su boca, para mi alma
sedienta de ternura,
un pozo de aguas vivas
de perennal frescura.

Su cuello -que tenía
la candidez del cirio
y del lino litúrgico-
como un excelso lirio.

Sus senos eran como
manzanas odorosas:
cual racimos opimos
de viñas deleitosas.

Sus manos, hechas para
cortar en los jardines
cerúleas rosas áureas
y argentinos jazmines.

En su regazo pudo
reclinar su cabeza
un dios, agonizante
de amor y de tristeza;

y, como el del arcángel
de las anunciaciones,
era su pie de jaspe.
Los buenos corazones

amaban su modestia
y su gentil donaire,
que ungían de perfumes
los átomos del aire.

Bajo los dedos gráciles
de su impecable mano,
hondamente quejábase
el corazón del piano;

y, en la oquedad sonora
de su violín de plata,
oyóse de los silfos
la flébil serenata:

tal fue la dulce virgen
cuando acordó el destino
ponerla -bajo un sauce
doliente- en mi camino.

Era entonces mi espíritu
un manantial exhausto,
más secular que el lóbrego
espíritu de Fausto,

donde trazó sus cálculos
glaciales la experiencia
y cayó la simiente
del árbol de la ciencia,

que cultivan los hombres
con férvidos afanes,
para que lo cosechen
irónicos satanes,

prestos a urdir las redes
de las primeras citas,
donde se rinden siempre
las pobres Margaritas.

(Queríanme los impuros
pecados capitales,
y odiábanme las
vírgenes virtudes teologales).

Había explorado todas
las altas latitudes
del pensamiento: leído
biblias y talmudes;

meditado en las muertas
necrópolis sombrías,
de las leyendas magnas
y las filosafías:

investigando ciencias
y oscuras nigromancias,
que esconden de las cosas
y seres las substancias;

consumido, en estudios
y locos devaneos,
nervios y sensaciones,
sentidos y deseos,

hasta tener, enfermo
de un incurable hastío,
encima, un cielo mudo,
quimérico y vacio,

y en mi conciencia, a rumbos
ignotos impelida,
horror por la natura
y espanto por la vida.

Pero ella puso en mi alma
el candor primitivo
de las revelaciones
celestes. Un olivo

plantó entre las arcillas
estériles de mi era:
una vid y una espiga,
un laurel y una higuera.

Agua ofreció a mis labios,
marchitos y sedientos;
vertió sobre mis llagas
milagrosos ungüentos;

y ahuyentó de mi paso,
con dulces oraciones,
todos los cancerberos
y todos los dragones.

(Mas tú, Señor, dijiste
al ángel de su guarda:
ve por ella a la tierra;
hace tiempo que tarda).

El ángel bajó al punto
del luminoso cielo,
a través de los éteres
pristinos. Plegó el vuelo

junto al fúnebre tálamo
de la estancia sombría,
y al ver su exangüe cuerpo,
su angustiosa agonía,

lloró -con sus dos alas
cubriendo su cabeza-...
¡Era un himno grandioso
la gran naturaleza!

Llenaba los azares,
límpidos y jocundos,
a música solemne
de los enormes mundos,

rodando eternamente.
Los atrevidos montes
empinábanse sobre
los vastos horizontes.

Del fondo de los mares-
dorados por el día
naciente- de las aguas
el diálogo subía.

Los bosques derramaban,
mecidos por los vientos,
el rumor de una orquesta
de acordes instrumentos:

todo era himnos y júbilos,
batir de olas y de alas,
derroches de esplendores,
de pompas y de galas,

de voces y de trinos,
de besos y murmullos,
en piélagos y gotas,
en selvas y capullos,

como si su cadáver,
del más puro alabastro,
tendido no estuviera.
¿Por qué no murió un astro?

Señor: nunca discuto
tu voluntad porque eres
padre y dueño de cosas,
espíritus y seres:

desde el funesto rayo
que en las nubes se fragua,
hasta los pululantes
infusorios del agua;

desde los leviathanes
de máximas aletas,
hasta los gigantescos
y lúgubres cometas;

desde el numen osado
que explora lo absoluto,
hasta el instinto vago
que germina en el bruto.

Pero eso -al ser herido
de aquel dolor supremo-
no apacenté, insensato
las iras del blasfemo

sino que -de mi dicha
mirando los escombros
cargué con ellos sobre
mis fatigados hombros,

pidiendo, por su triste
recuerdo enloquecido,
a cada vaso un poco
de bienhechor olvido;

consuelo, en las lecturas
con llanto y sangre escritas,
y sueño, en el consumo
de pócimas malditas.

De noche, cuando el ábside
del cielo se entenebre,
mis ojos, encendidos
por una lenta fiebre

a través de un enjambre
lumínico de estrellas,
siguieron por las nébulas
el rumbo de sus huellas.

cual, en los copos sueltos
de una viajera nube,
el vuelo se presiente
de un errante querube.

que escruta -entre sus torres,
murallas y vergeles-
la vida de las viejas
Sodomas y Babeles.

¿En dónde se detuvo
cuando dejó el planeta,
en éxodo sublime
a la celeste meta?

¿En qué mundo de dicha
o en qué luna de duelo,
plegó, por un instante,
el fugitivo vuelo,

cruzando la vorágine
de las inmensidades,
meciéndose a los soplos
de las eternidades.

vestida con su túnica
de luctuosos crespones,
recamada del polvo
de las constelaciones.

trazando centellantes
y rápidos circuitos,
sobre el haz de los vastos
y mudos infinitos

mientras la horrible tierra
confusamente huía,
en el lúgubre vértigo
de la noche sombría?

Cuando llegar la vieron
los celestiales coros,
los ángeles chocaron
sus escudos sonoros.

El escuadrón de rubios
y ardientes serafines,
tocó una alegre diana
es sus luengos clarines.

Fue a su encuentro la tropa
de las dominaciones,
con espadas de fuego
y auríferos pendones.

Ahora vive en el reino
de la inmutable calma;
en su derecha luce
la milagrosa palma

de los martirologios.
Fulgura eternamente
una estrella bendita
sobre su casta frente;

y apoya, en una nube
de polvo diamantino,
su planta, en el extático
ejército divino.

¡Señor! ¡Señor! ¿Acaso
la miraré algún día,
en el triunfo de alguna
celeste epifanía?

¿Iré, purificado,
a postrarme de hinojos,
ante el amor mirífico
que emana de sus ojos,

y juntos giraremos,
unánimes como alas,
en órbitas de espíritus,
de escalas en escalas,

hasta ser absorbidos
en la divina hoguera
del Espíritu Santo?
¡Ansiosamente espera

mi corazón, que llegue
ese glorioso instante
en el eterno círculo
del inmortal cuadrante!

# Mármol pentélico

Bajo la negra y misteriosa arcada
de tus cejas olímpicas, parecen
tus ojos de paloma enamorada
flores de fuego que al brillar se mecen.

Tu helénico perfil que se diseña
de las medallas en el áureo fondo,
hace pensar al que medita y sueña
en algo etéreo y hondo.

El óvalo perfecto y cincelado
de tu faz, de mejillas pudorosas,
fue por Júpiter mismo modelado
en el molde del rostro de las diosas.

Tu boca, cáliz de divinas mieles,
de castos besos adorable nido,
teñida fue con sangre de claveles
con la punta del dardo de Cupido.

Por tu cuello -sostén de los hechizos
de tu gentil cabeza- relucientes
bajan tus suaves y opulentos rizos
como negras serpientes.

Tus hombros, que acarician tus cabellos,
son tan esculturales,
que dignos son de que descanse en ellos
la sien de los efebos inmortales.

Tu misterioso seno de alabastro,
donde el amor se inmola,
tiene el calor de un astro
y el vaivén compasado de una ola.

Muy grande le vendría
a tu gentil cintura inmaculada,
el tibio ceñidor que formaría
con sus dedos un hada.

Tu mano primorosa,
más blanca y transparente que los cirios,
es manojo de lirios
coronados por pétalos de rosa.

Y tus formas de Diana,
que despiertan doquier celos y envidias,
no la soñó la inspiración pagana
del portentoso Fidias.

# Metempsicosis

Del ancho mar sonoro fui un pez en los cristales,
que tuve los reflejos de gemas y metales.
Por eso amo la espuma, los agrios peñascales,
las brisas salitrosas, los vívidos coralès

Después, aleve víbora de tintes caprichosos,
magnéticas pupilas, colmillos venenosos.
Por eso amo las ciénagas, los parajes umbrosos,
los húmedos crepúsculos, los bosques calurosos.

Pájaro fui en seguida en un vergel salvaje,
que tuve todo el iris pintado en el plumaje.
Amo flores y nidos, el frescor del ramaje,
los extraños insectos, lo verde del paisaje.

Torneme luego en águila de porte audaz y fiero,
tuve alas poderosas, garras de fino acero,
Por eso amo la nube, el alto pico austero,
el espacio sin límites, al aire vocinglero.

Después, león bravío de profusa melena,
de tronco ágil y fuerte y mirada serena.
Por eso amo los montes donde su pecho truena,
las estepas asiáticas, los desiertos de arena.

Hoy (convertido en hombre por órdenes obscuras)
siento en mi ser los gérmenes de existencias futuras.

Vidas que han de encumbrarse a mayores alturas,
o que han de convertirse en génesis impuras.

¿A qué lejana estrella voy a tender el vuelo,
cuando se llegue la hora de buscar otro cielo?
¿A qué astro de ventura o planeta de duelo
irá a posarse mi alma cuando deje este suelo?

¿O descendiendo en breve (por secretas razones)
de la terrestre vida todos los escalones,
aguardaré, en el limbo de largas gestaciones,
el sagrado momento de nuevas ascensiones?

# El Rey Lear

Bajo la fiera tempestad que brama
camina el viejo rey como un demente:
el irritado cielo de repente
de lívidos relámpagos se inflama.

Con voz de angustia el infeliz exclama
retando a la Natura indiferente:
-¡Hundid el mundo y abrasad mi frente
terrible trueno y calcinante llama!

Mientras los elementos apostrofa,
el fiel bufón -que su pesar desdeña-
de sus desgracias íntimas se mofa.

Y, como insulto a su vejez adusta,
con mano osada el huracán desgreña
el viejo bosque de su barba augusta.

# Ofelia

Rosa de mayo, Ofelia infortunada:
¿a dónde vas, tan pálida y doliente,
suelto el cabello, y la virgínea frente
de ortigas y de flores coronada?

Huye, loca infeliz, a tu morada:
no des un paso más, niña inocente.
¿No miras, dime, ese fatal torrente
que te lleva en sus ondas retratada?

Mas ya rodaste a su profundo cauce,
abandonando tu guirnalda mustia
entre las ramas de ese añoso sauce...

Flota tu blanca veste; y, entre tanto
que te hundes, oye con creciente angustia
la misma muerte tu divino canto.

# Hamlet

—¡Ay, Yorick infeliz! ¿Quién me dijera
cuando te vi saltando de alegría,
que entre mis manos trémulas tendría
alguna vez tu horrible calavera?

Fuiste la risa de la corte entera
que tus alegres bromas aplaudía.
¡Cuántas veces jugando me subía
hasta tus hombros en mi edad primera!

Hoy me inspiras horror con tus despojos;
de tu cráneo la tierra se derrama;
ya no hay luz en las cuencas de tus ojos.

Ve al tocador, donde el afeite abunda,
y dile que ha de ser, a toda dama,
su lindo rostro calavera inmunda.

# La hora final

Ha de llegar al fin, ¡pobres mortales!
Siglos y siglos, los lucientes astros
disparados por su órbita sublime
giran y giran. Un destino ciego
que los gobierna con seguras leyes
traza los derroteros que recorren;
mas el Tiempo, con ojo vigilante,
vela entre las tinieblas del abismo
marcándoles un término. Los mundos
saltan de sus cimientos, desprendidos
en espantosa rotación, y ruedan,
ruedan como pedruscos gigantescos
por la terrible inmensidad sin fondo
hasta romperse en bólidas errantes.

También la Tierra, este planeta opaco,
tendrá su hora final. No eternamente
ha de vivir, trazando sus elipsis,
como ha vivido y vive en estos días
indiferente y sin temor. ¡Muy pronto
su infausto turno llegará! Los hombres
lo presentimos en la horrible duda
que nos devora el corazón ya muerto
para el dios y la fe de nuestros padres.
La voz de esas confusas muchedumbres
que mata el hambre las dolientes quejas
de millones de siervos desgraciados,
las injusticias, crímenes y vicios,
la sed del oro, el egoísmo torpe,
los ciegos apetitos de la carne,
han de formar por fin un alegato

para que Dios, desde su trono, dicte
una fatal y trágica sentencia.

Ha de llegar, oh míseros mortales,
la hora terrible al fin! Desde el insecto,
hasta el aguila altiva que se cierne
con majestuoso vuelo en las alturas
donde habla el ronco trueno; desde el hombre
que vive en las ciudades populosas,
llenas de orgullo y esplendor y vida,
hasta la fiera montaraz e hirsuta
que ruge en las cavernas de los bosques,
han de morir al mismo tiempo. Lava,
y fuego, y sangre, y pestes, y granizo,
sobre la Tierra mandará el Eterno
ardiendo en justa, incontrastable cólera.
Y volcarán los mares; y los montes,
sacudidos por recio terremoto,
el equilibrio han de perder. La yerba,
y las mies, y la flor, y los robustos
árboles, y la choza, y el palacio,
como pavesas arderán. Y el mundo,
este mundo de esclavos y de reyes,
donde el hermano asesinó al hermano
con el traidor puñal, donde los hijos
mataron a las madres infelices
que les dieron el ser, donde la infamia
fue más fuerte que todas las virtudes,
ha de salir de su órbita, lanzando
como una piedra que dispara la honda
de los guerreros bárbaros, y loco
rodará por los siglos de los siglos,
rompiendo los abismos insondables,
¡hasta que estalles en explosión grandiosa!

# En la alta noche

En la alta noche, cuando el mundo duerme
en completa quietud;
cuando los foscos genios de las sombras,
que aborrecen la luz,
sus membranosas alas de murciélago
abren bajo el capuz,
que encierra este planeta miserable
como un ataúd:
cuando el insomnio irrita nuestros ojos
cargados de sopor;
cuando parece caminar muy lenta
la aguja del reloj;
cuando en el aire de repente dice
nuestro nombre una voz;
cuando nos tienta una invisible mano
causándonos terror:
cuando la sangre a la menor sorpresa
golpea nuestra sien,
y contenemos nuestro aliento tímido
ignorando por qué;
cuando una negra turba de recuerdos
nos hostiga cruel,
y anonadarse sin dolor sentimos
nuestro embotado ser:
cuando la orquesta de los grillos lanza
su chirrido sin fin,
y tras la blanda venda de los párpados
mira el ojo febril,
fosfóricos fantasmas y visiones
lentamente surgir

de un abismo confuso y visionario
en enjambre sutil:
he meditado en el amor aciago,
en el amor fatal,
con que ligó nuestras opuestas almas
la ciega adversidad;
en el amor que fue nuestro tormento,
que siempre lo será;
en el amor que tan variable te hizo,
que me hizo tan falaz.
En el amor que me lanzó en los brazos
del pesimismo atroz,
que pensar me hizo que la vida humana
no era más que dolor,
no era más que una pena continuada,
una horrenda expiación,
una terrible burla del destino,
un engaño de Dios.
Han venido después a mi memoria
los sarcasmos de Heine,
las amargas blasfemias de lord Byron,
en medio del placer;
la infinita tristeza y los dolores
del pálido Musset;
las penas de Leopardi y los sombríos
versos de Baudelaire.
Entonces he querido anonadarme
sin saber lo que fui,
morirme lentamente, lentamente,
sin gozar ni sufrir;
sin saber cómo vine a este planeta,
cómo me voy al fin;
sin saber si tuve alma o no la tuve,
si viví o no viví.

# Después que muera

Tal vez moriré joven... Los amigos
me vestirán de negro,
y entre dolientes y llorosos cirios
de pálidos reflejos,
colocarán con cuidadosas manos
mi ya rígido cuerpo,
poniendo mi cabeza en la almohada,
mis manos sobre el pecho.

Una lágrima fría, más amarga
que una gota de ajenjo,
correrá de mis párpados inmóviles
mi rostro humedeciendo,
hasta perderse entre mis labios lívidos,
entre mis labios yertos,
contraídos por mi última sonrisa,
mi sonrisa de muerto.

En la vecina y bulliciosa estancia
mis amigos bebiendo,
con juvenil franqueza y desenfado
harán de mí recuerdos:
-Fue un soñador -¡Qué lástima! - ¡Tan joven!
-¡Parece mentira esto!
-Ayer no más hablaba con nosotros
de amores y de versos.

Ya colocado entre la estrecha cárcel
del ataúd modesto,

la tapa clavará con su martillo
un rudo carpintero.
Después, los seis amigos que me quieran
con más íntimo afecto,
me llevarán sobre sus fuertes hombros
al triste cementerio.

En una huesa lúgubre y profunda,
en un hoyo siniestro,
colocarán, para arrojarle tierra,
el imponente féretro.
Enterrado seré...La comitiva,
"Descanse en paz", diciendo,
me dejará, me dejará muy solo,
en brazos del misterio.

Los días correrán, y lentamente
se han de podrir mis miembros,
y he de ser, por la ley de la materia,
un puñado de cieno.
Mas, entre esos despojos miserables,
entre ese lodo infecto,
germinará, oh vida de mi muerte,
mi amor almo y eterno!

No llenará la cuenca de mi cráneo
la masa del cerebro,
para mandarte al mundo donde vivas
dichosa un pensamiento:
ni el corazón palpitará como antes
en mi podrido pecho,
para quererte con amor mundano
de la tumba en el seno.

Pero cada molécula, cada átomo
de mis informes restos,
y cada ser que la existencia deba
a mi ser descompuesto,
ha de llevar en su interior un poco
de este inmortal afecto,
algo que te recuerde entre los vivos
al olvidado muerto.

Verás una sombría mariposa,
en las noches de invierno,
entrar por las ventanas de tu alcoba
a esconderse en tu lecho,
revoloteando allí...Seré yo mismo,
convertido en insecto,
que llegaré del viejo camposanto
a cubrirte de besos.

Y si vaga tu espíritu en los limbos
del éxtasis supremo,
oirás entre las sombras de tu estancia
armonioso aleteo,
seráfico rumor...Será mi alma
que, desde el alto cielo,
llega al triste planeta de los hombres
para velar tu sueño.

Después, cuando tú mueras, una noche
de calma y de silencio
arrojaré con las huesosas manos
la tierra de mi féretro;
y a la luz de un doliente plenilunio
contemplarán los muertos,
con los brazos en cruz y de rodillas,
orando un esqueleto!

# Excelsior

Vuela siempre hacia arriba, hacia la cúspide del monte coronado de águilas, hacia la gloria de la luz. No lleves en tu garra de hierro las piltrafas de las carnes de tu enemigo: ni en tu ojo rutilante el fuego del odio que sientas por él, ni en tu pico, hecho para partir las viscosas víboras, el rastro de la sangre de su corazón. Vuela a lo alto, limpio el plumaje del limo de la ciénaga de la vida. No seas el buitre de ningún Prometeo. No agotes jamás el hígado de los grandes encadenados en el Peñon de los egoísmos sociales. No causes tormentos, ni sordas iras, ni envidias bajas, ni rivalidades ruines. Sé generoso. Sé noble. Sé leal. Anida en los cóncavos de las montañas bíblicas; busca la compañía de los espíritus excelsos; júntate a la cuadriga de las almas superiores. Que te atraiga la nube; que tiendas el ala a la estrella de la mañana; que rompas por un éter sereno. Sube, sube, sube; y si bajas, si quieres bajar, baja prendido a la crin de los huracanes. Vive con dignidad bajo el sol. Vuélvete a las auroras y salúdalas; vuélvete a los ocasos y salúdalos también. En tu roca no deben crearse musgos raquíticos; ni yerbas venenosas, ni cactus enconados. Abate el vuelo en las selvas clásicas y en los bosques románticos. Forma tu nido con laurel y encina. Bebe luz a torrentes. Desde tu altura domina todos los horizontes, sigue la dirección de todos los vientos, estremécete bajo todos los soplos del cielo. Pon el oído a los rumores de la muchedumbre, a las palabras del abismo, a las voces de los espíritus. No tengas fiebres, ni insomnios, ni desesperaciones, ni desmayos, ni vértigos, ni alegrías locas, ni cóleras pasajeras. Esto turba la serenidad grandiosa del alma y hará de ti un neurasténico, sujeto al cambio del clima, a las fases de la luna, al humor de los demás. Hazte olímpico. Endiósate, si puedes. Depura tu miserable barro. Porque en verdad te digo, que el que quiere ser superior, el que aspira a subir a las encumbradas regiones del arte, el que siente que tiene alas en los hombros, debe

olvidarse de las infinitas miserias humanas, de las injusticias de la suerte, de las burlas del destino y debe esperar, con el ánimo del justo, aunque el dolor le tienda su arco, la hora cierta del triunfo de la razón, la hora de Dios; hora que ha llegado, que está llegando, que llegará siempre, aunque los réprobos y los malvados se multipliquen como los peces del mar y los insectos de la tierra.

# Natura

Una de estas tardes estaba sentado a la margen de nuestro río, sobre una de esas grandes bajas erizadas de ásperos poliedros y de ángulos rudos.

Un musgo raquítico, verde, húmedo, medio oculto bajo las hojas secas, crecía miserablemente entre los huecos donde el río había dejado un poco del limo que arrastra en la estación de las lluvias.

Varios árboles entrelazaban su ramaje sobre mi cabeza, formando una especie de dosel, a través del cual, sin embargo, tamizábase suavemente el sol, bañando de una claridad de oro el fondo transparente del agua que corría con mansedumbre a mis pies.

Un centenar de insectos acuáticos, de largas y débiles extremidades, se deslizaba con vertiginosa rapidez sobre la tibia superficie resplandeciente. Corrían, saltaban, huían, se aproximaban, formando círculos, extrañas figuras geométricas o diseminándose instantáneamente por todas partes.

Enfrente, en la orilla opuesta, veíase una gigantesca roca cortada a tajo por un cíclope hace cincuenta siglos.

A la ceja de ella se asomaban varios matorrales espinosos, ásperos, casi agresivos, y algunos extraños arbolillos, en raras actitudes, en estrambóticas posiciones, medio doblados de rodillas o en ademán de arrojarse al fondo de la poza cercana.

Hundido en un mar de pensamientos, veía distraidamente, desde el lugar donde me encontraba, el agua murmuradora que corría cerca, el precipicio que tenía enfrente, los peñascos bravíos que se alzaban a lo lejos, ceñidos de un cinturón de espuma borbollante.

Iba a ponerme de pie, porque la tarde moría en el ocaso tiñendo el cielo de todos los colores del arco iris, cuando algo que se agitaba ante mis ojos me llamó la atención.

Un gusano, un gusanillo de color verde claro, más claro que el de las hojas de las ramas que tenía sobre mí, flotaba temblando en el aire, mecido por una fresca ráfaga de viento venida del próximo soto.

¿De qué modo estaba suspendido el diminuto insecto? ¿Cómo era posible que se atreviera a lanzarse a un abismo tan grande para él como para nosotros el espacio atmosférico? ¿Qué razón lo había empujado a buscar lo desconocido?

A completa merced del viento, el pobre no tenía un momento de tranquilidad y así era llevado y traído constantemente; pero, cuando aquél dejó de balancerlo con peligro de su vida, poco a poco fue descendiendo hasta tocar en la roca.

Pude entonces fijarme en él. Un hilo finísimo, más fino que el hilo de las Parcas,más fino que el filo de la hoja de acero más afilada, cien veces más fino que el hilo de una araña; un hilo que habría desesperado a uno de esos admirables tejedores de la India, poníalo en comunicación con la rama de donde descendiera un momento antes.

Probablemente, en busca de sustento más delicado y tierno, había bajado al suelo, porque en seguida lo vi trepar a un débil tallo, el que empezó a roer con voluptuosidad y delicia, hinchando sus minúsculos anillos, sin fijarse en un moscardón que zumbaba cerca de él, arrojándole miradas amenazadoras con sus ojitos saltones y sangrientos.

Poco después hubo una desesperada lucha, un duelo a muerte entre los dos, que me pareció el choque de una de esas águilas leonadas de garras férreas y pupilas como ascuas, con una de esas enormes serpientes crecidas al calor y a la humedad de los bosques vírgenes.

A pesar de la heroica defensa que hizo el misero, no pasó mucho tiempo sin que fuera presa del alado bandido, quien después de matarlo, comenzó a chupárselo lentamente, de igual modo que los pulpos se chupan a los cangrejos en el tranquilo fondo de las vastas bóvedas marinas.

Aquel terrible espectáculo se cambió por otro más repugnante. El vivo arrastraba al muerto sobre el campo de batalla, hacía befa de la suerte del infeliz, manchaba con una saña ruin el triunfo conseguido.

No de otro modo el furibundo Aquiles, después de vencer al ligero Héctor, lo ató por los talones a su veloz carro de guerra, arrastrándolo así alrededor de los muros de la ciudad sitiada, sin que lo enternecieran los alaridos de las mujeres de Ilión.

Sentí un odio mortal, un odio profundo contra el vencedor. ¿Por qué le había quitado la vida al otro? ¿Qué ofensa le había hecho aquel miserable ser para que se vengara en él de una manera tan espantosa? ¿Qué terrible misterio ocultaba aquella escena que había tenido un fin tan trágico?

Estaba haciéndome estas reflexiones, cuando he ahí que un pájaro tornasolado cae con la velocidad del relámpago sobre el moscardón, arrebatándolo del suelo y llevándolo prisionero en el pico por donde antes, sin duda, había brotado un raudal de armonías.

Mis ojos, fijos en aquellas escenas, se humedecieron entonces, no sé si de placer o de dolor. En un segundo averigué uno de los más terribles y sombríos misterios de la naturaleza, ante el cual no valen nada los de Eleusis: el misterio de la vida y de la muerte.

Aquel gusanillo devorando el tallo, aquel moscardón devorando al gusanillo y aquel pájaro devorando al moscardón, me revelaron el equilibrio de la vida, el equilibrio de la naturaleza, el portentoso equilibrio universal.

Si no fuera por esa caza inconsciente y despiadada, tal vez la materia sufriría una plétora mortal. Pero no; la materia no aumenta ni disminuye, la materia no está sujeta a ciertos vaivenes, la materia no puede reducirse, ni tampoco desbordarse del vasto recipiente de a Creación.

Una suprema sabiduría ha organizado ella boratorio de la naturaleza; una suprema voluntad hace girar armoniosamente la vida en eternos círculos; un arte supremo talla los mundos que, disparados por su órbita sublime, van rompiendo por los cielos sin fin.

Los seres se comen a los seres. De otro modo no se podría vivir, ni se podría morir. Esto parece monstruoso; pero no es así. Devorados y devoradores cumplen una ley ciega, un fatalismo inexorable, un decreto de la Providencia.

En el aire, en la tierra y en el mar está patente esa lucha por la vida y por la muerte. El milano devora a la paloma; el tiburón devora al atún; el tigre devora al antílope; y el hombre, el hombre mismo, devora al hombre.

¡Qué grande es esto, visto desde la saltas cúspides del espíritu! ¡Qué sabio, qué bondadoso, qué bueno parece Dios, si reflexionamos en este problema gigantesco y misterioso, planteado por todas partes con cifras vivientes, que tienen voluntad e instinto!

La muerte devora a la vida y la vida devora a la muerte. ¡Las células se devoran las unas a las otras, pasan por todos los intestinos de la Creación, y se dilatan, en el infinito curso de los siglos, en nervios, en músculos y en cerebros, a través de todas las transformaciones y evoluciones palingenésicas!

# El progreso de la ciencia

I

Queríamos, desde hace algún tiempo, ocuparnos de un interesantísimo librito que llegó a nuestras manos, y que se intitula *Progreso de la ciencia en los últimos cincuenta años*. Su autor es el famoso propagandista inglés T.H. Huxley, y lo vertió al castellano un conocido compatriota nuestro, que se dedica con provecho a las lecturas y estudios científicos: el señor don J. Antonio López. Que nosotros sepamos, nadie ha dicho una palabra del trabajo en cuestión, ni en Guatemala, donde se imprimió esmeradamente, ni en el resto de la América Central, sin duda por la indiferencia con que se ve generalmente una labor de esa naturaleza, que, en nuestro sentir, es más provechosa, de más positivo resultado, que la de los literatos de pacotilla y la de los eruditos a la violeta, que dijo Cadalso.

Propiamente no es un libro el de Huxley, ni por el tamaño del volumen ni por la extensión que da a la materia de que trata, sino, en justicia, un folleto; pero sí es una hermosa y admirable síntesis, una clara y concisa exposición, no sólo del adelanto conseguido por la ciencia desde 1837 hasta 1887, sino desde los tiempos antiguos hasta nuestros días. Hay en él mucha lógica, mucha claridad y, sobre todo, gran conocimiento del asunto, lo que no podía suceder de otro modo, si se toma en cuenta que Huxley, como expositor didáctico y como propagandista científico, ha sido ya colocado en un puesto eminentísimo, a la altura de Arago, Whewell y Tyndall, que son los que vienen después de los creadores de la talla de Newton, Faraday, Darwin y Pasteur.

El profesor Huxley comienza su estudio manifestando que, en la historia de la civilización, resalta a la vista el incremento constante de la producción industrial, lo cual se debe grandemente al

perfeccionamiento de los antiguos sistemas técnicos, a la introducción de otros nuevos, y principalmente, al empleo de la maquinaria. A todo esto se debe agregar el creciente y rápido desarrollo de los sistemas de locomoción y comunicación y se tendrán las principales causas que han contribuido al crecimiento vertiginoso, y casi fenomenal, de las industrias modernas.

Pero, para conseguir tan magno triunfo sobre la naturaleza, valiéndose de tantos descubrimientos e inventos; para lograr hacer al hombre más agradable y más llevadera la existencia, disminuyendo los estragos del hambre y de las pestes, fue necesario el desenvolvimiento de las ciencias físicas, el empleo de los métodos científicos.

La demostración de cómo se ha verificado ese desarrollo de los conocimientos naturales, a través de muchos siglos, es la tarea que se impuso el sabio autor del *Progreso de la ciencia de los últimos cincuenta años.*

Huxley empieza por estudiar el estado de los conocimientos científicos en tiempo de los griegos, la obra de sus sabios durante ochocientos años, desde Thales hasta Galeno, que trabajaron muy lenta, pero muy firmemente, en echar los cimientos de las ciencias físicas. Es indiscutible que, entre los antiguos, son ellos los que tienen más aptitudes para investigar las leyes de la naturaleza y para saber distinguir, con gran claridad, los hechos y las cosas reales de los imaginarios.

Mas llegó la Edad Media; y las ciencias físicas y los conocimientos naturales, habiendo perdido la ruta señalada por el frío razonamiento de Aristóteles, que es tal vez el sabio que ha ejercido más influencia sobre la humanidad, acabaron por perderse en aquel mundo de barbarie y de ignorancia, que hizo todavía más terrible la disciplina feudal y el ascetismo religioso.

## II

Para que nos ocupemos de los grandes adelantos conseguidos por la Ciencia, del Renacimiento para acá, bueno es que hagamos mención de dos grandes inventos, de trascendentales resultados para la humanidad: de la brújula, que fue descubierta a principios del siglo XIV, y que facilitó la navegación de los océanos, contribuyendo a hacer más fáciles las expediciones marítimas; y de la imprenta, que es el legado más valioso que nos dejara el siglo XV.

Durante dos siglos después, estos dos inventos no pueden entrar en parangón más que con uno, que le pertenece al siglo XVII: con el telescopio, que, al decir de un escritor, es un "instrumento que en sus resultados inmediatos de extender nuestros conocimientos del universo, y del ilimitado horizonte que ha abierto a la Ciencia, pudiera merecidamente compararse con el análisis espectroscópico de nuestro siglo (el XIX). El barómetro y el termómetro son invenciones de menor importancia, correspondientes también al siglo XVII".

Con la entrada del Renacimiento cobró un vigor inusitado la ciencia, que tomó para seguir su avance, el punto de partida aquel en que la dejaran los griegos. Ya en las primeras décadas del siglo XVII había caminado muchísimo, si se toma en cuenta su larga postración, con la ayuda de astrónomos como Copérnico y Galileo, de mecánicos como Stevinius; de fisiólogos como Harvey; y de muchos anatómicos de la escuela francesa.

En Italia se fundaron por este tiempo muchas sociedades científicas, que han servido de norma y de modelo a todas las demás; y el talento literario y el ingenio cáustico de Galileo, según observa Huxley, ayudaron poderosamente al estudio de los grandes problemas y a divulgar los conocimientos adquiridos hasta entonces.

Antes de seguir adelante, y ajustándonos al método empleado por el autor del *Progreso de la ciencia en los últimos cincuenta años,* nos ocuparemos de los filósofos modernos que han contribuido

a empujarla por la vía de la experiencia y de la inducción, desde fines del siglo XVI.

Huxley consagra en su librito muy breves estudios a Bacon, a Hobbes y a Descartes, olvidándose por completo de los filósofos italianos,que fueron los primeros fundadores de la primera escuela de filosofía de carácter moderno, comenzando por Telesio.

¿Qué adelantos -se pregunta en la *Encyclopedie Nouvelle-* se habían hecho en Francia y en Inglaterra cuando apareció este último? Todo lo que pudiera citarse en este punto es la tentativa contemporánea de Ramus; pero éste no trataba más que del arte de disertar, en tanto que Telesio, en su tratado de *Rerum natura juxta propria principia*, indicaba ya que todas las ciencias naturales debían estudiarse según sus principios propios y hollando las preocupaciones antiguas.

Primero que examinar la obra de Bacon, de Hobbes y de Descartes, que son los únicos que menciona Huxley, y eso muy de paso, haremos un ligero estudio sobre Tomás Campanella, tenido como uno de los filósofos modernos de Italia más eminentes, y a quien Tennemann y otros historiadores de filosofía comparan con Francisco Bacon.

Desde luego manifestamos francamente, para que no se nos tenga por pedantes ni eruditos a la fuerza como hay muchos, que lo que digamos sobre Campanella y sobre sus ideas, no nos pertenece, y que todo lo hemos aprendido estudiando el desenvolvimiento de la filosofía moderna.

## III

## TOMAS CAMPANELLA

Como su maestro Telesio, como el iluminado y agitador Giordano Bruno, que murió en el horrible suplicio de la hoguera, y como algunos otros filósofos modernos, que se rebelaron valiente y

osadamente contra las tradiciones aristotélicas, muy en boga entre los frailes de entonces, o contra las doctrinas del escolasticismo, Campanella fue perseguido ferozmente por la Inquisición, que le tuvo encerrado ventisiete años en un lúgubre calabozo. Allí recogida su conciencia, fortalecióse más su espíritu y maduró sus amplios planes filosóficos.

Puesto en libertad por Urbano VIII, Campanella pudo refugiarse en París, donde lo escudó de sus enemigos el cardenal Richelieu, muriendo en dicha ciudad en 1639, a la edad de sesenta y un años.

Muchos historiadores de filosofía ponen en paralelo la obra de este insigne italiano con la del famoso canciller inglés Francisco Bacon; la obra filosófica, pero no la vida, porque la del primero fue de virtudes casi heroicas y de tremendas persecuciones, mientras que la del segundo fue de honores, de bajezas de cortesano y de soberbia sin límites.

Mas aquí se trata de su influencia en el desenvolvimiento científico de la edad moderna, y no de sus defectos o cualidades de hombres, en lo que no tienen punto de comparación.

Ambos se inspiraron indudablemente en las doctrinas de Telesio, a quien mencionamos en nuestro artículo anterior; quisieron darle un rumbo más positivo, más práctico y más metódico a la ciencia, y libraron combate por la libertad de los conocimientos humanos; pero el segundo, más feliz que el otro, supo dirigir su talento hacia un solo fin, en tanto que el primero lo dispersó en varios sentidos. De ahí la supremacia y la celebridad que en los tiempos posteriores adquiere el autor del *Novum Organum.*

Campanella trató de dirigir la investigación de los secretos de la naturaleza por medio de la inducción y de la experiencia combinadas, predicó el abandono de todas las preocupaciones fundadas *a priori;* hizo, como su rival, la audaz tentativa de reunir en un vasto plan todos los conocimientos antiguos; pretendía que se estudiase la naturaleza según principios propios, y no en virtud de las deducciones de la lógica y metafísica antiguas; adivinó que

era llegada la época de efectuar una renovación total del saber humano; y pudo comprender, con admirable clarividencia, la filosofía de la realidad.

Dos cosas se le motejan principalmente: el no haber sabido dirigir su método filosófico, como antes se dijo, hacia una conclusión segura, que le diera un triunfo permanente; y el no haber penetrado bastante en el espíritu de los tiempos que estaban por venir, enredándose con frecuencia en las doctrinas de la antiguedad y en las que en su tiempo corrían.

A pesar de todo "sus libros pueden arrojar vivos destellos de genio y ciencia, y pueden despertar el mayor interés, principalmente hoy que se siente la necesidad de una restauración total".

# El dolor de pensar

Acto de pensar, el esfuerzo psíquico de producir una idea es, como el parto, un suceso doloroso. Los espíritus contemplativos que sueñan frente a la naturaleza, con aquellos apacibles ojos de vaca que Homero le dio a Juno, sin trasladar al papel sus laberínticas reflexiones, no sufren el tormento de los que, teniendo el don sutil del análisis, ya sean filósofos, músicos o poetas, escriben las relaciones que hay entre su yo y las cosas ambientes.

La contemplación de una magnífica puesta de sol, un hermoso paisaje de montañas o la ondulante perspectiva de un gran río, es un sano gozo para todo hombre, siempre que no tenga adentro un analítico atormentado, cuya hipocondría lo enlobreguezca todo. Este mismo analítico, que es generalmente un productor de ideas, sufrirá dolorosamente con el espectáculo de ese paisaje, si liga sus placeres o pesares pretéritos o presentes con la visión que tiene ante sus ojos, en tanto que otro, que no tenga su misma disposición moral, recoge toda la dulzura que se desprende de la perspectiva, sin que se altere la ecuanimidad de su espíritu.

Todo pensamiento, que es un sordo trabajo íntimo, del que casi no nos damos cuenta, se traduce en un repentino dolor, más o menos intenso, según la mentalidad de cada hombre. Los grandes soñadores que, desde la niñez a la edad provecta, viven entregados a las meditaciones, a la interrogación de las mil esfinges que hay en el camino de la vida, no son más que lamentables Cristos, mártires de la fatalidad de su cerebro, para quienes la enfermedad del ensueño llega a convertirse en una dolencia incurable, que degenera en una profunda diátesis cuando no les impele a una muerte trágica. He aquí el secreto de esas repentinas parálisis, de esas tisis violentas,de esos lúgubres suicidios de que está llena la historia de la literatura. ¿Hay nada más triste que el espectáculo

de Enrique Heine, aherrojado en su lecho de dolor, convertido de Apolo en Job? La miserable vida de Leopardi ¿no es para hacer llorar a cualquiera? La muerte de Gerardo de Nerval ¿no obedece tal vez a un lúcido pensamiento de liberación voluntaria, para evitarse el dolor de pensar y de escribir?

El pensamiento llega a veces a fatigar tanto el cerebro, que es muy común -aún en hombres de extraordinario intelecto- que padezcan súbitas esterilidades. Edgar Poe, uno de los genios literarios más grandes que ha habido en el mundo, no podía a veces escribir dos líneas en orden, atacado de un profundo agotamiento cerebral. Lord Byron, después de sus violentas crísis nerviosas, se pasaba semanas enteras como embrutecido, incapaz de hacer un verso. Guy de Maupassant, en sus lúgubres y postrimeros días, se golpeaba la cabeza, preguntando dónde estaban sus ideas.

Como lógica consecuencia en ciertos espíritus, el dolor del pensamiento trae el odio a la vida mental, la secreta envidia por el bruto, el árbol y la piedra. Mas, como el animal piensa ¿sufre también, aunque en menor grado? ¿Quién nos dice que al árbol no le sucede lo mismo? ¿Y a la piedra? Lo cierto es que el Cosmos no es más que un vasto y armonioso pensamiento, y que el cerebro humano no es más que un universo minúsculo. ¡Ah! El dolor reina omnipotente desde en las más remotas regiones estelares hasta en las más recónditas circunvoluciones de la masa encefálica.

# El estilo

Los que piden a prosistas y versificadores que se expresen con claridad, de tal modo de que pueda entenderles el vulgo, ignoran que la literatura, como la ciencia, tiene su lengua única, incomprensible para la muchedumbre. Esta lengua, purificada, refinada y quinta esenciada por todos los artífices del verbo, es como un secreto sacerdotal, cuyo conocimiento exige una iniciación previa. Los léxicos no son más que opulentas minas, donde están, entre las brozas del idioma, que son los tópicos viles y comunes, confundídos los metales preciosos, el oro y la plata. El genio del escritor debe extraerlos y separarlos, acuñándolos después en sus troqueles. Semejante procedimiento, llevado a la suma perfección en la literatura moderna, es el que ha producido las más exquisitas prosas y los más refinados versos, en los que no se sabe qué admirar más, si la impecable factura o el recóndito pensamiento, que siempre deben ir unidos, como el lema y el metal de las medallas insignes.

Un alto y noble estilo no es más que el producto de la paciente selección del lenguaje. Hay vocablos de orígenes bárbaros y obscuros, cuya sola presencia mancha y envilece a los que están cerca, aun cuando sean de la más noble prosapia. Sus consonantes y sus vocales, de una horrible combinación en la fauces del hombre primitivo que trató de producir alguna onomatopeya brutal, nos traen, de súbito, la rememoración de la selva, con su gruñido de fieras y estruendo de aguas. Metidos en la armonía verbal del estilo, a lo mejor, saltan ante los ojos como groseras alimañas, almizclando el ambiente de la página y mostrándonos su dudoso pelaje. Cuando el artista -prosador o versificador- se halle en sus jardines estéticos con palabras de esa índole, debe eliminarlas en el acto, sustituyéndolas con otras que tengan un más puro abolengo. Búsquelas cuidadosamente, sondee el idioma,

torture su imaginación, que las encontrará siempre, engarzándolas armoniosamente con las demás, como si fueran perlas encadenadas por un hilo de oro.

El estilo será siempre una de las más arduas preocupaciones de los éscritores de sangre ilustre, de los verdaderos estetas, quienes trabajarán, en una labor benedictina, por darle la suavidad de la seda, la limpieza del jaspe, el centelleo de las gemas, la instrumentalización verbal. Labor difícil y dolorosa es ésta, en que se borda, se burila, se pule, se labra y se armoniza el lenguaje, empleando todos los medios, retorciendo las frases, seleccionando, una por una, las palabras. El idioma, a veces, se encabrita y rebela como un potro salvaje; mas fustígalo el domador terriblemente, y la bestia acata en seguida la represión del freno, la muda orden de la mano, la enérgica tiranía de la espuela. A la postre concluye por ser un bruto de paseo, de gallardo continente y cuyo dueño puede ponerle la silla y el arnés, sin cuidado, seguro de que le recibirá jubilosamente en su lomo.

# La tristeza del libro

Ni los griegos, tan dialécticos y gárrulos, maravillosamente equilibrados, cuyos representantes, más que Platón y Sócrates, tipos esencialmente antihelénicos, serían Aristóteles y Aristófanes; ni los romanos, cuya alma, taciturna y cruel, era de una sola pieza; ni los hombres de la Edad Media conocieron la tristeza del libro, la melancolía de las enormes lecturas.

Encerrados los conocimientos humanos en las bibliotecas de Atenas, Roma, Pérgamo y Alejandría, y en los herméticos conventos de la época feudal, a pocos hombres les era dado abrevarse en las sagradas fuentes de las ciencias y las letras. Las copias de las obras originales eran escasísimas, de tal modo que la difusión de su contenido nunca llegaba a las masas populares, tan ignorantes en los tiempos de Pericles y los Tolomeos como en los de Roosevelt y Eduardo VII, quedándose, en calidad de misterioso depósito, en el círculo de los sabios, de los sacerdotes y de algunos hombres muy eminentes por su posición social y oficial.

Pero -con la invención de la imprenta- el libro se multiplicó con la facilidad de los panes y los peces del milagro. Millares de millones de volúmenes han sido, desde entonces, arrojados a la circulación de tal modo que el libro se ha puesto al alcance de todo el mundo. La influencia depresiva que ha alcanzado sobre el alma moderna, tan heterogénea y dolorosa, es de todo punto innegable. En la tristeza ambiente de los últimos tiempos tiene tanta parte como el alcohol y el tabaco, porque en la forma que hoy se gusta, es uno de tantos variativos como hay, un verdadero excitante cerebral, origen de profundas neurastenias. En tiempos mejores fue una especie de sedante, una bebida espiritual aromática, que ponía en caja el sistema nervioso. Hoy -con raras excepciones- no lo es. Porque la ciencia y la literatura adolecen-

de algunos años acá- de una cierta neurosis, que se deriva de los desequilibrios e idiosincrasias de todos los sembradores y productores de ideas. De este modo el libro, que era una cosa inocente, ha llegado a convertirse en un motivo de tristeza y de dolor, para hacer más angustiosa la vida del hombre moderno, que ya es un tipo zoológico que presenta todos los síntomas de la degeneración física y psíquica, agotado por algunos miles de años de civilización.

De esas bibliotecas y librerías, donde se amontonan la producción mental de los hombres de todas las razas y los tiempos, se desprende una sutil tristeza, una especial melancolia, algo que no es más que el inmenso dolor del espíritu humano, condensado en miles y miles de volúmenes. Por eso los que han hecho provisión de una vasta lectura, tienen en la faz cierto matiz de tristeza, una disposición orgánica a estar siempre melancólicos o hipocondríacos, agobiados por el atlas de ideas que penosamente llevan encima.

Para todos aquellos en quienes la lectura ha tomado el carácter de un vicio, cada volumen llega a ser, a la postre, no una fuente de placer, sino más bien de sufrimiento. Tal les sucede a los alcohólicos y a los morfinómanos, para quienes una copa o una inyección más, es mótivo de un recrudecimiento del malestar orgánico que les postra y atormenta, después de los gratos y fugitivos placeres del tóxico.

El libro, pues, es una cosa triste, un productor de melancolía, ya nos dé en sus páginas el alma antigua, ya nos revele las complicaciones del alma moderna. Es la mejor muestra -sin pesimismos cursis- de que todo lo material y artificial que nos rodea tiende a demostrarnos que el hombre, en su peregrinación por la tierra, camina un verdadero *via crucis*, aguijoneado por sus inagotables deseos, sediento siempre de un ideal impreciso. Gran parte de la angustiosa psicosis contemporánea nos viene de esas bibliotecas donde están acumulados los ideales, dudas y dolores de los siglos. ¡Pero tales bibliotecas son nada menos que la forma concreta y tangible de la civilización!

# Un año más

Para las almas finas y herméticas, que son las más aptas para el goce exquísito y mortal de las más tóxicas mieles del dolor, esta noche de San Silvestre -la última noche del año- recamada de las más ricas y raras joyas del cielo, está llena de melancólicas reflexiones, de pensamientos sombríos. No hay ser humano, como no predomine en él un exceso de inconsciente animalidad, que no se sienta triste un momento, pensando en la infinita vanidad de las cosas, que tanto desconsolaba a Salomón y a Marco Aurelio, y en la infinita vanidad del tiempo.

Gentiles damas os sonríen, la algazara de la muchedumbre resuena en las calles, oís músicas próximas o lejanas, tal vez un insigne mosto hierve en vuestro cristal; y, sin embargo, de pronto os ponéis tristes, horrorosamente tristes, como cuando, en un amanecer indeciso, que baña de palideces cadavéricas el suelo, marcháis a vuestro lejano lecho, ahitos de carne y de licores incendiarios.

En esa congoja momentánea os vienen a la memoria los recuerdos, como bandadas de aves nictálopes; y presentís -con una clarividencia insólita- que el año que muere, entre esplendores de fiestas, es un poco de vuestra vida que se va, que se fue, que no ha de volver nunca. Consideráis que hay una cana más en vuestra barba; que hay una arruga más -tal vez un surco ancho y hondo- en vuestra frente; que han naufragado muchas de vuestras ilusiones, y que quizás las otras, en el año futuro, han de morir ante vuestros ojos, como esas familias de marineros que se tragan las olas implacables del mar, mientras el padre o la madre ve la tragedia desde la playa.

Tal vez vuestro pensar -si sois meditativos de veras- se interna más en esa negra filosofía y consideráis que la vida, año tras año, no es otra cosa que una muerte continuada, que llegará un día en que pagaréis -siervos miserables- tributo a la tierra, que os ha de recibir indiferentemente, como lo ha hecho con innúmeras generaciones, en una serie de milenios, sin que sienta plétora alguna, ni se alteren sus laboratorios. Durante millones de centurias seguirá arrojando seres vivos y recogiendo cadáveres, hasta cuando se dispare fuera de su órbita, o agonice su fuego central, o se enfríe el sol o le suceda un cataclismo cosmogónico que trastorne el maravilloso equilibrio del sistema planetario.

¿Qué quedará entonces del tiempo? Nada. ¿En dónde estarán los días, los meses, los años, los siglos y los evos, toda esa organización creada y regularizada por los hombres, desde los magos caldeos hasta los astrónomos del último siglo? En ninguna parte. Solamente existirá la eternidad impenetrable y muda; muda y eterna, tal como era antes de que las miríadas de soles girasen armoniosamente en los espacios siderales.

Mas tan sombríos pensamientos apenas turbarán un momento vuestro ánimo, y volveréis, poco a poco, a la realidad, entre las risas, las músicas y las flamas de los candelabros.

Una año hace que, en una noche similar, aguardasteis la venida del nuevo, brindando por él con varios amigos, sobre muchos de los cuales, en esa hora jocunda, la muerte arrojaba una de sus más terribles miradas. ¿Qué os importa? Ellos rodaron ya, con el hipo agónico en los labios, en la senda de la vida, y vosotros, en cambio, habéis vivido doce meses más.

Alegraos, pues, felices mortales; brindad ruidosamente- por el nuevo año, alzando la copa de cristal -la copa de cuello de cisne donde irradia, y ríe, y centellea, el jugo dorado de las más nobles uvas, que hace olvidar las penas presentes e ilumina el porvenir.

Un instante falta para que las estrellas marquen el meridiano de la noche de San Silvestre. Los relojes han dado las doce ya. Como

la lágrima de una nube en los océanos, que en nada aumenta el caudal de sus aguas, un año más ha caído en el abismo sin fondo de las eternidades. Vendrá en seguida la mañana, con su túnica de oro y su corona de rosas, y la naturaleza dormida bajo el centelleo de las constelaciones, se despertará, como una mujer lasciva, al rumor de un inmenso epitalamio. Una vida pululante y nerviosa se agita en las grandes montañas inmóviles; los ríos, dialogando bajo los primeros ardores del sol, llenan las rocas de caricias; los mares azules cantan armoniosamente como en la mañana del mundo; y todo dice que nada ha cambiado, que la naturaleza es la misma, que la humanidad sigue tranquilamente su camino hacia la muerte; y que la tierra, jubilosa y ardorosa, como un animal en celo, se siente joven y fuerte, capaz de alumbramientos desconocidos.

# Sonata de año nuevo

*A Otilia*

Tal vez hoy, en tu valle eglógico -valle de amar y de soñar, donde el crepúsculo feliz languidece como una rosa que se va marchitando en su búcaro de montes azules- tornes los ojos, donde se cristalizan secretas lágrimas, hacia el rumbo donde el ausente apacienta sus nostalgias y sus sueños- rumbo que imperativamente le señaló el hado, cuando empezaba a gozar del perfume de tu cabellera y de la miel de tu boca. ¿Acaso él mismo le tornará a tu presencia, envuelto en una nube de polvo, castigando los ijares de su corcel, mientras le aguardas, temblorosa de alegría, en el huerto de los naranjos y de los rosales, capitoso y ardiente como la heredad del *Cantar de los cantares?* Ve qué te dicen las claras corrientes que te adulan en tu baño matutino, pregunta al zorzal que solloza en la cima del árbol a cuya sombra meditas; otea los umbrosos senderos que recorres con tus compañeras, imaginándote que, de pronto, va a aparecer ante tus ojos atónitos, donde él encendió la luz de la pasión primera, que sólo apagará el soplo de la muerte. Hoy, al iniciarse el nuevo año, una melodía insólita ha sonado en mi corazón, donde el sufrimiento ha grabado tu imagen con la paciencia de un artífice doloroso. Unos músicos ambulantes pasaban por la calle, en el alba turbia, tocando una romanza antigua, como en el poema de Musset, y asomándome al balcón envuelto en la claridad indecisa del amanecer, les seguí con ojos melancólicos, envidiando sus almas bohemias y su música banal. Hubiera querido que un genio -tal como sucede en los cuentos árabes- me llevase junto con ellos al pie de tu ventana, que debe tener un marco de enredaderas, y allí tocarte una sonata cualquiera, un motivo sentimental, que te añorase las dulces noches en que, en la calle desierta, bajo los claros diamantes celestes, te llevé una serenata de amor, en tanto que la luna, con su faz maliciosa, me

espiaba desde la cumbre de las serranías, negras e imponentes a la distancia, bajo la noche rameada de constelaciones. Tú, despertando en tu nido, sacudiendo la profusa cabellera castaña en desorden, exclamarías de súbito:

-Es él.

Lentamente sollozando la música te diría: -"Es el amado que llega por fin, peregrinando por climas y montañas, en busca de tu fresca gracia, de aquella gracia que rindió su viril juventud, en días dichosos, cuando el dolor esquivaba su firme paso y la mirada triste y altiva de sus ojos. Despierta, niña, y sal al balcón, que el gallo negro cantó a lo lejos, el rojo en la próxima alquería y el blanco en el huerto de tu hogar. Sal pronto, oh niña, porque con la luz del sol se disipan los conjuros mágicos, y mañana al asomarte en busca de él sólo encontrarás rostros indiferentes, la perenne perspectiva de los montes natales y la ausencia y la distancia de los días monótonos".

Tal soñaba, pálido y ojeroso, en este triste amanecer,viêndo alejarse a la murga callejera. Mas la melodía de los bohemios llenaba mi ser, y siguió cantando muy quedo en mi corazón, haciéndome rememorar nuestras horas felices, cuando, cogidos de la mano, íbamos a empezar el camino de la vida. Sobre nuestras cabezas el cielo era de paz y de azul; cantaban en los árboles cercanos maravillosos pájaros de iris; a la vera los rosales estallaban de flores y los limoneros nevaban sus azahares; y a lo lejos entre los sotos, un manantial como una disolución de ópalos proclamaba gárrulamente el triunfo de nuestros corazones.

Tal íbamos por el camino de la vida cogidos de las manos, meciéndonos dulcemente, sin hablar, pendientes las almas de las húmedas pupilas. Un lindo pájaro nos trinó su pensar. aprovechaos de la juventud. Dos palomas monteses se perseguían saltando ante nuestros ojos. Unâ liebre nos vió asustada, huyendo entre las matas; y una vieja, que tenía un siglo, andrajosa y encorvada, nos dijo, después que le dimos una limosna, agitando su rústico bordón: -Hijos míos, vais a ser muy felices. Más adelante encontramos un hada, seguida de un enano etíope, que te regaló

un anillo de oro macizo, símbolo de la fidelidad, y que me dió un puñal mágico, para que lo llevara al cinto y te defendiera.

Tal íbamos por el camino de la vida, en aquella dulce primavera sentimental. Y tú parecías fresca y pomposa, como un rosal de tu valle umbrío, y yo, erguido, y fuerte, como un pino de tus montes. Pájaros melodiosos cantaban sobre nuestras cabezas en la cima de los árboles donde enredaba la tarde su cabellera de oro; el cielo era de un azul profundo, de una profunda paz: recortábanse en la lejanía los montes, semejando grandes turquesas o esmeraldas; los próximos manantiales dialogaban entre las yerbas, disputándose el tesoro de tu cuerpo virginal. Tal íbamos por el camino de la vida, sin ver hacia atrás, con el corazón en los labios y el alma en los ojos, sin pensar en que el dolor, como un arquero aleve, nos acechaba en aquel paisaje de idilio.

Fue un sueño... cuando despertamos, llorabas en silencio, en un rincón de tu hogar, de rodillas ante una madona, y yo, fugitivo y taciturno, había comenzado otra peregrinación, más triste y dolorosa que aquella que me llevó a través de los océanos, nostálgico del aroma de tu cabellera, de la miel de la flor de tu boca. Porque entonces tornaría en breve, mientras que hoy son hostiles a mi paso todos los senderos que conducen a tu valle natal, a tu rincón de égloga, donde el dragón del odio me devoraria sin piedad. Pero mañana me has de ver llegar, victorioso y fuerte, con la espada de Sigfrido en la diestra. Y me premiarás con la rosa que llevas en tus cabellos, con la mirada más dulce de tus ojos y la delicia suprema de tus labios.

# Nuestra emancipación

El viejo sol del siglo XVIII, envuelto en nubes de sangre, habíase hundido en el piélago de los tiempos, remontándose en el horizonte de la humanidad el sol del siglo XIX.

Era el año de 1821. En medio de las aguas del turbulento océano Atlántico, bajo el cálido soplo de los vientos marinos, al arrullo de los borrascas y al son de la estupenda música de los truenos, cerca de los soñolientos sauces de las riberas, contemplando el cielo mudo y el mar rugiente a sus pies, midiendo el huracán por la ráfaga que le azotaba los cabellos, el universo por el grano de arena que hollaba su bota, el océano por la gota de agua que resbalaba en el peñasco, el pasado fulgurante por el presente sombrío, siguiendo con la vista el vuelo de las nubes y el remolino de las olas, lejos de los pueblos y cerca de los abismos, lejos de los templos y cerca de Dios hablando a la espuma, al escollo, a la noche, al horizonte, al infinito, se moría un hombre de pequeña estatura, de faz marmórea y ojo de águila, a quien llamaron sus soldados El Cabito, y, el mundo, Napoleón.

Este hombre tenía que purgar un gran crimen: el haber encadenado a Europa, razón por la cual Europa le tenía encadenado a él. Y allí en el islote de Santa Elena, sobre el árido peñón, lejos del torbellino de los sables y del rugido de los cañones, frente a la coalición europea, agonizaba triste y solo, injuriado por sus carceleros, escupido por las olas y flagelado por los vientos oceánicos.

Al morir Napoleón, Europa reposaba en los enervadores brazos de aquella tenebrosa liga que se llamó la Santa Alianza. Cuando se unen los déspotas, tras las catástrofes sociales, algo inicuo y criminal se pacta entre ellos, contra los indefensos pueblos que gobiernan. Y la Santa Alianza, escondida tras los tronos

agujereados por las balas francesas, al amparo de la reacción monárquica y sacerdotal que inundaba otra vez a Europa como una marea de sombras, estaba dispuesta, esgrimiendo el puñal de dos filos, a clavárselo en el corazón a la República, si surgía de nuevo de entre la catástrofe del Imperio, soltado en Waterloo por las águilas napoloeónicas, las cuales huyeron a la desbandada a París, envueltas en el humo de la derrota, bajo un cielo en deslumbrador relampagueo y sobre la tierra en convulsión.

Metternich - la Santa Alianza encarnada- funesto como una epidemia y astuto como una zorra, hilvanaba en su cerebro aquella perversa política que reducía a cero la libertad de los pueblos, libertad comprada al pasado, con tres millones de cabezas. El prusiano se engañaba, engañando a los autócratas coaligados. Cuentan de Jerjes que en un momento de vanidad y de cólera estúpidas, mandó a sus soldados que azotaran con cadenas el mar embravecido; el loco rey persa no se imaginaba tener, a traves de los tiempos, un imitador en Metternich, que trataba de azotar con sus oxidadas ideas medioevales, el mar de luz del siglo XIX.

El cansancio que invade a Europa después de 1815, no es más que el momentáneo cansancio de la Revolución Francesa. El 93 no dormía: dormitaba el sable a la derecha. Montado había recorrido toda la Europa. De Bélgica a Italia y de España a Rusia, estaban grabados los cascos de su corcel de batalla, sobre la tierra ensangrentada. El Imperio había sido su apogeo de gloria. Napoleón era la imagen del 93, convertido en soldado conquistador, acuchillando al derecho divino, sentándose en los seculares tronos, humillando a los reyes ineptos y medrosos. Vencido el formidable corso, los déspotas europeos creyeron muerto aquel ideal batallador y batieron palmas frenéticamente. ¡Alegría de los gansos viendo caer a las águilas! El vencedor de Jena no era el 93, sino que lo representaba . Después que se desplomó él, la revolûción se trasladó a España y a Italia. Ahogada en Andalucía y en Nápoles, triunfaba en Grecia y en América. La paz de Navarino era la última victoria del 93 sobre la monarquía, encarnada en la Sublime Puerta. Y ¡cosa extraña!

la misma monarquía haciase liberal, al unirse a la revolución helénica y al espiritu europeo, puesto al lado de Grecia contra Turquía.

Un día, mientras un papa cautivo coronaba a un emperador con la fuerte y desmedida alhaja de Carlomagno, un joven subió al Monte Sacro. Tenía a sus pies la Roma católica adormecida bajo la luz de la tarde, y sobre su cabeza, como un palio gigantesco, el cielo azul de Italia. Y aquel joven, aquel visionario, aquel soñador, ante aquella ciudad que era como el panteón del paganismo muerto, ante aquel cielo despejado y sereno, bajo el cual habían aleteado las águilas clásicas, ante aquellas, colinas de verdor eclógico, donde habían florecido los rojos mirtos y los verdes laureles y había repercutido la voz de la cornamusa de Pan, sintió cómo se llenaba su espiritu de las glorias del mundo griego y del mundo romano, creyó ver un ojo fijo y terrible que lo miraba desde las Termópilas y desde las horcas Caudinas, y juró por el Dios que lo escuchaba y el sol que lo contemplaba desde el ocaso sangriento, no envainar el acero, ni dar reposo al brazo, ni descansar un momento, hasta que diera libertad al Nuevo Mundo. Y aquel juramento resonó en los aires cargados de aromas y de rumores crepusculares, estremeció el ilustre polvo de la antigüedad latina, voló por sobre las cúpulas y las torres de la Ciudad Eterna, y fue llevado por las brisas del Mediterráneo más allá de las columnas de Hércules, a los vientos del mar, a las riberas americanas, a los viejos bosques vírgenes, coronados de pájaros multicolores, a volcanes cuyas testas tiemblan en el fondo de los cielos encendidos y a las conciencias de unos pueblos conquistados a sablazos por Cortés, Pizarro, Valdivia, Benalcázar y Jiménez de Quesada, y aletargados por tres siglos de coloniaje.

Y poco después de este juramento, la América del Sur era un fragor de sables, un cuadro de fuego un huracán de plomo; y luego, como a mágica evocación, salidos de las sierras y de las llanuras, de los bosques y de las ciudades, llenos de entusiasmo y sedientos de gloria, aparecieron unos como resplandecientes arcángeles de Milton, llamados Páez y Sucre, cercados de esos leones generosos y bravíos apellidados Piar, Girardot, Mariño,

Rivas, Urdaneta y Valdés y seguidos de una legión de jinetes que, con la espada sanguinolenta despidiendo llamas y la lanza de ocho palmos al ristre, con las pupilas dilatadas y las fauces llenas de espuma, cayeron de súbito al galope, como un ejército de relámpagos, sobre las huestas enemigas, acribillándolas, empujándolas, deshaciéndolas y clavándolas contra la tierra empapada en sangre de Carabobo, San Mateo, Boyacá y Junín.

Después de estas batallas de Centauros y Lapitas, dignas de la estrofa pindárica y de la pluma de Tito Livio, los españoles, que no desmintieron su proverbial valentía, aunque llevaron la peor parte en la refriega, evacuaron a paso de héroes a Chile, Venezuela, Nueva Granada, el Alto y Bajo Perú. Más tarde, Hidalgo y Morelos iniciaron contra ellos la insurrección de México, e Iturbide y Guerrero, acordaron la emancipación de Nueva España, en el Plan de Iguala, el 24 de febrero de 1821, no sin que antes se libraran terribles combates a punta de lanza y a filo de espada.

Mientras que el resto de los hispanoamericanos conquistaban su emancipación, sacándole al enemigo los bofes y quebrantándole la cabeza, nosotros los centroamericanos veíamos el incendio desde lejos, escuchábamos a la distancia el ruido de los clarines, el relincho de los corceles, y aquel cañoneo prodigioso que llenaba de truenos el horizonte del continente.

La burlona filosofía del siglo XVIII, después de hacer genuflexiones a los pies de Federico y de correr por entre las casacas y las opulentas faldas de la corte de Versalles, había salvado los mares para encarnarse en algunos espíritus delicados y finos de la América Central. Las almas presentían que se cruzaba por una época de evolución social. España estaba desacreditada y Fernando VII inspiraba lástima. Las caducas teorías monárquicas empezaban a vacilar sobre sus cimientos y el edificio colonial se desmoronaba visiblemente. Un disgusto general agitaba las masas populares y una vaga idea de libertad llenaba los cerebros. Presentíase que había llegado el momento de dar el grito de emancipación.

Celebrábanse juntas secretas y hablábanse las gentes a los oídos. Muchos aparentaban una falsa serenidad y otros un valor fingido. Corrían rumores de fracasos inverosímiles y de desgraciadas tentativas de reconquista en la América del Sur. Respecto a México, se estaba a la expectativa. Temíase dar un paso en falso, y los tímidos y los soñadores veían de continuo flotas imaginarias llegar a nuestros puertos y fantásticos ejércitos desembarcar en nuestras costas. Aquella situación era una pesadilla y aquella pesadilla podía a la larga convertirse en delirio. El pueblo ignorante y embrutecido nada veía, nada pensaba, nada oía. No impunemente se sufren tres siglos de coloniaje, y nuestro pueblo era el peor preparado para redimirse por sí mismo. Los hombres que veían un rayo consolador en aquella lóbrega y pesada noche social, eran Molina, Barrundia y Valle. Molina era severo, Barrundia impetuoso y Valle reflexivo. El primero meditaba, el segundo fomentaba y el tercero esperaba. Gaínza, el buen Gaínza, estaba indeciso. Presentía los acontecimientos y la tempestad de los sordos rumores que llegaban a sus oídos y por los nubarrones que empezaban a amontonarse sobre su cabeza.

Esta era la situación política de la Capitanía General de Guatemala a principios del mes de septiembre de 1821. Quizás, si dilatamos un momento más nuestra emancipación, hubiéramos tenido que combatir y el suelo de Centroamérica hubiera sido ensangrentado, y este día, en lugar de recordar nuestra gloria pacífica y nuestro fácil triunfo, hiciéramos memoria de las hazañas de nuestros héroes y de las proezas de nuestros libertadores. Pero no sucedió así. Nuestra emancipación de España se llevó a cabo con la calma más perfecta y con el orden más severo. Al abrir las páginas de nuestra historia moderna, de repente nos encontramos con esa sencilla y augusta congregación, reunida en el Palacio del Ayuntamiento, con esas frentes de marfil y esas cabezas nevadas, con esas miradas profundas y esas manos temblorosas; y entonces, sentimos que nuestra irreverente juventud se inclina respetuosamente ante ese augusto Congreso, donde la honradez tiene asiento y el patriotismo se gallardea holgadamente.

¡Salve oh buenos ancianos, oh venerables padres de nuestra patria! Salve, porque un día como éste rompisteis los lazos que nos unían a nuestra abuela, la vieja y gloriosa Iberia; porque firmasteis con mano firme nuestra acta de emancipación y nos la dejasteis como un valioso, legado, que los hijos de nuestros hijos guardarán bajo siete llaves de hierro en el arca sagrada; porque vuestros nombres, en el pórtico del edificio de nuestra historia, forman un collar de estrellas; porque sois una como columna de fuego que guía a la juventud por el yermo de la política donde se recogen pocas flores y muchas espinas; porque cruzais libres de todo pecado por entre nuestros odios, cuando muchos de vuestros nietos pasan con el sambenito de los criminales; porque vuestras miradas, desde el marco de oro que encierra vuestras efigies, son francas y puras, mientras que las nuestras ya no lo son: porque caminais sobre las olas de un mar de bilis, como el buen Jesús sobre las olas del lago Tiberíades; porque reconfortais nuestros pechos y nos llenáis el alma de claridad; porque, en fin, cuando nos acordamos de vosotros, en el gran día de la Patria echamos a los cuatro vientos vuestros nombres, nombres que suenan dulce y armoniosamente sobre la multitud. ¡Salve, mil veces salve!

¡Rogad a Dios, puesto que debéis estar cerca de él, que en las postrimerías de este siglo y en los comienzos del entrante se forme una generación briosa y enérgica, una generación altiva y sabia nacida del himeneo del derecho y de la civilización que reuna las gotas dispersas de nuestra sangre, y los miembros separados de nuestro cuerpo; una generación que tenga las sienes ceñidas de luz, el himno en los labios y la oliva en las manos; una generación que tenga algo del alma de vosotros; una generación que piense y que sienta, que estudie y que crea, que ahonde en la tierra y en la historia, que tenga Dios y que tenga patria; que ame el arado y la espada, la constitución y el clarín,para que rompa nuestras fronteras y borre para siempre nuestros odios! ¡Rogad a Dios, que los hijos que palpiten en el vientre de las madres futuras, lleguen a ser también hijos de Centroamérica, dignos nietos vuestros, oh Barrundia, oh Valle, oh Molina, oh Morazán, para que puedan formar un pueblo libre y poderoso del Nuevo Mundo, cuya bandera sea saludada por todos los cañones y agitada por todos los vientos!

# Morazán y Barrios

Don Ricardo Contreras, escritor de buen sentido moral y de juicio sereno, ha publicado en *El Avisador*, de Quezaltenango, una serie de artículos encomiando al general don Justo Rufino Barrios.

No queremos decir si son justos o no los grandes elogios que hace del dictador guatemalteco, y si éste merece de sobra el concepto favorable que tienen de él sus ardientes partidarios; únicamente observaremos al señór Contreras, que no puede haber paralelo entre Barrios y Francisco Morazán, y menos puede aquel ser superior a éste, como pretende demostrar en su quinto artículo.

Morazán es una figura centroamericana muy más alta que Rufino Barrios. La escena en que le tocó figurar fue más amplia; sus victorias fueron más brillantes y trascendentales; su influencia moral perdura después de sesenta años, el ideal por que combatió era más generoso y grande que el ideal de Barrios, porque la tentativa de éste para unir a Centroamérica, apenas si se puede disculpar a la larga, examinándose con atención los propósitos casi personales que lo lanzaron a una muerte si se quiere gloriosa, pero menos grande que la del héroe de Gualcho, sufrida con un valor a toda prueba sobre las gradas de un patíbulo.

Cuando Morazán hizo el empuje de reconstruir el edificio de la nacionalidad, que habían echado a tierra los clericales, tuvo un pretexto legal, existía un motivo justificable. La Federación había sido disuelta por la fuerza; era del caso, reunirla por el mismo procedimiento. Su actitud en Costa Rica no puede reprobarse de ningún modo; era no sólo patriota, sino altamente constitucional. En cambio, sin menoscabar el mérito de la tentativa de Barrios, no puede decirse lo mismo de él. Cuando se dio el decretó del 22 de febrero, los Estados eran independientes, la

Federación hacia muchos años que no existía. El decreto, pues, era atentatorio contra la integridad de las otras repúblicas, y por eso éstas se pusieron sobre las armas para oponerse al invasor, que fue a morir valientemente en Chalchuapa.

Morazán no fue solamente un guerrero afortunado, un hombre de batalla, como dice el señor Contreras, sino que tuvo eminentes cualidades de hombre de Estado, que él le niega del todo, cegado momentáneamente por una pasión que no disculpamos, para adjudicárselas sin límites a Barrios, a quien estamos por asegurar que le faltaban.

Las reformas políticas llevadas a cabo en Guatemala después del 71, Morazán las había puesto en práctica, con magníficos resultados, después del triunfo del año 29. Vamos a enumerarlas a la ligera, no sin advertir que tiene más méritos el que se lanzó por esa escabrosa vía, a raíz de la emancipación política de España, que el que, desde su solio de dictador, las volvió a imponer a Guatemala hace veinticinco años, cuando era una vieja conquista en el resto de las repúblicas hispanoamericanas:

Creación de la instrucción pública por el método de Lancaster.

Supresión de congregaciones religiosas.

Nacionalización de los bienes del clero.

Establecimiento de la independencia entre la Iglesia y el Estado.

Fundación de la igualdad civil y política.

Libertad de cultos.

Adopción del jurado.

Libertad de imprenta.

Establecimiento. de la Academia de Ciencias.

El *Habeas Corpus*.

Introducción de los códigos de Pruebas, de Procedimientos y de Juicios.

Etcétera, etcétera.

Todas estas reformas, que los clericales suprimieron al hundirse la Federación, fueron puestas en vigor mientras Morazán rigió los destinos de la América Central. Combatió por ellas, las llevaba en su cabeza; eran la consecuencia lógica de aquel gran movimiento redentor, que venciendo a Domínguez en los campos de La Trinidad, acabó por ahogar en luz a los conservadores guatemaltecos, en el mismo recinto donde Arce tramaba la ruina de los otros Estados.

¿No es un hombre de Estado el que hizo todo esto? ¿No tiene más méritos el militar audaz que llevó a buen término obra de tal magnitud, en aquellos tiempos de obscurantismo y de terribles pruebas, sin vejaciones de ninguna especie, que el que las volvió a implantar treinta y cinco años después, en medio del terror y del más oprobioso despotismo?

Si la Federación no se hunde, socavada por las traiciones y las felonías,¿qué le quedaba que hacer a Rufino Barrios en Guatemala? Nada. Su mérito, pues, no es tan grande como el señor Contreras cree, ni tanto que lo coloque sobre la gallarda figura de Morazán,la más alta, la más pura, la más hermosa del istmo centroamericano. Ni como político, ni como hombre de Estado, ni como guerrero, ni como persona particular, Barrios le lleva ventaja al caudillo hondureño.

La política de Morazán se desarrolló en un proscenio más amplio, cuando Centroamérica formaba una sola entidad; la de Barrios, apenas si influyó sordamente en dos de las repúblicas vecinas.

Morazán no sólo era un hombre de Estado, como lo hemos probado ya, sino un correcto escritor , como lo atestiguan sus

proclamas y sus memorias. Barrios no ha dejado nada escrito que revele mundo interior,y es dudoso que haya tenido variados conocimientos en los diversos ramos del saber humano.

Morazán ganó batallas, verdaderas batallas, llevó sus banderas en triunfo por todas partes, era un militar genial, a pesar de que nunca tuvo escuela y de que ignoraba las más insignificantes maniobras, como dicen algunos de sus biógrafos.

Barrios no figuró ni como primer caudillo de la revolución del 71, y ninguno de los combates en que tomó parte se puede comparar, por lo trascendental del triunfo, con la batalla de Gualcho o del Espíritu Santo. No era, ni con mucho, un militar de genio como lo fue Morazán.

Como caballeros, no cabe una remota comparación entre uno y otro. Morazán era un cumplido caballero, correctísimo en la calle y en el salón, de figura apuesta, incapaz de un desliz con una dama. Era modesto, educado, fino y atento; sus biógrafos todos le atribuyen las mejores cualidades privadas. Barrios... iA qué referir lo que todos saben, la larga lista de sus aventuras más o menos feas?

¿Cabe un paralelo entre estos dos hombres, de vidas tan opuestas, de fondo tan diverso, de temperamento tan contrario, de conducta tan diferente? No, no puede caber.

Mas si el paralelo se hace, si se quiere pesarlos en la balanza, si se quiere saber quién es el que vale más ante la historia, reúnanse documentos, leánse las anécdotas, compárense los hechos, examínese la vida pública y privada del uno y del otro, y se verá que Morazán es muy superior a Barrios en todo; tan superior, que para ver más chico al segundo no hay más que compararlo con el primero.

La vida de Barrios todavía está por depurarse, y es casi seguro que no se purificará del todo, aunque se funda y se refunda en el crisol del más ardiente partidarismo. Muchos de sus amigos, de los que

tomaron parte en su gobierno, viven todavía, y son los que lo exaltan sobre todas las figuras de la historia, olvidándose de sus grandes culpas. A Barrios no se le ha hecho justicia aún, no se le hará todavía, porque su vida está ligada fuertemente a una generación que disculpa en él algunos de sus propios pecados.

Morazán está ya juzgado, y nadie lo apeará de su pedestal de gloria, elevado por la gratitud y la admiración de dos generaciones que ni lo conocieron. Apenas de cuando en cuando, para que lo echen de ver en su rincón, algún dómine escuálido y majadero escribe algún folleto infame contra él y consigue el sordo aplauso de cuatro personajes rancios, en cambio de la enérgica protesta que alza la juventud; pero esto no tiene otro resultado que encumbrarlo más y más a los ojos de los que han leído la historia de su vida asombrosa.

El señor Contreras no ha difamado a Morazán; pero, tal vez sin mala intención, y creyendo que su juicio era justo y sereno, lo ha rebajado en el paralelo que ha hecho entre él y Justo Rufino Barrios.

Deseáramos que, empapándose hondamente en la leyenda del héroe de La Trinidad, llegara al fin a medir la enorme distancia, la gran diferencia que hay entre el terrible dictador guatemálteco, que siempre se vengó cruelmente de sus enemigos, y el prohombre hondureño, alto entre los grandes de la América Latina, casi igual a Santander, que repitió en la plaza de San Salvador, en épocas en que las guerras eran crímenes atroces y salvajes venganzas, la sublime hazaña de Guzmán el Bueno en la plaza de Tarifa.

# El nuevo mundo

Parece que la civilización, en su incansable marcha a través de los siglos, ha ido circunvalando a nuestro planeta, y que de la península brahamánica pasó a la península helénica, y que de la península helénica pasó a la península itálica, y que de la península itálica pasó a la península ibérica, y que de la península ibérica, llevada en tres carabelas sobre las encrespadas ondas salobres, por la fuerza de los vientos marinos y la fuerza de los sueños de un loco, pasó a descansar a la fresca sombra de las exuberantes selvas americanas, en tanto que se fortalecían los sajones y los eslavos surgidos del caos de las razas, como para heredar la gloriosísima bandera de la civilización, que ondeó en la pirámide egipcia, en la pagoda indostánica, en el templo griego, en el capitolio romano y en la catedral gótica.

En el estado actual en que se encuentra el humano progreso, hubiera sido imposible a Europa contenerlo en sus estrechos límites, y fue así, preciso que surgiera de entre sábanas de espuma un mundo niño, una tierra virgen y joven, buena madre fecunda, una América con sus islas que parecen jardines flotantes sobre las hervorosas aguas del Atlántico y las potentes aguas inmensas del Pacífico; con sus temibles volcanes, coronados de sempiternas nieves y de sempiternas nubes; con sus magníficos bosques, por donde salta el tigre, ruge la pantera y vuelan pájaros de cien colores, como si fueran fragmentos de un iris despedazado; con sus llanuras de dilatados horizontes, propias para las grandes vacadas y las partidas de caballos indómitos; con sus ríos anchurosos, que van mugiendo entre rocas plutonianas y ribazos enormes, donde beben el sol del mediodía los cocodrilos hambrientos; con sus azules lagos, donde rebullen peces de oro y de plata, y por sobre los cuales vuelan las níveas garzas y los patos salvajes; con sus montañas, en cuyos riñones cuájanse los

metales preciosos; con su suelo, en fin, que produce desde la ortiga hasta el cactus, desde las gramas hasta los helechos, desde las yerbas medicinales hasta los cedros corpulentos y olorosos, desde el penacho de esmeralda de la dulce caña de azúcar hasta el abanico de esmeralda de la airosa palmera del trópico que suspira bajo la luz de la aurora y suspira bajo la luz de la tarde.

Si fuera dable lanzar profecías en este siglo de la dinamita y del vapor, yo diría que los hombres y las tribus, y los pueblos, y las razas, y las naciones, y el dios de Confucio y el dios de Abraham, y el dios de Sócrates y el dios de Jesucristo, y el hombre de piel amarilla como el hombre de piel negra, y el hombre de piel cobriza como el hombre de piel blanca, y los que habitan en las islas del océano y en la tierra firme, y todos cuantos alientan alma sobre la faz del planeta, llegarán en misteriosa corriente al Nuevo Mundo, y aquí se reunirán para fundar las grandes ciudades de una colosal república y el bueno y omnipotente Dios de todos los dioses, estará complacido, y mirará con generosos ojos el consorcio de los hombres, que, puestos de rodillas, elevarán Al Ser Supremo el himno más glorioso que hayan creado las religiones muertas y las religiones vivas, el himno de la libertad, del trabajo y de la civilización, que ya balbucea la humanidad en la grandiosa agonía del siglo décimonono, y que en lo futuro darán a los cuatro vientos los hijos de los hijos de nuestros hijos, hasta la consumación de los tiempos.

# Desarrollo de la prensa centroamericana

Para hacer -aunque sea a grandes rasgos- un estudio del génesis y desarrollo de la prensa centroamericana, hay que remontarse a los tiempos de la emancipación, cuando un reducido cónclave de ilustres patricios sembraba -en el terreno apenas arado por la literatura mística de los frailes gongóricos de la colonia-los gérmenes de las ideas jacobinas y girondinas, que, con burla de la suspicacia de los aduaneros españoles, penetraron en estos países difundiéndose en ellos con notable celeridad, como toda doctrina subversiva contra las ideas ambientes.

Si la religión que predicó el pálido taumaturgo de Galilea no hubiese encubierto, con sus parábolas sedosas y su frase de doble fondo, la sorda y formidable protesta de todos los siervos y esclavos del mundo antiguo,contra el militarismo y la tiranía seculares del dominador romano, admirable de fuerza y de crueldad, la palabra nazarena no hubiese triunfado tan fácil y fatalmente, quedando crucificada en el calvario o perdida entre las chozas de Nazaret y de Betania.

Así también los principios revolucionarios franceses, importados al suelo centroamericano por hombres de espíritu inquieto, tenaz y soñador, traían todos los elementos disolventes que se necesitaban para hacerle comprender al régimen colonial, perezoso y anestesiado, que era llegada la hora de sus funerales.

El mismo Valle -hombre de método, docto en humanidades y en ciencias- tenía que ser, por la fuerza misma de su cultura, un revolucionario latente, aunque en público dijese que no era tiempo de un cambio. Barrundia, nutrido con todas las exaltaciones

y los terribles discursos del 93, improvisaba sonoros credos patrióticos y vibrantes oraciones, más líricas que políticas, más armoniosas que substanciosas, que eran el eco de la fraseología altisonante y multicolor, de los primeros tiempos de la Convención, donde, junto a los aullidos y gruñidos de hiena de Marat, se oían los gritos de águila de Vergniaud y los rugidos leoninos del teatral Dantón.

Toda la literatura que contiene el periodismo de esa bella época de nuestra historia, está llena de una especie de vértigo patriótico y de borrachera política, que sentaban perfectamente en los días en que la república vino al mundo. De buena fe creían aquellos hombres que eran testigos del nacimiento de un gran pueblo, cuya posición geográfica, ciertamente, era la mejor del mundo; pueblo que era el istmo de unión entre las dos partes mayores del continente americano, bañado por dos soberbios mares, que querían como indicarle que en ellos estaba el secreto de su futura grandeza.

Por todas las publicaciones de esta época corre un potente soplo de entusiasmo y de fe, sin que haya frases de desmayo ni desconfianza por las pocas rentas y elementos de vida con que entonces contaba la América Central, porque nuestros insignes abuelos no podían adivinar los males que le sobrevinieron en seguida a la naciente Patria, ni sospecharon que ya estaba señalado el lote donde sus malos hijos le cavarían la fosa, enterrando en ella el cadáver de la Federación, acribillada por las balas de doce años de guerras civiles, que no pudo contener, con su actividad, valor y talento, todo un Francisco Morazán.

Propiamente la prensa política no nació en la República, porque los que mangoneaban en los asuntos públicos eran más bien tribunos que periodistas de escuela y de partido, más bien apóstoles que ingenios dialécticos. Con su dedo bíblico mostraron al pueblo la tierra de promisión de la paz y de la libertad, tratando en lenguaje sencillo y claro, las cuestiones que más se relacionaban con el comercio y la futura vida industrial de los cinco paises federados. El tráfico por el Atlántico y el Pacifico; el canal

interoceánico por Nicaragua, que preocupó a los hombres de la colonia; la explotación de las maderas de nuestros bosques y algunas sanas cavilaciones sobre la naturaleza, cuyo amor tomaron de las lecturas de Rousseau, temas eran para las disertaciones de aquellos ilustres patricios, que no se conformaban con haber emancipado la América Central de España, sino que pretendían ponerla a tiempo el hacha en la mano para que demoliera sus bosques vírgenes, y darle herramientas y conocimientos para la explotación de su rico subsuelo, que apenas había violado la codicia europea.

Mas, toda su admirable labor de convertir a esta región del mundo en un emporio mercantil e industrial, al amparo de la libertad, fracasó lamentablemente en pocos años, cuando las ambiciones desatentadas de algunos encendieron las rojas fogatas de la guerra separatista, que sepultaron a la República en un pavoroso caos, haciéndola fácil presa de la barbarie que hormigueaba en los montes, y que un día se agrupó alrededor de Rafael Carrera y de otros caudillos aborígenes, salvajes, crueles y supersticiosos, lanzándose sobre los débiles baluartes de nuestra cultura. Aquella regresión de las selvas sobre la ciudad, es una de las más sombrías fechas que hay en la historia de la America Central, porque los blancos y mestizos que formaban el grupo director, estuvieron a punto de perecer bajo el rencor ancestral de las hordas silvestres que vomitaron las sabanas y las serranías.

## II

Notará el lector, en estos breves apuntamientos que *-cálamo currente-* hacemos sobre el desarrollo de la prensa centroamericana, que no entramos en detalles, para lo cual necesitaríamos una vasta copia de datos y de citas, que no tenemos al alcance, sino que nos limitamos a seguir las evoluciones del espíritu de determinadas épocas de nuestra historia, cuyos periódicos están relegados en los anaqueles de los archivos y de las bibliotecas o perdidos del todo.

A las pomposas declamaciones de la prensa girondina, donde campeaban una buena fe y un entusiasmo sin limites, sucedió la prensa doctrinaria, cuando roto el pacto federal, cada Estado se declaró autónomo e independiente.

La República Federal, sostenida y alimentada por las victorias morazánicas, vióse siempre envuelta en los nubarrones de la guerra civil, continuamente disipados por la luz que irradiaba la buena estrella del héroe de Gualcho; pero, caído éste y dividida la América Central en cinco pequeñas naciones, el gobernante de cada una de ellas se valió del periódico, semanal o bisemanal, para formarse una atmósfera a propósito con los intereses creados por el ruidoso desastre de la Federación.

De Guatemala venía un gran soplo de paz conventual que oreaba la política centroamericana de entonces. Hábiles retóricos llenaban las columnas de los periódicos de artículos unciosos, en los que, tratando de desfigurar la verdad sobre lo sucedido desde la invasión hondureño-salvadoreña hasta el asesinato de Morazán en San José de Costa Rica, arrojaban, poco a poco, del alma obscura y movediza de la muchedumbre, las ideas liberales que componían el código político de los vencidos. Tal propaganda no era más que una feroz revancha contra la razón, la filosofía y el pensamiento humano.

Toda la p-ensa *postgirondina* está inspirada en un criterio convencional y estrecho, donde no se pretende más que anestesiar, con un lenguaje circunspecto y un habilidad sofística, la mente de las masas populares. Un como soplo enervante pasa sobre el periodismo de esa época, que no era más que el reflejo del soporoso estacionarismo que reinaba en las esferas oficiales, donde un grupo de ergotistas, faltos de acción y de volición, rodeaban al jefe supremo de cada república, derramando de su altura, con una tranquilidad de faquires, el tóxico lento de sus ideas enervadoras, propias del período lacustre del pensamiento.

Es claro que la prensa de oposición y de combate no existía, ni podía existir entonces emparedada entre el cuartel y la iglesia.

Sólo el doctor Lorenzo Montúfar, que había tomado ya el camino de su largo destierro, lanzaba sus vibrantes anatemas al grupo clerical de Guatemala, que le respondía con sátiras, insultos y excomuniones. En cambio el periodismo áulico se desarrolló en todas partes como una calabacera, produciendo los más extraños frutos, venenosos casi todos, porque la planta madre enraizaba en la más feroz iracundia y en el sectarismo más intransigente.

Nótase que son pocos los folletinistas, y -sobre todo- que no hay un panfletista de cuerpo entero, que hiciera vibrar su látigo de escorpiones sobre las conciencias de su tiempo. Una gracia cursi y una sátira indocta predominan en las producciones políticas. No hay un solo estilista de veras o un libelista de gran talla, uno de esos tempestuosos escritores, cuyo paso se marca indeleblemente en la literatura de su tiempo y de su patria.

Apenas, en las tradiciones de José Batres Montúfar, se ve la faz burlona de la sátira, hábilmente disimulada en los escondrijos de sus soberbias octavas reales. Pero el poeta de *El Reloj*, en nuestro sentir, jamás se propuso en serio criticar las costumbres de la época en que vivió, ni menos corregirlas. Sus abejas y avispas, si bien hacen oír zumbidos, rara vez hacen uso de sus aguijones. Batres, aun en sus más acerbas censuras, nunca llegó a aquel odio implacable, a derramar el ácido corrosivo que quema aquellos cantos de Byron, donde vibra una rabiosa contumelia contra muchos escritores y políticos ingleses. La ciega ferocidad normanda aparece en muchas páginas del gran poeta británico, cuyo negro humorismo enlobreguese su luminoso cielo espiritual.

Con la inmigración del romanticismo, empezaron a aparecer los periódicos y las revistas literarias, casi siempre de escasa vida, pero que eran señal de una nueva orientación del pensamiento centroamericano. Una pléyade de poetas contaminados del ruidoso numen de Fernando Velarde, apareció con la lira al hombro, en el campo mental. El periodismo doctrinario, adusto y envejecido, tuvo esa nota alegre que le hizo perder la rigidez académica que le había dado su dogmática actitud.

## III

El ensanche comercial que -de cuarenta años a esta parte- se viene notando en los países centroamericanos, como consecuencia del acrecimiento de las industrias agrícolas, ha impulsado enérgicamente el desarrollo de la prensa.

Fue un ilustre hondureño, un hombre de luminosa mente y de magnífica palabra, quien fundó en esta capital, el primer periódico diario. Me refiero a aquel singular talento que se llamó Alvaro Contreras, que arrastró por las cinco repúblicas su bullicioso y generoso lirismo, dejando en todas ellas el brillante rastro de su verbo y de su pluma.

Luego, en la vecina República de Guatemala, apareció el Diario de Centroamérica, donde han colaborado los mejores ingenios de aquel país. Un vigoroso movimiento periodístico se inició en seguida en Nicaragua, fecunda en excelentes diaristas y hábiles dialectos, muchos de los cuales han logrado una sólida reputación, ora por la fuerza de su estilo, ora por lo cáustico de su lenguaje. Durante mucho tiempo el periodismo nicaraguense se tuvo como el primero de la América Central.

En todas las publicaciones de ese nuevo período de la prensa centroamericana, predominó el editorial doctrinario, generalmente de política local. El articulista, en las primeras columnas del periódico juzgaba a su modo los actos del gobierno conviertiéndose, por lo común, en opositor o ciego enemigo. De ahí el tono colérico o dogmático que predomina en todos los artículos de fondo, donde al autor, convertido en dómine, reparte de acuerdo con su idiosincracia, bombos y palos a destajo. Así la polémica se convertía en un verdadero campo de Agramante, donde, sin piedad, se ofendía cruelmente a políticos y a escritores. La intransigencia de los partidos y las rivalidades de los publicistas eran llevadas a la prensa, que, en vez de unificar el sentimiento y pensamiento públicos, ahondaba más los odios existentes, dividiendo en bandos a la sociedad.

Grandes beneficios, sin embargo, se deben al penúltimo período de la prensa centroamericana. Los gobernantes, en fuerza de soportar sus violentos ataques, acabaron por tratarla con toda clase de miramientos, prestando muchas veces atención a sus consejos hasta el extremo de que el periódico pudo considerarse, de vez en cuando, como un eco de la sorda y profunda voz popular. Como siempre sucede, la tolerancia abrió campo a la diatriba y a la calumnia, que se cebaron inconsideradamente en muchos hombres probos y de patriotismo sin mácula.

Mas una nueva evolución, por varios motivos, tenía que operarse en la prensa centroamericana. La labor oficial extraordinariamente sencilla en una democracia naciente, acabó por complicarse con el nacimiento de muchas necesidades económicas e industriales, engendradas por un rápido progreso material y el aumento visible de la riqueza pública; se amplió el interés puramente local, confundiéndose con los intereses internacionales, y el público empezó a preocuparse de lo que sucedía más alla de los límites de su tierra; y la sed de abundantes noticias sucedió a la plácida digestión de los largos editoriales, dogmáticos y campanudos, que repetían invariablemente, en el tono acostumbrado, los más vulgares comentarios de los textos del Derecho Público.

Fue entonces cuando apareció un poderoso innovador, de psiquis compleja, de actividad casi hiperestésica y de imaginación viva y ardiente, que, resumiendo las buenas cualidades de los mejores periodistas antiguos, poseía al propio tiempo, todos los secretos y resortes de la prensa moderna, estudiados minuciosamente por él durante su larga permanencia en Estados Unidos, donde el diarismo se ha desarrollado con la exuberancia de una selva tropical. El lector, desde luego, comprenderá que aludo a don Ramón Mayorga Rivas el más alto, el más completo y el más original de los diaristas centroamerieanos.

Fundado por él en esta capital, el *Diario de El Salvador*, notóse inmediatamente el extraordinario interés de la nueva publicación. El editorial dejó de ser una luenga y soporosa homilía, para convertirse en una clara exposición de ideas, que dejaba en toda

libertad el criterio del lector; la información local, numerosa y concisa, adquirió una importancia que no tenía antes; *el hecho,* convenientemente comentariado, despertó la dormida curiosidad del público; el servicio cablegráfico tomó el carácter de una novedad permanente; el eco telegráfico, que no se tomaba en cuenta en el periódico antiguo, ocupó un puesto preferente entre todas las noticias; y, desde la simple gacetilla hasta la correspondencia departamental o extranjera, todo contribuyó a darle un interés palpitante al nuevo diario, que era una admirable sinopsis de la vida comercial, agrícola, social, científica y literaria del país.

La fundación del *Diario de El Salvador* marca, pues, la fecha histórica de una orientación en el periodismo centroamericano. Tal reforma se ha hecho sentir más hondamente en este país, hasta el extremo de que su prensa actual puede considerarse, sin exageración, como una de las primeras de la America Latina.

# Un entierro

Aquella tarde de aquel día -un día de un año del que no quiero acordarme- salí a recorrer las calles de Tegucigalpa, ciudad que no veía desde hacía mucho tiempo. Caía una lluvia fina, monótona y desesperante, mojando los tejados de las casas, las ruinosas aceras sin nivel, las calles empedradas con guijarros, esos guijarros puntiagudos que me hacen pensar en horribles galopes de caballos con herraduras y en carretas chillonas rodando sobre ellos. Crucé el puente, aletargado sobre el río, y recorrí varias calles desiertas, presa ya de un hastío sin límites, que me traía a la memoria recuerdos melancólicos y fúnebres. Los tejados de algunas casas doblegábanse bajo el peso de un siglo de aguaceros, amenazando la cabeza de los transeúntes. Algunos redondos postigos abiertos por casualidad, me veían al paso como si fueran grandes ojos obscuros sin expresión. Pasaban casas y más casas, aceras y más aceras, callejones estrechos, calles desoladas, ventanas conventuales, tejados oblicuos; todo bajo aquella llovizna interminable que caía del fondo del cielo nebuloso, sobre la ciudad muerta, con la abrumadora constancia de que no había de suspenderse nunca.

Al pasar frente a los almacenes pude fijarme en uno que otro. Polvosos estantes llenos de cajas de cartón, simétricamente alineadas, conteniendo sin duda encajes antiguos, sombreros de Maricastaña, géneros inverosímiles y dijes parisienses del año ciencuenta. Todo indicaba falta de movimiento, de comercio, de actividad. En el fondo de las tiendas, dos o tres viejos amigos,de barbas descoloridas y ojos apagados, hablaban sin duda de probables matrimonios, de la pobreza del país, tal vez de política.

En los mostradores, entre la clásica vara española de medir telas y las balanzas inválidas de pesar especias, dormitaba algún

dependiente de chaqueta con pretensiones a lechuguino asomándose a la puerta, me seguía por largo tiempo con ojos curiosos e imbéciles. Y aquella lluvia, aquel polvillo blanco que caía sobre la ciudad, armonizaba del todo con aquellas calles torcidas heladas y desiertas; con aquel ambiente húmedo, poblado bostezos; con aquellas casas antiguas, con aquellas aceras carcomidas, con aquellas gentes soñolientas...

Una angustia inmensa invadía mi corazón, y probablemente hubiera echado a correr, si a la vuelta de una esquina no me encuentro con varios hombres vestidos de trajes negros, agrupándose a la puerta de una casa de aspecto triste. Iba a seguir mi camino, huyendo ellos, cuando alguno me presentó una vela esteárica e inconscientemente me vi incorporado a un cortejo fúnebre. Adelante iba el ataúd, en hombros de seis personajes mudos, probablemente habituados a llevar difuntos, por el aspecto indiferente de sus rostros, cubiertos de barbas despeinadas y ásperas. Atrás, sin guardar ningún orden, por pelotones, caminaban los demás invitados, con aires imperturbables, haciendo sonar sus zapatos acompasadamente sobre el húmedo empedrado. Ymientras íbamos así, bajo aquella llovizna interminable, tras aquel ataúd encerraba un difunto cuyo nombre no sabía yo, ni pronunciaba a lado ninguno, las campanas de la Parroquia doblaban lentame con unos dobles agonizantes, llenando la helada atmósfera de quejas y de tristeza infinita mi corazón. Caminábamos como una procesión de idiotas o de sonámbulos, sin dirigirnos la palabra, sin volver la cabeza a ningún lado, sin pensar en la vida, ni en la muerte ni en nada, en dirección al cementerio, tras aquella caja negra, llevaban aquellos hombres extraños.

¿Cuánto tiempo duró aquel viaje casi fantástico? No lo sé, olvidado iba de mi entre aquellos espectros. Por mi parte hubiera querido que no terminara nunca, que siguiéramos caminando así por muchas horas más, recorriendo calles sin término, bajo aquella llovizna eterna, oyendo a lo lejos los dobles lentos y pausados, pausados y lentos de las campanas. Cuando pude darme cuenta de mi situación, estaba en el camposanto, viendo

sacar a un sepulturero de cara salvaje grandes paletadas de esa horrible tierra roja y abetunada de nuestros alrededores, cuya vista me daña intensamente los nervios. Los fantasmas, mis compañeros del cortejo fúnebre, se acercaron a la huesa mirando con ojos inmóviles y soñolientos, cómo iba el cajón descendiendo al fondo de ella; y cuando todo terminó a la borrosa claridad del crepúsculo de aquella tarde indescriptible, se marcharon con caras indiferentes los que quedaban, bajo aquella llovizna lenta, interminable, eterna, olvidándose del amigo enterrado en aquella tierra roja, en aquel barro pegapso, en aquel betún color de sangre, que me hizo pensar por mucho tiempo en cementerios sembrados de frescos y elegantes cipreses y en sepulturas cubiertas de flores y bañadas de alegre sol.

# ¿Por qué se mató Domínguez?

Diversos factores, casi todos psicológicos, contribuyeron al trágico fin de este noble y distinguido hondureño, para quien sus amigos, aunque tardíamente, empiezan a tejer una corona.

*El medio circundante.*- En un ambiente como el nuestro, de sorda agresión o de indiferencia, el intelectual de veras tiene dos escapatorias para librarse de la muerte por asfixia: o se aísla soberbiamente en su cima, envuelto en su nube, de tal modo que no se digne ver a los genios municipales, acaparadores de gloria barata y al por menor; o les degüella -como si fuesen carneros de un holocausto propiciatorio al arte- sobre su altar de ripios, pacientemente acumulados. Domínguez era demasiado humilde para tomar las actitudes de un Dios, y profundamente altruísta para hacerle mal al prójimo, aunque éste fuera un abominable letrado, que es, más que el robo o asesinato con alevosía, el peor delito que puede cometer un hombre. Tuvo las alas del gran pájaro de rapiña, mas no el pico ni las garras. Ni el grito, ni tampoco el ímpetu... Grave debilidad en un país de caracteres duros, en donde no existe más que una piedad relativa, y donde el mérito, en lo general, se mide por el buen éxito logrado.

*Carencia de horizontes definidos.*- Cuando el hombre llega a la solemne edad de los treinta años, está en el deber de orientarse definitivamente, consultando el oráculo de su corazón. Es el momento en que los sueños y las ambiciones de la primera juventud adquieren formas plásticas y verdaderas. El amor, la política, la gloria literaria, el acapaıamiento de riquezas, son motivos para vivir intensamente, tal como Roosevelt lo aconseja y ejercita. Vivir por vivir por algo y para algo: para las ciencias y las letras, para el amor de una mujer, para los negocios de Estado, para atesorar: pero tener un interés en cualquier cosa, un

anhelo con rumbo fijo. Domínguez llegó, en sus últimos tiempos, a una indiferencia absoluta por las cosas ambientes, a una especie de kief contemplativo. Síntoma funesto y mortal, primer acto de la tragedia que terminó con su negra y aciaga muerte.

Recuerdo haberle oído recitar esta poesía de Peter Altenberg, saturada de espiritu decadente, glorificación de la impotencia, que esconde una paradoja contra la vida y que resume el estado agónico de su ser moral en aquellos tristes días en que la sombra empezaba a envolverle:

*Perdono al hombre todo,*
*¡menos la lucha estéril! En silencio*
*cubre tu faz, ¡oh César de la vida!,*
*cuando ese Bruto pálido -la Suerte-*
*ágil, feroz, certero,*
*entre tu corazón hunda el acero.*
*Quedad, esfuerzos vanos,*
*para la hembra, esclava de la vida,*
*que si rompe la tabla carcomida*
*y se despeña en negro paroxismo,*
*crispa sus manos débiles*
*como para agarrarse del abismo.*

*Asimilación mental deletérea.*- Las lecturas malsanas y disolventes de que nos hemos impregnado todos los jóvenes cerebrales de la América Latina, contribuyeron poderosamente a su desnivelación moral. Recuérdese el caso idéntico de José Asunción Silva, poeta de un sentimentalismo morboso, extraviado en una filosofía dolorosa y sensual que le condujo lógicamente a la liberación voluntaria. Tales lecturas deben tomarse como simples deportes, no como guías mentales, porque llevan a la deserción de la lucha por la vida, al aniquilamiento del yo, al nirvana total. Todos nosotros -los que vivimos cerebralmente- hemos sentido, aunque sólo sea por un breve lapso, lo que expresa un alejandrino mío:

*horror por la natura y espanto por la vida.*

Mas, a pesar de eso, pocos hemos hecho, como nuestro lamentable amigo, un código moral del pesimismo.

*Ideales políticos y religiosos.*- Domínguez fue un poeta esencialmente idealista, en un tiempo en que la poesía, por su roce más íntimo con la ciencia, tiende a ser profundamente real, sin que por eso pierda su color o sensibilidad. Tuvo un horizonte poético vago e indefinido, sin relieves visibles. Como que fue - no me cabe duda un poeta de transición, de escorzo, de tipo intermedio... Quizás su desdén, característico en él, de la gloria intelectual y especialmente local fue causa de que no mostrase todas las riquezas que escondía su alma, cerrada como la cueva aquella de *Las mil y una noches*, ante la cual no hubo una mujer que pronunciase el mágico ¡Sésamo: ábrete!

Creo que Domínguez fue cristiano hasta la médula de los huesos, es decir, hombre manso de espíritu, de un estoicismo sentimental, sin agresiones ni protestas. Recuerdo que en un momento de intimidad me refirió cómo, obligado una vez a disparar su rifle en la revolución de 1894, lo hizo mirando a otra parte para no apuntar a nadie. Este caso, que es casi el mismo de un personaje de *El mal del siglo,* de Nordau, muestra el gran fondo del altruísmo de aquel corazón magnánimo, enemigo en una época de fuerza y exterminio, de la fuerza y del exterminio. Tal hombre, con semejantes ideas es una especie de paloma entre aves de presa, y desde luego está condenado a perecer tarde o temprano, víctima de los demás o de él mismo. En este bajo mundo, de perpetuas luchas y feroces instintos, o se es verdugo o se es víctima. O mata uno, o le matan. Darwin se encarga del resto de la explicación.

En estas líneas sólo trato de las causas que, en mi sentir, aniquilaron aquella noble y brillante inteligencia, impeliéndole al suicidio. Otra vez, con más calma, analizaré su producción intelectual.

# Palabras ante la tumba de Manuel Molina Vijil

El hombre querido de los dioses muere pronto, ¡oh Parmenón! decía Menandro, celebrando la muerte precoz y dándole la alegría de una partida a un bello país, a los Campos Elíseos, poblados de rientes sombras, de fantasmas amables.

Manuel Molina Vijil era una amado de los dioses. Por eso se fue pronto de aquí; por eso nos abandonó para siempre jamás, por eso en una mañana azul, en tanto que los pájaros saludaban al sol, en tanto que las fuentes se desataban en espuma, en tanto que la naturaleza cantaba un gran epitalamio, él, sentado en el tálamo nupcial, en el tálamo de sus dulces y fugaces amores, alumbrado aún por los últimos reflejos de las antorchas de Himeneo, echó mano al revólver, después de recibir el último beso de la mujer amada, y se mató, se mató taladrándose las sienes, despedazándose el cerebro y cayendo graciosamente sobre el lecho, como caen los jóvenes combatientes de la Ilíada. Homero lo hubiera comparado a una flor o a una espiga segada.

Humboldt decía de Lamartine, el gran cisne blanco, que era un cometa cuya órbita no se había medido aún. Eso mismo, girando en nuestro círculo intelectual, pudiéramos decir de nuestro poeta... Apareció en nuestro obscuro cielo literario, lo vimos brillar un momento, y luego, de súbito, cuando menos se esperaba, cuando empezaba a recorrer su camino, cuando todos creíamos que brillaría por mucho tiempo en el horizonte, se hundió en las pavorosas tinieblas de la muerte, cayó en el abismo de lo incognoscible, dejando en el espacio un rastro de sangre y la atmósfera social poblada de tristes recuerdos y de presentimientos lúgubres. ¡Qué vida tan corta y qué fin tan trágico!

Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno, escribía irónicamente Espronceda al principio de su doloroso canto a Teresa.

Sí; bueno es el mundo, mientras el destino saltando del florido bosque de la existencia, como los tigres del jardín de Armida, no nos ha arrancado a mordiscos el corazón del pecho; bueno es el mundo, mientras no hemos echado de ver que la serpiente está enroscada al árbol paradisíaco, al árbol de la vida, al árbol del amor; bueno es el mundo, mientras nos gustan las estrellas, los pájaros y las flores; bueno es el mundo mientras el amor inunda de torrentes de luz nuestro pensamiento, de torrentes de bondad nuestro corazón, de torrentes de besos nuestros labios; bueno es el mundo, mientras no hemos respirado los negros éteres del pesimismo, ni nos hemos aislado en el yermo de la vida, ni nos hemos creído sonámbulos del sueño del destino; bueno es el mundo, mientras no hemos visto a Job en el estercolero, ni hemos comprendido a Lucrecio, ni hemos meditado en los versos de Leopardi, ni hemos leído a Schopenhauer; bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno, mientras no nos ha sucedido todo esto.

¡Ah!, Molina Vijil lo creyó así. Vióse joven, vióse bello, vióse amado, y cantó como cantan los pájaros libres de los bosques.

Cantó las opulentas cabelleras de ébano de las mujeres hermosas; cantó las frentes más puras y más blancas que el plumaje de un cisne intacto; cantó los ojos que se abren y se cierran como las alas de terciopelo de las mariposas nocturnas; cantó las mejillas más sonrosadas que las carnaciones seráficas; cantó las bocas rojas y frescas, como el interior de los caracoles marinos; cantó las gargantas finas y aristocráticas, más graciosas que el muslo de Venus; cantó los hombros de rosa que se estremecen a las suaves caricias de la luz; cantó los senos tibios y voluptuosos, que pueden ser regazo de dios enfermo; cantó la felicidad, el cariño, la virtud, y se desvaneció en un ambiente de aplausos, de enervantes perfumes, de simpatías femeniles. Por algún tiempo fue el ungido de los salones, el ídolos las bellas, el niño mimado de la sociedad.

Después, cuando el destino lo arrojó en los brazos de una fiel y dulce esposa; cuando coronado de mirtos se sentaba al banquete, de la vida, cuando deshojaba las primeras rosas en el ánfora llena del vino de bodas, la Muerte, celosa de él, enamorada de él, se acercó de puntillas y le dijo al oído: ¡Ven! Es muy temprano todavía contestó con dulzura el poeta. Ven; mañana será tarde y te pude sorprender la noche de la vejez en la jornada: vámonos, amor mío; y empujándolo dulcemente, ganaron los dos la puerta de la alcoba nupcial, y se perdieron a lo lejos, entre las brumas del no ser, por el camino interminable del infinito.

Oh, poeta, oh dulce poeta, oh pálido hermano del infeliz Acuña; hiciste bien en irte en una tibia mañana de sol, porque si te quedas un momento más, tal vez hubieras visto que la Muerte, tu taciturna querida, te era infiel con otros de mis amigos, a quienes he visto dormidos en sus brazos.

Hiciste bien en marcharte a su palacio de mármol negro, donde un jardín de eternos cipreses, y a donde jamás llega el murmullo la vida.

Vive allí feliz, en tanto que nosotros, sentados al festín de la vida en el templo del Arte, vemos con tristeza que tu asiento está vacío y que la copa de vino, apenas desflorada por tus labios fríos permanece llena hasta los bordes.

Vire allí feliz. Que la paz eterna sea contigo; que el buen Dios te mire siempre con bondadosos ojos; que tu alma, escapada de la cárcel de barro de tu cuerpo, goce de la divina calma, vuele en los círculos de la luz angélica, sea una purísima gota del océano del alma universal.

Un día, tarde o temprano, te iremos a buscar nosotros.

Entonces, en un lenguaje desconocido para los mortales, volando con invisibles alas en una atmósfera de oro, hablaremos de la Tierra, de este mundo opaco, de este planeta execrable, que girará a muchos miles de millones de leguas de nosotros, si acaso la

voluntad del Señor no ha suprimido ese átomo de las constelaciones de los abismos.

¡Y hasta mañana!

# Nietzsche

Acaba de morir en la más lamentable locura, en Weimar, en la ciudad donde Goethe hizo su nido de águila y Fichte construyó la fábrica de su filosofía, Federico Nietzsche, uno de los ingenios más originales del siglo.

Era este filósofo alemán, que empezaba a ser conocido en Hispanoamérica, un cerebro esencialmente solitario,como dijo Baudelaire del poeta Poe; uno de esos reflexivos y pensadores *únicos*, abstraído en las soledades contemplativas de la conciencia. Por eso, durante toda su vida, le rodeó una hostil impopularidad; una de esas impopularidades de que tan amargamente se queja Emilio Zola.

Si en vida le calumniaron sus enemigos a cual más y mejor, su muerte no ha glorificado su genio; antes bien, como les ha sucedido a todos los talentos magnos, se le sigue combatiendo con encarnizamiento, según leo en periódicos y revistas.

Llueven desde hace años, y siguen lloviendo, diatribas e invenciones ridículas sobre el insigne estilistas alemán que acaba de cerrar los ojos para siempre. Max Nordau le metió, sin escrúpulos de conciencia, en el manicomio de la *Degeneración*. Después de él, otros han completado la tarea de desacreditarle. Unos le han atacado con ira por haber desertado de la bandera cristiana; otros le han calificado como rabioso anarquista o como furioso nihilista; otros le creían lleno de un orgullo satánico, que le llevaba a considerarse como una especie de Anticristo; quienes le dan un egoísmo delirante, una intransigencia absoluta, una violencia rencorosa. Revistero español ha habido que diga que es un pobre diablo, un megalómano insoportable, que se ríe como Mefistófeles, aquejado de delirio de grandeza o de manía

de odio contra los hombres y la naturaleza y la sociedad actuales. Alguien pone su fatuidad muy por encima de la de Barbey y dice que su satanismo es más negro que el del autor de *Flores del mal y Los paraísos artificiales.*

Algunos, que han reconocido su extraordiario talento y su poderoso estilo, no dejan de zaherirlo, reprochándole la dureza de sus aforismos y paradojas, y lo absurdo de sus frases extrañas y violentas, que tienen "la hermosura de lo perverso y de lo ilógico".

Todas estas ideas han contribuido a propagarlas algunos escritores franceses, ligeros y superficiales, amigos de narrar, sobre todo cuando se trata de alemanes, fábulas y chistes en tono *boulevardier*. Uno de ellos ha estampado que la impresión que le produjo Nietzsche cuando lo conoció, fue la de un personaje extraño, de "un gato de azotea".

Lo que hay de cierto es que el escritor alemán, ensimismado en sus ideas, aislándose en su torreón, ha sido una víctima de su propio genio, un proscripto voluntario del tiempo en que le ha tocado figurar. No era su época a propósito para recibir ideas, profundas, sencillas y pasmosamente originales. Hecho el vacío en torno de él, Nietzsche parece que hubiera tomado por mote la sorprendente frase ibseniana: *el hombre más fuerte, es el que vive más solo,* máxima que también cultivaba el sombrío Schopenhauer. Ese aislamiento contribuyó a hacer más originales sus audaces tesis, porque el medio exterior, como las ideas de los libros y de los amigos, no influyó casi nada para dirigirlo por las extrañas rutas que tomó su pensamiento, que ha explorado los más raros jardines de la estética, los más recónditos bosques de la filosofía. A la postre, pocos días antes de morir, la melancolía de Nietzsche se había acentuado; sus penas intelectuales, complicadas con una parálisis, consecuencia de la caída de un caballo, habían degenerado en una profunda psicosis. Probablemente, al ver su ruina fisiológica, el raro intelectual alemán se entregó al culto del dolor, culto que es una especie de enfermedad mística de los cerebros anémicos (Mantegazza).

A los que no acaban de sacar a relucir sus extravagancias, hay que preguntarles: ¿Qué hombre de genio no ha sido desequilibrado? Rousseau, Leopardi, Poe, Byron, Balzac, Swift, Flaubert, para no citar más que unos pocos, lo han sido. Aunque Dellemagne dice que el genio es el equilibrio por excelencia, y ahí está el autor de *Fausto* en su apoyo, como ejemplo, es lo cierto que todos los hombres sobresalientes por su inteligencia, o son neurasténicos o son hipermaníacos. La sensibilidad exagerada para el dolor, la irascibilidad, la misantropía, la incertidumbre, la manía de las persecuciones, acompañan, lo mismo que a los locos, a los grandes talentos, según han probado distinguidos alienistas, Lombroso el primero. Pero hay algo que distingue al genio del demente: el *sentido crítico* (Richet); y si esto es cierto, Nietzsche resulta genio, porque el edificio de su arte es una reunión de ideas armoniosamente dispuestas y elegidas.

No tiene nada de común con los metafísicos alemanes, aunque algunos le juzgan como el más obscuro de ellos. Al revés de los pensadores de su país, es clarísimo, sencillamente claro; más hay que leer *hondamente* para descubrir el diamante engarzado en su prosa fría y metódica. De otro modo se corre el peligro de no entenderlo nunca. Nuestra imaginación, acostumbrada a una literatura de frases sonoras y de metáforas vivas, no *encaja*, por decirlo así, en el sólido molde de la idea de Nietzsche. A veces creeríase que ha pensado fuera de nuestra civilización, en otra más ingenua y sobria, calentada por un sol más joven; que sus teorías sobre la Belleza son concebidas para recrear el claro pensamiento de un ateniense.

Su estilo no tiene secretos ni golpes de efecto. Dice cosas profundas con frases que no tienen ninguna novedad. Eso es lo que engaña a sus comentadores y críticos. Ven abstracciones metafísicas, frases laberínticas, indescifrables enigmas, donde no hay más que sorprendentes ideas, expresadas en un lenguaje limpio de impurezas como debía manejarlo quien, como él, era considerado como un prosista de la talla de Goethe y de Hegel. Lo que Vogüe ha dicho del alma de M. Taine, puede decirse de la de Federico Nietzsche: que era un alma de niño, cándida y sincera, más

parecida a la de un buen clásico francés del siglo XVIII o a la ingenua de un filósofo griego del siglo de Pericles.

Como vivió profundamente solitario, su espíritu se replegó sobre sí mismo, y sólo tuvo una *conciencia*. De ahí su fortaleza. Su pensamiento, desde que se inició su producción literaria hasta que entró en decadencia, ha formado una sola cadena, donde cada eslabón es igual a los demás, cadena que rompió la locura entre sus manos crueles. Porque Nietzsche, desgraciadamente, como dije al principio, acaba de morir loco. Sí, su cerebro luminoso y potente, de maravillosa intuición plástica, lleno de astros como un cielo, se pobló de las más negras sombras de la demencia, tal como les sucedió a Augusto Comte y a Maupassant.

Mas su fin no amengua en nada su gloria, que tiene que crecer con el tiempo, porque ha sido el iniciador de un movimiento general del pensamiento humano, ampliando y poniendo a su servicio la fórmula de Kant, segun escribió alguien en el *Mercurio de Francia*. Así como Ricardo Wagner, el portentoso sinfonista del Tannhäuser, causó una revolución artística con su música llamada filosófica o del porvenir, el autor de *Mas allá del Bien y del Mal* y de *Zarathustra*, puede causar una revolución de ideas en los espíritus del siglo veinte.

Paz eterna a los huesos del olímpico pensador, que tiene que ser considerado en lo futuro, cuando se mida la magnitud de su Arte, como uno de esos intelectuales extraordinarios que vienèn a trazar un nuevo signo en el zodíaco del pensamiento humano.

# Honduras Literaria

He recibido el primer tomo, a la rústica, de la obra *Honduras Literaria*, nítidamente impreso en la Tipografía Nacional de Tegucigalpa, volumen que ha podido llevar a buen término, en fuerza de constancia, dedicación y trabajo, el licenciado don Rómulo E. Durón, joven distinguido que así sabe escribir inspirados versos, como cortarlas en el aire en eso de hablar pulido.

Ya se hacía sentir la necesidad de ver reunida la producción de los prosistas y poetas hondureños, necesidad que venía acrecentándose lentamente, porque nosotros, los jóvenes de la actual generación, aficionados a mover la pluma y a tomar el libro, queríamos estudiar y conocer lo escrito y lo pensado en nuestra tierra, desde el año de la emancipación política de España, hasta los tiempos que corren.

Los disturbios de partidos y las frecuentes luchas civiles, han sido una verdadera rémora para nuestro progreso intelectual, de tal modo, que el pueblo hondureño, que posee un admirable sentido común y una clara inteligencia, se ha ido quedando en rezago en eso del cultivo de las ciencias y de las letras. Que mucho con tantos obstáculos y miserias tengamos hombres que como Dionisio Herrera y Céleo Arias, estén resplandeciendo por sus virtudes cívicas desde ese olvidado rincón del mundo; estadistas y sabios que, como José Cecilio del Valle, salvando el solar nativo, vaya a causar admiración a un Bentham; oradores que como Alvaro Contreras, ese eterno perseguido, vaguen de playa en playa y de pueblo en pueblo, haciendo escuchar su verbo rebelde; escritores que, como Ramón Rosa, manejen el habla de Castilla hasta el extremo de que sus estilos semeje uno como repiqueteo de campanillas de oro o ruido de chorros de perlas cayendo en ánforas de cristal.

Los que no saben evaluar el trabajo de la inteligencia, ni comprender los méritos de un hombre que se dedica, como don Rómulo E. Durón, buscando aquí leyendo más allá, a reunir la prosa y los versos que se han escrito en su patria, tendrán poco, tal vez ningún aprecio, por el trabajo del escritor y poeta hondureño; pero los que, como nosotros, conocen los obstáculos que encuentra el que le mete el hombro a empresa de tal magnitud, tienen que aplaudir a dos manos los esfuerzos que ha hecho por el adelanto de Honduras. Aunque desde lejos, vayan nuestras felicitaciones al amigo Durón, felicitaciones que bien se merece quien pone su talento y su patriotismo al servicio de una causa tan noble como la de ayudar, salvando del olvido tantos escritos, al engrandecimiento intelectual y científico de su pueblo.

Las biografías de los que figuran en la obra son cortas las más; cortas, pero bien escritas, y con todos los datos necesarios. A treinta y tres asciende el número de las que inserta el señor Durón en su primer libro, sin hacer juicio crítico de su producción, trabajo que deja al cuidado y a la inteligencia del público.

Ahí están, entre los escritores del pasado, José Cecilio del Valle, León Alvarado, Alvaro Contreras, Adolfo Zúñiga, Ramón Rosa, Liberato Moncada, el Padre y Ramón Reyes, con algunos otros de mérito más reducido; y de los actuales, inserta al doctor don Policárpo Bonilla, José Antonio López, Marco Aurelio Soto, Carlos Alberto Uclés, Alberto Membreño, Jeremías Cisneros, Angel Ugarte, Constantino Fiallos y Trinidad Ferrari.

¿Qué diremos en elogio de algunos de los primeros que no se haya dicho y repetido en toda clase de publicaciones de la América Central ¿Pues de los segundos? Don Policarpo es escritor político de gran fuerza que hoy rige el Estado con el freno de oro de las leyes: seguro está el jefe supremo de Honduras de ir a confundirse, cuando entregue el Poder a otro, con los hombres que más han brillado en el país por su patriotismo y saber. José Antonio López escribe fácil y castizamente, con ribetes de ironía; Marco Aurelio Sotó es un viejo zorro político, cuya prosa es la revelación de su carácter: reposada, metódica y fuerte; Carlos

Alberto Uclés tiene un indiscutible talento, lástima que escriba cada vez que se aparece un cometa; en abono de Alberto Membreño, como buen jurisconsulto y conocedor a fondo del idioma, están hablando los *Elementos de la Práctica Forense y los Hondureñismo* y Jeremías Cisneros, Angel Ugarte, Constantino Fiallos y Trinidad Ferrari, todos son hombres que escriben con corrección y soltura y que están adornados con muchos conocimientos en las ciencias y en las letras.

La nueva generación que se levanta, llena de entusiasmo y de vigor, vaciando sus creaciones en eternos moldes del Arte, aunque inspirándose en el espíritu ecléctico de este siglo portentoso, sabrá poner los sólidos cimientos sobre los cuales se eleve, más tarde, el edificio de otra era literaria en Honduras.

No hay que dejar cubrir de polvo los libros del venerable clasicismo español; esto sería una injusticia de parte nuestra y cosa muy ocasionada para salir asombrando a los buenos hablistas con monsergas atroces y revoltillos indescifrables. Estilos como el de Cervantes y como el de Fray Luis de León, no son para ser vistos con indiferencia o desprecio de parte de los jóvenes, sino antes bien con el respeto que se merece todo lo que está canonizado por el buen gusto y tiene un baño de gloria y de inmortalidad. Vengan todos los clásicos, vengan los ilustres: tú, Garcilaso de la Vega; tú, Fernando de Herrera; tú, Santa Teresa de Jesús; tú, Fray Luis de Granada; tú, Francisco de Quevedo; mas, sed servidos de perdonarnos, Si gustáis, amados maestros, que después de leeros y admiraros, echemos una mirada sobre esos librejos modernos y esas obritas de fin de siglo que por extremo nos llaman la atención.

*Guatamala, 1897.*

# Prefacio a la novela "Annabel Lee", de Froylán Turcios

## I

Es en París, en un cuarto de hotel, mientras la gran cosmópolis ilumina feéricamente sus calles, realzadas por los simulacros de los héroes del pensamiento y de la acción, donde trazo el prólogo de este idilio de amor. De amor y de dolor. Si comprimís el libro en vuestras manos, en una hora de meditaciones, quizás tomaría la forma de un corazón, tan enorme cantidad de ternura y de amargura hay en sus páginas. No os imaginéis que su autor tiene esos dolores ancestrales, producto de secretos atavísmos; ni que ha sido atormentado por esas penas vergonzantes de las razas envejecidas y empobrecidas por una larga serie de crímenes y locuras. El libro es un desbordamiento de lágrimas sinceras: las veréis correr en algunas de sus páginas, más a veces son tan dulces y a veces tan amargas, tan salidas de los más profundos pozos del espíritu, que no hay mujer que, en la primavera de su existir, no quiera abrevarse lentamente en ellas, como una corza sedienta en las frescas aguas de un manantial perdido en el riñón de las sierras. Llora el poeta sobre sus enfermas ilusiones; pero su llanto no os quemará como un ácido corrosivo, ni os envolverá en una atmósfera de melancólicas añoranzas. No es su tristeza la de Leopardi, cuando, en una tarde de fiesta, oía a lo lejos la canción del artesano que le recordaba las alegrías de un paganismo remoto; ni la de Byron, sentado a popa, frente al mar turbio e inquieto, sin más consuelo que los ojos vidriosos de su mastín, mientras se alejaban, en la bruma llena de gaviotas, las costas hostiles de Inglaterra, donde se quedaban su mujer y su hija, que nunca jamás volvería a ver; ni es la del Dante de la *Vita Nuova,* en su fresca y sonrosada mañana poética; ni la de ninguno de esos grandes poetas malditos que, renegando de la vida, o emborrachándose de tinta o de alcohol se entregan a una muda desesperación, que les consume como una fiebre, o se escapan de

la vida por la puerta falsa del suicidio. Honda, ciertamente, es la tristeza de Turcios; mas es tan sincera, tan bien sentida y tan real, que, si tenemos un poco de imaginación y de espíritu, es imposible que no nos conmovamos profundamente al ver desarrollarse ante nuestros ojos uno de los idilios más frescos y, sobre todo, más verídicos que ha tenido por cuadro el fragante edén de la naturaleza de los trópicos. Porque tal idilio no puede suceder más que en un país de sol, de corrientes y de perfumes. Ponedlo, verbigracia en una gran ciudad, en Nueva York, en Londres o en París, y tendréis una historia de amor como muchas, digna de una novela por entregas o de las columnas folletinescas. Es necesario, pues, para comprender ese idilio, imaginarse la naturaleza que le ha servido de marco, las circunstancias ambientes que han rodeado a la pareja de enamorados, el medio local y hasta el carácter íntimo de los protagonistas. En ninguna de esas ciudades puede verificarse lo que se narra en estas admirables páginas de amor y de ensueño. La lucha terrible por la vida, el doloroso refinamiento de la civilización, el estado morboso de supersensibilidad del hombre y de la mujer, son óbice para concebir un poema semejante, que necesita de un medio bien diferente del trabajado por los siglos y las razas. Para que Lamartine pudiese escribir *Graziella,* tuvo que ir a buscar una isla de coral, un caliente rincón madrepórico en el fondo del radioso Golfo de Nápoles, sembrado de islas de fábula y de leyenda, como aquellas en que se estrellaba el barco de Simbad, y donde, entre unos pescadores sencillos y fanáticos, podría encontrar la casta virginidad de su amada, defendida por los frescos azures de los amaneceres y las sales de las brisas del Mediterráneo, que mecieron las naves dóricas y las galeras latinas. El abate Prévost, por un momento, nos logra conmover con los amores de un petardista y de Manon Leskaut, macerada y envilecida en todos los lechos de alquiler; pero para que su novela no acabe cómicamente con un desenlace de hospital, impregnado de ácido fénico, tiene que enviar a su heroína en el vil cordón de las prostitutas, después de cercenar su cabellera en la fría estancia de un juzgado, a morir en los silenciosos páramos de la Luisiana, sin más sudario que las arenas del yermo. Chateaubriand colocó a Atala y René, no precisamente a orillas

del Sena, sino a la ribera del Missisipi, arrullado por el gigantesco rumor de las selvas vírgenes, y donde las tribus aborígenes, empenachadas de plumas de águila, bautizaron su hijos y abrevaron sus fauces. Bernardino de Saint-Pierre hubiese caído en rídiculo cuando, queriendo entretener a la frívola corte de Versalles, harta de minués y de profecías de salón, hubiera compuesto un poema de pastores bajo las umbrías de los Trianones, que cubrieron las meditaciones de Ronsard, y que, muchos años después, evocara nostálgicamente el autor de *La Sagesse*, el infeliz Verlaine, el más ilustre y desventurado de los anfiones de la Francia contemporánea. Saint-Pierre necesitó, para refrescar los espíritus atediados de su tiempo, llevarlos a una isla lejana, de grandes árboles melodiosos, poblada de antílopes y de cabras, donde una pareja de niños se besaría bajo un cielo libre y en medio de una naturaleza libre. Pero ¿a qué seguir? No hay poeta en Francia, desde Víctor Hugo hasta Esteban Mallarmé, que no haya aspirado, desde el seno de esta cultura artificial, a esos países remotos de climas templados y muelles, de sangres cálidas y de pasiones violentas, donde el amor no se finge, ni los besos se ponen en almoneda. Todos ellos, desde la mitad del siglo XVIII hasta el siglo XIX, parece que, desde el bufete de su cuarto de trabajo, aspiran con melancolía, bajo la sugestión del ensueño, a esas tierras de ultramar, penínsulas de encantamiento, islas rientes y aromadas, tierras de miel y de leche, donde el amor todavía se presenta como en los tiempos felices del mundo, cuando los refinamientos de la cultura no habían prostituído la sagrada pasión, y los códices no habían puesto un valladar entre los sexos. Recordad a Víctor Hugo, hablando de Tahití, de esa dulce, tibia y muelle Tahití, cuando los europeos no la habían deshonrado con sus crimenes, sus enfermedades y sus alcoholes, a Mallarmé, harto de bibliotecas y de amores fáciles, sintiendo que le llegaba un soplo de brisa marina, sugiriéndole la visión de una isla remota, perdida én los mares del trópico, coronada de cocoteros y de árboles de pan, en cuya ribera armoniosa canta el agua azul y los mariscos semejan flores vivas y hay grutas de las que salen cascadas diáfanas y dulces. Todos los poetas, y especialmente los de las razas cansadas y viejas, tienden, en ciertos momentos nostálgicos, a esas tierras perdidas en remotas

latitudes, donde los árboles crecen mostruosamente, las frutas tienen forma, olor y sabor extraños, los pájaros han salido de un cuento de *Las mil y una noches*, los lagos parecen copas de lapislázuli y los ríos, claros, alegres y armoniosos, reflejan las auroras y los ortos de un cielo joyante, que no ha ennegrecido todavia el humo de las chimeneas.

II

Este libro os llevará a uno de los más paradisíacos rincones de la América, donde apenas se inicia la invasión de la horda rubia, ávida de oro y de conquista. Si lo examináis bien, este idilio no se parece en nada al que se desarrolló en el Cauca.

El poema de Isaacs, oreado por un soplo de la ardiente tristeza del país de las profecías y de los testimonios, como que en las venas del autor corría sangre judaica, tiene mucho de artificio, y aún es dudoso, según he leído en los periódicos hispanoamericanos, que sea real del todo. Los amantes se quieren en una hacienda que tiene el más blanco baño de cal, entre azules montañas, floridas hondonadas y bosques sembrados por las habitaciones de los siervos. Hay cacerías de tigres, paseos por las verdes sabanas, rústicos diálogos, fuertes emanaciones de las ordeñas matinales, que ponen una nota de égloga, pero de égloga americana, en el magnífico paisaje tropical que os llena las pupilas. La heroína ama castamente, casi infantilmente. El amado parte a Londres, a seguir sus estudios de medicina. Ella, en la ausencia, muere de pesar. Recordaréis, en las páginas finales de la novela, la llegada de Efraín por el Mar Caribe, el Mar Indo, como lo llama el poeta. Las ondas adormecidas bajo la luz de una maravillosa puesta de sol; el puerto ardiente, retostado por mediodías llameantes, donde el administrador, obeso y congestionado como un pavo, convida a comer al joven viajero, entre alegre charla de recuerdos. Bogas que van cantando por el río, bajo los árboles donde cuelgan viscosas culebras; canciones negras de una infinita tristeza, dichas al fulgor de la luna que argenta las aguas gemebundas; Cali, a los lejos, envuelta en el silencio de la noche. Todo eso veréis en el idilio del poeta colombiano; mas, con un poco de

comprensión literaria, puede que os choque el lenguaje y hasta la pobreza del estilo, porque el autor de *Saulo* no era un prosista, en el verdadero sentido de la palabra. De ningún modo trato de discutir la legítima gloria que le corresponde; pero una parte de ella, en nuestro pensar, consiste en haberse adelantado a los demás, dándole nueva forma a un tema tan gastado, que resultaría vulgar si no tuviera por fondo una naturaleza virgen y exuberante.

## III

El novelista hondureño os colocará en un rincón de nuestro país, que nada tiene que envidiar al más florido rincón del mundo, y desarrollará ante vuestros ojos un idilio, sin ningún recurso de artificio, porque es profundamente verídico. No inventa, narra. Tal vez su prosa no esté a la altura de aquella mediocridad de que se lamentaba el poeta de *Las Noches*, ni guste a ciertos lectores acostumbrados a la ilusión de las mentiras folletinescas. Turcios, sobre todo, es soberamente artista, lo cual consiste en darle al símbolo su valor secreto y a la palabra su valor legal. Eso, en cuanto al rebuscador de imágenes y al paciente artífice de rimas. Respecto al poeta, es decir, respecto al hombre sentimental, de corazón rebosante de ternura, la cuestión varía. Veréis un ser delicadamente tierno, tal como se concibió en el alba de la revolución romántica. Un hombre así está admirablemente preparado para vibrar al influjo de toda clase de emociones. Imaginaos un poeta, no precisamente un poeta fabricador de jarabes y de venenos para organismos gastados, sino absolutamente natural, sin que esté destemplada una sola cuerda de la lira de sus nervios. Este hombre, después de largos días y noches de hondo sufrir, escribe con la savia de sus venas o con el licor que brota de sus ojos, toda una serie de terribles meditaciones y sensaciones, por las cuales ha pasado su espíritu inquieto, como un siervo por la sala de tormento de un barón feudal. No narra dolores mentidos, no os engaña, ni engaña a nadie, sino que suelta, con una humildad orgullosa, su narración, vívida y ardiente, tal como un Petronio que se abriese las venas en el agua tibia de su baño. Sus lágrimas, ciertamente, no son esas que caen tranquilamente de los párpados, en la hora de las felices

remembranzas, como las lágrimas dulces que derrama Tennyson, evocando melancólicos recuerdos: sus lágrimas son sangre, y en esa sangre moja la pluma. Hondamente sincero es su llanto y nace de las más herméticas fuentes del corazón. En obras de la naturaleza de la que váis a leer, no se comprende que se escriba de otro modo. El poeta, y cuando digo poeta me refiero al hombre superior, es decir, en su grado máximo de sensibilidad, no quiere quedar bien con sus lectores, no escribe de cara al público, porque éste, en semejantes ocasiones, es del todo indiferente a los dolores personales, que sólo atañen a una individualidad aislada en las muchedumbres. Cuando un excelso poeta como Turcios, acostumbrado a la interrogación de esfinges, y a los secretos de la mecánica del verso, muestra al público las vergüenzas de su espíritu, no lo hace precisamente para seducirlo, ni para enternecerlo, porque eso es completamente secundario para él. Imaginaos un instante a Musset escribiendo *Rolla* para entretener a los fumistas de los bulevares de París. Pues sería simplemente ridículo. Jamás pensó el poeta de *El Sauce* en que la dama tal o cual se iba a conmover leyéndolo antes de dormirse, o que iba a entretener sus ocios hojeando sus versos en un vagón de ferrocarril, o en la intimidad perfumada de su alcoba. Musset no se imaginó semejante cosa. Producto como era de una civilización decadente y sintiendo en su espíritu el enorme peso de lo infinito, en un momento único de su vida, se sacó, como dijo Hipólito Taine, el corazón del pecho, enseñándolo a las multitudes, sangriento y palpitante. Su grito, que escucharán los siglos cuando nadie se acuerde ya de los bárbaros alaridos de Aquiles en las riberas del Escamandro, repercutió y seguirá repercutiendo en los oídos de los hombres, porque fue tan grande, tan doloroso, tan profundamente humano, que nosotros, seres de clima, de raza y de civilización distintos, parece como que de repente lo escucháramos, llenos de sobresalto, entre el alegre rumor del nocturno París. ¡Cuántas veces, vagando sin rumbo fijo por esta ciudad, nos hemos metido por una de esas obscuras callejas, recordando al poeta inmortal que ahora duerme en el *Pere Lachaise*, a la sombra de un sauce americano, mostrando al sol de otoño su faz triste y tediosa, cincelada en mármol, de Cristo del Arte y de la Gloria! Las baldosas están desniveladas y lavadas por

las lluvias; arriba, en un tercero o cuarto piso, en un balcón carcomido y desquiciado, que injuriaron los duros inviernos parisienses, languidece una maceta de flores. Pasa, en el crepúsculo indeciso, una banda de músicos haraposos y medio borrachos; siluetas de mujeres sospechosas acechan al transeúnte extraviado, le instan con voces que recuerdan la cerveza y el aguardiente de los últimos cafés. Pues bien, de ese balcón miserable, de esa sucia vía, de donde suben malos olores, sale un soplo de ardiente poesía, que recuerda al blondo poeta divino. El vio eso con sus grandes ojos pensativos, él quizás transitó por ese callejón olvidado; él, probablemente, después de pasar una noche insomme al lado de una mujer fácil, se asomó a esa ventana y cortó una flor de ese tiesto; él, de seguro, en uno de esos lívidos amaneceres en que el cielo pone toda su infinita angustia sobre los empedrados de las grandes ciudades, se asomó a la ventana, desmelenado, ojeroso y pálido, mientras la amada de una noche dormía sobre los ajados almohadones; y allí en un momento, harto de carne de alquiler, harto de su siglo, harto de su civilización, harto de la vida y de la naturaleza, concibió, recogiendo en sus versos toda la ventura y toda la desventura de su tiempo, ese poema maravilloso de *Rolla*, que los hombres repetirán eternamente, mientras les quede un poco de sentimiento en el alma. Esa es la gloria, la gloria verdadera, la única gloria literaria; el ser sincero, en un momento dado, sobre todas las cosas, sobre todos los intereses y sobre todos los prejuicios.

## IV

Yo creo a Turcios profundamente sincero, no sólo porque he tenido ocasión de conocerle casi fraternalmente, sino porque cosas como las que él narra no se pueden inventar de ningún modo. El, como versificador, y que lo es magistral, tanto como los mejores poetas hispanoamericanos, podría recurrir al artificio del verso, presentándonos una deslumbrante pirotecnia de rimas. Puede darnos, en los más difíciles metros, muchos estados del espíritu, estados casi pasajeros, que apenas dejan huella en el alma de los lectores. Esta cualidad concluye por ser un defecto,

porque el poeta juega con las palabras, extrae del idioma toda la esencia sinfónica, nos asombra por el arte y el refinamiento; pero no nos causará una emoción honda, algo así que nos deje meditando con el corazón herido y las entrañas palpitantes. Para que la emoción resulte de verdad, debe generalizarse. El poeta, si llora, debe hacer llorar a los demás; si ríe, debe hacer reír a las muchedumbres. O para hablar más claramente: debe ser profundamente humano.

Ahora bien. Este libro es profundamente humano, porque ha sido vivido y sentido; no es su autor un actor que recita de memoria un trozo de poesía sentimental, con el oído puesto a la voz del apunte; ni es un cómico que gesticula lloriqueos en el proscenio de un teatro. El ha gozado y sufrido con lo que va narrando: torturas horribles le han macerado el corazón, y tiene, primero como hombre de letras, y luego como hombre, el derecho de transmitir sus emociones, de narrar sus amores, de enseñar su alma en toda su desnudez, tal como Rousseau tenía el derecho de ser franco hasta la crudeza o Amiel de mostrar los secretos resortes de su espíritu.

No es porque se crea un hombre escogido para predicar un evangelio de sentimentalidad, sino porque es una parte de la humanidad que sufre y que goza, un número de la legión de todos los que han estado enfermos de amor, de dolor y de ensueño.

Don raro es este de poder transmitir, valiéndonos de la pluma, toda la alegría o todo el pesar que llevamos adentro. Porque todos sueñan, todos han amado, aman o amarán; pero ¡cuán pocos pueden comunicar a los demás esa saudade que llena el espíritu de todos los que están bajo el influjo de la más poderosa y ardiente de las pasiones, sobre todo, cuando el obstáculo, en cualquier forma, se presenta en el camino de la dicha! No tengo la cualidad de adivinación y, por consiguiente, no sé cuál será el desenlace verdadero de este idilio. Tengo fe, eso sí, en el carácter de Turcios; le creo capaz de cualquier esfuerzo supremo para conseguir un fin: me parece que por un acto de retrospección, y un anhelo de aventura, ha ido en la carabela de Gama hasta Goa

y ha encendido con su hacha una de las naves de Hernando de Cortés; pero me temo que esa misma voluntad enérgica le lleve al triunfo que anhela, y que el desenlace del idilio no sea una historia de llanto, que envuelva en melancolía a las lectoras, sino que se verifique ante el altar incendiado de cirios de un templo, mientras en el aire matinal repican las campanas de oro, y vuelan las palomas, y pían las golondrinas, y se deslíe en el ambiente un aroma de azahares y de rosas blancas. Réstanos ahora hablar del medio en que se desarrolla la novela, y del autor. Los curiosos perdonarán si apenas nos ocupamos de la heroína, tanto por un secreto pudor literario, como porque el poeta se encargará de hacernos un retrato definitivo de ella. Sin embargo, haré el esfuerzo de bosquejarla en unas pocas líneas.

## V

¿Habéis evocado una de esas leyendas antiguas, uno de esos romances que tienen sabor de vino añejo y que están como aromados de un perfume pretérito? -Pues ella -Mignon, Ofelia o Margarita- es una niña gentil que pudiera ser una castellana, en la flor de la primavera, asomándose, envuelta en la luz perla de una noche plenilunar, sobre un abismo de fosos. La castellana tiene una magnífica cabellera de oro ahumado, unos ojos inmensos de un primitivo candor, y manos y pies finos, que denuncian un ilustre abolengo. Esa cabellera, rica y undosa, bien pudiera flotar bajo los álamos de un castillo de ensueño; esos ojos están hechos para contemplar las estrellas o anegarse en la tranquilidad de los azures vespertinos; esas manos pudieran tejer coronas entre los cálices de los jardines feudales; y esos breves pies, dignos de posarse en un zócalo, apenas harían ruido deslizándose sobre las viejas alfombras traídas de los felices pillajes de Oriente. Toda ella respira una atmósfera de virginidad y de inocencia, evoca las expresiones extáticas de los cuadros de Fra Angélico; puede hacer florecer bajo sus ojos los lirios de David y las rosas de María; y decidme si este poeta hispanoamericano, tan sensitivo en su juventud como el Dante de la *Vita Nuova*, no tuvo razón de

enloquecerse, de postrársele de hinojos, de entregarle todo su tesoro de rimas y de sueños, cuando, en un día de amor, en que se sentía la presencia de Dios y el poder de la Naturaleza, la vio aparecerse en un claro de la Selva Obscura de su vida, cargados los ojos de promesas y los labios de ósculos vírgenes, y lo olvidó todo, lo que amaba y lo que había amado, quedando, desde entonces, como bajo el poder de un divino encantamiento, gozando de una existencia de ensueño, perdido en el jardín del más ardiente de los amores, donde el agua de las fuentes es de oro, los pájaros hablan un celeste lenguaje y los árboles susurran melodiosas músicas.

## VI

El medio en que se desarrolla la novela supera a todas las imaginaciones de los poetas de los siglos XVIII y XIX. Pensad en el más bello rincón del trópico, en un país de grandes bosques y de ríos rumorosos, de álveos lentejuelados de arenas de oro.

Una primavera, bien distinta de la que conocéis en Europa, reina allí. Las selvas, como salidas de un baño matinal, están eternamente frescas, como si el rocío del paraíso cayera sobre las copas de sus árboles. En las grandes pozas de los ríos, entre las grises rocas que se sepultan en sus orillas, rebullen peces iguales a vívidos joyeles; las cascadas, saltando armoniosamente entre los peñascos, ruedan en despeñamiento de ópalo, mientras plantas extrañas, en forma de parásitas o de extravagantes lianas, se inclinan sobre el vértigo como queriendo seguir el curso del proceloso torrente. En los recodos de los caminos, a veces blancos bajo el sol del estío, a veces perdiéndose en las cañadas profundas, a veces trepando y ondulando por las cuestas pedregosas, hay trechos de sombra, manchas de verdura, pozos agujereados en la piedra viva, donde el caminante, mientras hace trotar sus recuas, azuzándolas con un látigo o con un grito, sestea un rato, bebe agua en las palmas de las manos, y toma un poco de aliento, para seguir su marcha por las abruptas serranías, bajo los tórridos soles implacables.

Veréis, en cuadros hechos con pincel único, las haciendas patriarcales alzándose en las inmensas llanadas, donde mugen, a la hora religiosa del crepúsculo, las numerosas vacadas; lunas llenas, plenilunios en los que no ha soñado un astrónomo de Capri o de Greenwich, lunas llenas infinitamente crecidas, infinitamente tristes, infinitamente pálidas, como si fueran visionarios discos de plata o grandes manchas rielantes de azogue, iluminan paisajes extraños, aglomeraciones de montañas, colinas graciosamente agrestes, prados y sotos, en cuyos céspedes, ricos en orozuz y en briznas jugosas, triscan los ciervos monteses, que bajan maliciosamente de las espesuras a los verdes frijolares, o saltan los tímidos conejos que, a la hora matutina, o en una dulce puesta de sol, escapan rápidamente entre las altas yerbas, mientras de lejos los perros campesinos, presintiendo la presa, ladran ruidosamente al viento o tratan de saltar sobre las cercas. Del fondo de los bosques os viene un aroma a colmenas, con un amoroso arrullo de palomas rústicas; palomas azules, de ojos de topacio, con gorgueras cenicientas; palomas que tienen alas de golondrina, para volar fugitivamente sobre los campos o buscar el amparo de las ramas frondosas, y palomas diminutas que, a lo mejor, al paso de las caballerías o del cazador furtivo, vuelan en bandadas armoniosamente de los rastrojos, ganan las inabordables espesuras o se esconden en los piñuelares, que erigen al sol sus espadas de púas. En esos bosques las víboras parecen joyas, tan encendidos y esmaltados son sus colores; las lianas se entremezclan como hebras de magníficas cabelleras; los árboles centenarios, robles y encinas, dejan colgar de sus ramas las parásitas, que semejan las barbas de un rostro homérico; barbas grises de Alcides o Agamenones; pájaros donde riman los siete colores del iris; pájaros de todas formas, de todos tamaños, azules unos como el zafiro, rojos otros como el rubí, verdes otros como la esmeralda, amarillos otros como el topacio, negros otros como el ónix, os saludan con una armoniosa algarabía, pueblan las copas de los árboles, buscan los insectos en los troncos, vuelan sobre los arbustos, saltan en las veredas y en los caminos, huyen ante los ojos del viajero fatigado. Una atmósfera cálida, semejante a una gigantesca y fina red de oro, envuelve ese paisaje de montes, llanos y ríos. En el fondo de las selvas

intrincadas, los palmerales alzan a las nubes su follaje de oriflamas y abanicos, entre los cuales resaltan racimos de nueces; nueces grandes y cabelludas que encierran una pulpa substanciosa y un licor semejante a la leche de Juno; nueces más pequeñas encerradas en una sólida y dorada corteza; nueces extrañas, recalentadas por los eternos mediodías, que producen raros aceites, propios para las cabelleras de las razas cafres. Son los cocoteros, los coyolares, los corozales, toda esa flora de tierra caliente, de la que apenas se tiene idea en Europa; flora esencialmente de aquel divino rincón de América. A veces, en uno de los claros del bosque, unos cuantos árboles están tendidos en el suelo con una incisión hecha por el hacha de los campesinos. Brota de la herida un vino generoso, un champaña natural, que todavía no ha calentado las venas de los europeos. En esa tierra de bendición todo está como salido de las manos del Creador; los caminos, de una rusticidad primitiva, concluyen a la orilla de los torrentes y de las quebradas; el agua de los manantiales de las montañas no se ha envilecido en los tubos de hierro de las cañerías; las cascadas espumantes no dan su fuerza a las máquinas de las fábricas, apenas de trecho en trecho, la tierra ha sido roturada; un ambiente patriarcal envuelve las haciendas y los predios; las llanuras apenas han sido divididas por las cercas; los rincones de idilio no han sido vedados del todo por la rapacidad y la soberbia de los terratenientes; el pobre campesino puede alzar libremente su choza en la ladera del monte, y no hay quién no tenga una piedra donde reclinar su cabeza, ni una vaca que ir a buscar a la hora del crepúsculo.

Tal es el medio en que este poeta, tan profundamente refinado y tan profundamente primitivo a la vez, desarrolla su idilio, claro y dulce como un manantial, grato como un vaso matinal de leche y refrigerante como un baño a la sombra de los copados árboles de un río. No lo concibáis fuera de allí, porque no tendría razón de ser en otra parte. Es necesario conocer esa naturaleza, esos bosques, esos ríos, esos soles y esas lunas, esa vieja Juticalpa dormida bajo un siglo de aguaceros; todo ese medio, en fin, singular y primitivo, ingenuo y dulce, para comprender esta amable novela, tan intensamente real, tan hondamente sentida,

escrita con gotas de llanto y gotas de sangre, a través de los mares procelosos y de las ciudades de la envejecida Europa.

Sólo allí en ese lugar edénico, puede concebirse y verificarse semejante idilio. Ni Saint-Pierre, ni Chateaubriand, ni Lamartine, han tenido un fondo de naturaleza semejante, digno de la historia de amor, nacida y desarrollada en el período crítico de la sensibilidad y de la juventud del autor. Momento que lo ha aprovechado Turcios por manera admirable, porque ha puesto en él todo el enorme caudal de ternura que contiene su espíritu. Reconozcámosle la dicha de haber guardado, casi pristinas, es decir, casi puras, las fuentes del amor, desgraciadamente segadas y envenenadas, como por las fauces de las bestias antiguas, por las tenebrosas filosofías de este siglo.

## VII

Algo tengo que decir sobre el autor. Turcios es un emotivo. Las sensaciones llegan a él del medio a su personalidad. Por eso ha de sorprender la exactitud de los paisajes y la veracidad de las escenas que pinta. No es simplemente un pintor descriptivo o un paisajista como Corot. Su imaginación, demasiado potente, como que es imaginación del hombre del trópico, le llevará a presentaros una naturaleza tan visible y vigorosa, como no se sospecha en los paisajistas del simbolismo pictórico, cuyos lienzos se esfuman en una atmósfera de ensueño. La naturaleza de Turcios será para vuestros ojos, real y palpitante de veras, como que es un producto de la clara visión de sus retinas. Enormes manchas verdés, bloques de granito perdiéndose en los extraños follajes, caudalosos ríos ondulando entre murallas de basalto. Caminos que se pierden en el fondo de los follajes o se detienen a las orillas de los abrevaderos; pasos peligrosos, donde las ondas se encrespan y arremolinan sobre los copantes; vegetaciones mórbidas a la orilla de las ciénagas; rientes veredas, apenas perceptibles entre los espesos céspedes o internándose bajo el palio que forman los gigantes árboles; laderas que van

tiñendo de violeta el crepúsculo vespertino o que fingen pieles de tigre al ser heridas por el sol matinal; pinos y robles alzándose entre grises peñascos, donde canta el viento su canción salvaje y se sestea en las Interminables jornadas, alrededor del almuerzo rústico; la choza amiga, envuelta en las luces de la tarde, donde la campesina os sale a recibir, acallando el grito de los hostiles perros; cañaverales y platanares, maizales ondeando, cercas desportilladas por los toros cimarrones, potros corriendo en las llanuras; noches de largo soñar, pláticas a las estrellas, despertares para emprender otra vez las jornadas, todo oreado por un potente soplo de amor, de poesía y de juventud: tal es la naturaleza de Turcios.

Por esos caminos ha cruzado él en el alba de su querer; a la sombra de esos pinos, armoniosos y frescos como los de Heine, ha descansado junto a la mujer querida; en el blando césped, aromado por yerbas desconocidas, reposó muchas veces, siguiendo con los ojos al trashumante campesino que, con su morral a cuestas, silbaba por el camino caldeado, un aire familiar. Se ha embriagado de soles y montañas, de cielos y de perfumes salvajes. Ha yantado de las meriendas, campestres, galopado por las cuestas, bebido el horizonte al galope de su caballo. Hay que seguirle en esos momentos de placer puro, de expansión del espíritu, de gozoso viajar en compañía de la mujer amada. Esta, ciertamente, disfruta de la más bella juventud, tiene los más floridos años, y en los hoyuelos de sus mejillas sonríen las gracias. El, en cambio, es un hombre de un siglo aparte. Refinado por la civilización, saciandose en las mas amargas ondas de las literaturas y filosofías, harto de todo, y sintiéndose horriblemente triste en el momento de aquella alegría única, debe haber meditado en que vale más un sorbo del licor del amor que todas las fuentes de las sabidurías antiguas y contemporáneas, en que una rosa seca esconde mas enseñanza que un libro, y en que en amar te veras está todo el secreto de ser feliz un momento en la vida.

## VIII

El poeta, para terminar, es de mediana estatura, la piel color morena, sin tender a obscura, como la de los moros del Generalife; ágil con cierta agilidad felina; de miembros perfectamente proporcionados; la cabeza altiva sacude una profusa cabellera castaña; la frente cóncava se hunde bajo los rizos delanteros, denunciando un alero propicio para todas las aves del pensamiento; los ojos, de color castaño, se hunden en las lejanías del ensueño o se arropan en la bruma de la meditación interior; nariz firme y pequeña, que daría la clave de un temperamento antisexual si los labios amorosos no denunciaran lo contrario; breve de cintura inquieto en el andar, manos y pies pequeños, maneras violentas o suaves, según las circunstancias: tal es el hombre. Sus aficiones literarias son escogidas; ama los libros bien escritos, las rimas bien hechas y los lances de epílogo trágico. Como todo imaginativo goza del esplendor de los pasados gloriosos y saborea las dichas de un porvenir más equilibrado y más noble. Quizá su existencia hubiera sido más feliz en un mundo más aromático y superior; pero, a falta de éste, él trata de hacerse uno a su manera, labrándose poco a poco, en las azules planicies de su espíritu, un palacio de fe, de amor y de ensueño.

## IX

Refiriéndonos al artista, a veces os extrañará el modo de describir ciertos paisajes, porque tiene su visión especial, como aquel que tiene una personalidad literaria propia. Tal vez los ríos que haga ondular ante vuestros ojos, os asombren con su caudal del aguas y sus crecientes rumores; tal vez sus selvas serán más vastas, sus llanos más inmensos y la cresta de sus montes más atrevida; pero él, en verdad, no os quiere engañar: es que siente más intensamente su naturaleza; que, para colocar en ella a su amada, aumenta la sublimidad del cuadro, hace más intensos los colores, le da más potentes relieves a la perspectiva. como en el cuento antiguo, tiene en sus manos, ríos, cordilleras, prados, sotos y colinas, que va envolviendo con la magia de su estilo y el poder evocador de

su palabra. En este fondo de edén su amada será un ave del paraíso, que entonará la primera canción de amor en el amanecer de su vida, posada en una rama del arbol del bien y del mal, reflejándose en el fondo de uno de los cuatro manantiales sagrados.

## X

Tal libro, sentido frente a una naturaleza joven, ingenua y fragante, tiene que llevar un dulce soplo de poesía, aunque algo dolorosa, sobre todos los espiritus sedientos del ideal. En medio de esta época de guarismos, de miserias y de apetitos bestiales, este libro será como una lluvia fresca sobre un campo de estío. O como un vaso de leche alargado desde el fondo de una choza a las fauces de un mendigo hambriento. O como la vista de un campo florido, de un bosque verde y de un trozo de cielo, después de estar un año en el fondo de una ergástula. Porque él contiene mucho de esa ternura, de ese ideal y de ese amor que empiezan a desaparecer en el mundo. Escrito con sangre está, y la sangre es espíritu, según dijo Nietzsche. Escrito con sangre y con lágrimas. Merece un puesto de preferencia en la biblioteca sentimental de nuestro corazón.

*París, 12 de octubre de1906.*

# Los poetas como educadores de la raza

Estamos abrumados de hombres teóricos: no tenemos quién nos haga un alfiler, quién nos fabrique una lima. Haya libros y tratados, pero abunden gabinetes y museos; haya fórmula, pero tengamos también experimentos; haya ciencia, pero entre la enseñanza por los ojos con la virtud de los ejemplos.

La raza necesita el empuje vigoroso de los poetas viriles. Los poetas están en jaula, como las avecillas, y deben salir al campo raso como los leones. Para eso tienen la melena y tienen el rugido.

En pueblos donde hay multitudes indoctas, no se puede desperdiciar la inspiración de los poetas. Y es preciso que ellos la encaucen, la encierren en los moldes de lo útil. Es preciso que la dominen y no la dejen correr desenfrenada y loca, como los potros violentos que no quieren soportar la brida.

Los poetas son factores indispensables en la obra de reconstrucción, nacional. Centro América los necesita para que penetren en el corazón de las masas. Para que inspiren el verdadero patriotismo. Para que enseñen con sus ritmos y gritos y sus cantos, a conocer la diferencia que hay entre el suelo nativo libre y el suelo nativo en manos de otras razas. El economista concibe sus ideas y las expone: el pueblo no se detiene. El sociólogo lanza sus teorías; las masas no entienden. El científico hace un descubrimiento: sólo un grupo aplaude. Pero el poeta vibra y las multitudes estallan. Véase cómo los corrillos recitan y entonan canciones. Y como todos ignoran absolutamente qué es democracia, qué es gobierno, qué es deber individual, qué es vida libre.

De aquí que el poeta deba estudiar los problemas de la patria al igual que el economista y el sociólogo y el letrado y el banquero.

De aquí que deba agitarse, difundir ideas sanas, impulsar con bríos, romper tradiciones falsas.

Tenemos los centroamericanos un territorio grande y una patria chica. Vamos a poblarlo de hombres. Vamos a edificar hogares de roble y a quemar luego las chozas de paja. Vamos a convertir la muchedumbre ignara, la gleba, la turba, los reclutas, los irredentos, en pueblo consciente, en hombres con células vivas, en obreros con músculos de alambre, en electores cuerdos, en ciudadanos dignos, en hijos de la gran patria.

Nuestra literatura forzosamente ha de evolucionar. Siempre el impulso precede a la acción y la idea al hecho. No podrá razonar nuestro pueblo, ni analizar, ni juzgar, ni comprender lo utilitario y sano, si antes no labramos un troquel que amolde sus sentimientos, sus instintos, su inteligencia. Y una vez dominados sus nervios, sus corazones, sus ansias, fácil tarea será lograr que las ideas y las actividades de los individuos se lancen por el cauce de la razón, de la utilidad y del análisis.

Los poetas son los grandes educadores de la raza. Los poetas deben iniciar la campaña educativa para formar ciudadanos, para hacer hombres. Deben evitar los conceptos abstractos y enseñar verdades concretas. Deben impulsar a las multitudes hacia el taller, para que aprendan a fundir el hierro, para que críen músculos y se hagan fuertes. Deben enseñarles a dominar la naturaleza, a vencerla, a escarbar la tierra bajo el sol ardiente, en busca de un terrón que contenga oro.

Los problemas se multiplican. Las oportunidades son más numerosas que las ondas de los mares y los soplos del huracán.

Hay un campo numeroso para la enseñanza cívica. Hay millones de principios, de ideas, de actividades, que necesitan divulgadores, propagandistas, hombres de ciencia, que las analicen, poetas que

las canten. Si existen analfabetos, culpa es de los que no les enseñan. Si las masas se suicidan en el error, culpa es de los que saben y no contienen sus salvajes arrebatos. No más cantar al colibrí de los prados, ni a la golondrina de los mares, ni al ruiseñor de lós bosques.

Que las odas y los cantos deben ser para las tierras fértiles. Que los poetas deben internarse en los sembrados, observar la vida de los que labran el suelo, y cantar las glorias del agricultor en sus faenas rudas. E ir a los talleres, a inspirarse en el girar vertiginoso de las poleas y los dinamos, en el movimiento rítmico de los émbolos, en el fragor de las máquinas. Minerales hay en las entrañas de los montes, y portentosas caídas en las vertientes y quebradas, y fuerzas motrices de valor inmenso, escondidas, inexplotadas, esperando que el hombre las descubra, las utilice, las ponga al servicio del mundo. Son las hadas de los bosques. Y los poetas no las cantan. Son las sirenas de los mares. Y no hay barca que las busque.

No. No más alegrías, ni lágrimas, ni tristezas. Esa no es nuestra vida. Esa no debe ser nuestra poesía.

Necesitamos un poeta. Un poeta de pelo corto, de bríos, que legisle como Hugo, que cruce el mar a nado como Byron. Un poeta que sea hombre. Un poeta que viva la vida de nuestros días. Un poeta que cante al Tequendama y no al Niágara; que cante al Chimborazo y no al Vesubio; que cante a Hidalgo y no a Washington. Necesitamos un poeta que comprenda la vida industrial moderna, que la cante y la ennoblezca y la divinice. No que busque rimas para causar tristezas, ni ritmos sonoros para una lágrima, sino que busque hechos, ideas, sentimientos, actividades para formar hombres. Y que eduque. Que sea filósofo, para que pueda llegar al fondo del corazón. Y que destruya las falsas creencias, aniquile las malas costumbres, rechace las fuerzas invasoras, detenga el pujante oleaje.

Que sea útil. La raza lo necesita.

# En el Golfo de Fonseca

Esa mañana había sido espléndida. Corría una brisa fresca y suave, impregnada ligeramente de yodo y salitre. Las aguas del mar tenían un color plomizo, las que se elevan en la superficie de un estanque, al caer las primeras gotas de una lluvia. A veces se reunían esas pequeñas olas, se hinchaban, parecían próximas a estallar; pero se sumergían luego debajo de las otras como si fueran uno de tantos monstruos cuyo dorso sobresale a intervalos en las ondulaciones de las aguas del mar. El cielo tenía un color lechoso, un color de ópalo, suavemente bañado de rosa. En el oriente empezaba a ascender el sol; pero era un sol pálido, como visto a través de un vidrio opaco. Grandes resplandores partían de aquel foco luminoso, entre los que flotaban mil nubecillas ligeras,nacaradas, solas, implacables, semejantes a copos de espumas o alas de ángel. Poco a poco una luz más intensa, más brillante fue disolviendo el rosado del cielo, y el sol, un sol magnífico, un sol de fuego, un sol de púrpura, apareció en el espacio, que se transformó en bruñida bóveda de plata, en convexo espejo, resplandeciente. El mar se tiño de tonos azulados, y nuestra balandra, llevada antes a grandes golpes de remo, hinchó su vela latina y se deslizó como un gran cisne. En la popa un marinero atezado fumaba tranquilamente, recibiendo los rayos del sol en el rostro. Un delfín, oscuro y enorme, apareció a proa, meciéndose con voluptuosidad. Luego otro. Después más, hasta formar un grupo que se sumergía de súbito, saliendo después a la superficie y alejándose con lentitud en el vaivén de las ondas. La balandra, después de ganar una punta, entró en los esteros, llenos de un agua tranquila, sin brillo, casi transparente. El viento, que antes aleteaba en la lona, plegó dulcemente las alas. Los remeros inclinándose para adelante y para atrás, a un mismo tiempo, como movidos por un resorte, batían el agua, que se desgarraba, formaba pliegues rápidos, vórtices y borbollones de espuma efímera. Aquello tenía cierta armonía, estaba sujeto a un compás, era una extraña música que corría sordamente sobre

las amargas aguas tranquilas. Dos pelícanos volaron sobre nuestras cabezas, lanzando dos gritos roncos, que sonaron aislados, huecos, ásperos, quedando como suspendidos en la atmósfera seca. Uno de ellos se precipitó en el agua, produjo una explosión de gotas al chocar con ella, y voló de nuevo, llevando en el pico un pez, que brilló a la luz del sol como una ascua de oro. La balandra pasaba lentamente entre islotes poblados de manglares verdes, de un verde subido, lustroso, invariable. Al pie de los troncos se entrelazaba un bosque de raíces, de lianas, de restos vegetales, confundiéndose, amalgamándose y pudriéndose, para formar, con el eterno contacto del agua, un detritus negruzco y espeso, que se modifica en el verano, dando así asilo a las alimañas salvajes. Una bandada de palomas marinas pasó a los lejos, cortando el horizonte. En el fondo de aquella vegetación mórbida, en marcos de verdura, veíanse algunas garzas de color de nieve, estiradas, inmobles, como petrificadas sobre las ramas. En la copa de los manglares chillaban los loros, cantaban pájaros desconocidos, formando un concierto inarmónico, extraño, indefenible. Presentíase que entre aquellas hojas, entre aquellos troncos, entre aquellas raíces; presentíase que sobre aquellas aguas, sobre aquel limo, sobre aquellas plantas, se agitaba una vida superabundante, magnifica y primitiva; una vida que hacía surgir de las aguas el sedimento, y del sedimento las raíces profundas, y de las raíces los manglares, y de los manglares las moscas zumbadoras de los trópicos, los insectos venenosos, armados de taladros invisibles, de sierras diminutas; y me pareció, por un momento, que aquel paisaje era de otros tiempos, de otras épocas lejanas, apenas sospechadas por los geólogos; y vi, en la imaginación, las primeras capas terrestres, los grandes helechos trémulos, los bosques de coníferas, poblados de cigarras y de grillos, adiviné la formación de nuestro planeta, las misteriosas incubaciones, los gérmenes ocultos de la vida; y un génesis profundo, sabio, inmortal, intimo, supremo, llenó mi cerebro de luz y mi corazón de amor, haciéndome retroceder un millón de siglos, desvaneciéndome en el estremecimiento de una vida inmensa y bondadosa, hundiéndome en el océano de leche del Cosmos y obligándome a bendecir al Dios que arrojó el grano de arena al piélago marino, y el astro, otro grano de arena al piélago infinito del vacío.

# A orillas del Lempa

El trotón, aguijado por la espuela, avanza fatigosamente por el camino que parece un reguero de brasas. Siéntese un verdadero vaho de incendio, que tuesta los follajes próximos con su hálito mortífero. De pronto una bocanada de aire fresco alivia mis pulmones, y el Nilo salvadoreño, verde y apacible, surge ante mis ojos fatigados por los deslumbramientos solares.

Ahora voy por una ruta de arena finísima, de blancura deslumbrante, a cuya vera se alzan miserables chozas, donde, probablemente, viven pescadores con sus familias.

Se ven verdes sandías y amarillos melones a uno y otro lado, cociéndose en aquella tierra como en un horno. Los chiquillos y las mujeres que se asoman a las puertas de las pobres cabañas parecen atacados de un paludismo incurable, tan mortecinos son sus ojos y tan pálida su piel.

La marcha se hace más difícil.

El caballo no puede caminar bien en aquel piso de arena menuda, semejante a un gran reguero de sal, donde tremulan los vidriosos reflejos de un ardiente mediodía, que ha convertido el cielo en una lámina candente de cinc.

A la derecha, lamiendo el borde de un enorme ribazo de lujuriante y pródiga vegetación, el río se desliza majestuosamente, arrastrando en silencio el caudal de sus aguas. A la izquierda, después de caminar un kilómetro, los árboles van espesándose hasta parecer una selva, donde las grandes crecientes han dejado visibles huellas. Al pie de los troncos, entre las raíces, se hacina toda clase de restos vegetales; en las ramas se ve aún el ciego

furor de la pasada estación lluviosa; y los arbustos, ajados y llenos de limo, tienen la señal del miedo que les causara la súbita invasión de las aguas iracundas.

En un claro, bajo las altas copas de los árboles y la red de las lianas, algunos hombres están haciendo leña de un robusto tronco. Suenan sus golpes secos y acompasados, relampaguean las hachas en el aire luminoso, y se oye, al pasar, la respiración de sus pechos jadeantes y sudorosos.

Y la vegetación va aclarándose, y la deslumbrante arena no concluye, y el sol sigue más crudo y ardiente, y la nariz, en aquella atmósfera de llamas, aspira las emanaciones del agua próxima, en la muda soledad de aquel mediodía casi blanco, que parece tener como suspensa la vida de la naturaleza. En aquel angustioso silencio, sólo se escucha el áspero y metálico chirrido de las cigarras, a lo lejos, entre las malezas. Chirrido melancólico y lamentable, que hace soñar, en el ambiente sofocante, con un alegre y torrencial aguacero que refrescase el cielo y la tierra.

Y más polvo deslumbrador, más sequedad en el aire, más fuego en el sol, y en mi, más ansia de ganar la orilla del caudaloso y generoso río. La masa de agua verde, bajo una sutil neblina, aparece al fin cercana, deslizándose pausadamente entre sus orillas. Toda la dulce frescura del río penetró en mi ser, haciéndome olvidar las fatigas de la jornada. Hubiera querido arrojarme desnudo en la profundidad de la corriente, beber a grandes sorbos de ella, hundirme hasta su fondo y abrir los ojos en su lecho de arena, mientras pasaba sobre mi su grave rumor y el deleite de sus aguas frescas y tranquilas.

Enfrente, veíanse los penachos de los cocoteros de *Parras Lempa*, mustios y polvorosos. Una barcaza llegó lentamente a la orilla. Pasé, tratando de retener en las pupilas la visión de aquella manga de agua verde, tan silenciosa y tan caudalosa. Antes de perderla de vista, comtemplé otra vez el río desde una cuesta próxima a su orilla. Dulce, lento, vasto, solemne y silencioso, seguía deslizándose entre sus solitarias riberas, copiando el incendio

solar y la fiesta de las nubes. Y rememoré el siguiente soneto mío:

*Corre con tarda mansedumbre el río,*
*copiando en sus cristales la arboleda,*
*y un monótono diálogo remeda*
*con el viento su grave murmurío.*

*Bajo el candente cielo del estío*
*no se apresura ni estancado queda,*
*sino que -lento y rumoroso- rueda*
*a perderse en el pielago bravío.*

*Tal se apresura la corriente humana*
*con su rumor efímero de gloria*
*reproduciendo una cultura vana;*

*y -sin que mude el curso de su suerte-*
*corre en el viejo cauce de la historia*
*hacia el mar misterioso de la muerte.*

# La Siguanaba

Yo me acuerdo de una dulce canción alemana, de una canción de Heine, tan triste como algunos versos del *Intermezzo*, tan llena de susurros como los pinos de la Selva Negra, tan impalpable como las pálidas nieblas del otoño...

Es una canción que puebla mi alma de reminiscencias de cuentos de hadas, de brumosas narraciones góticas, de leyendas germánicas referidas al calor y a la paz del hogar, mientras la cerveza hierve en las jarras, corre a lo lejos entre los viñedos murmurando el Rhin y el viento gime en los deshojados árboles del huerto, que tiritan bajo la lenta lluvia de plumillas de nieve.

Es la canción de Lorelei, la canción de la Siguanaba alemana, más terrible y más pérfida que la nuestra:

*No sé lo que por mí pasa,*
*que tal tristeza me da:*
*un cuento de edad remota*
*clavado en mi mente está.*

*Sopla el cierzo y anochece,*
*y tranquilo corre el Rhin;*
*la cumbre del monte dora*
*el sol que baja a su fin.*

*Sentada alla arriba se halla*
*la más hermosa mujer;*
*relucen sus joyas de oro,*
*de oro es su pelo también.*

*Se peina con peine de oro,*
*se peina y canta a la par,*
*y tiene mágico hechizo*
*su melodioso cantar.*

*El pescador en su barca*
*la oye con hondo placer:*
*no repara en los escollos,*
*mira en alto a la mujer.*

*Al fin perece en las olas*
*con su barca el pescador,*
*por prestar incauto oído*
*a ese canto seductor.*

Esta balada muchas veces me trae a la memoria el lejano recuerdo de mi niñez, cuando sentado en el umbral del hogar, al toque de oraciones, oía en religioso silencio los inocentes cuentos que nos refería una buena y sencilla anciana, que Dios debe tener en su seno, porque estoy seguro de que se murió libre de todo pecado, si acaso puede suceder esto en este valle de lágrimas.

Después que las esquilas llenaban de lentos rumores metálicos el aire, cuando agonizaban sus pausadas voces de bronce en el vacio, la jovial viejecita, repasando las cuentas de su rosario, sentada en la invariable butaca de cuero, con su aspecto de no mentir jamás, porque ella también lo creía de buena fe, nos contaba, tosiendo a intervalos,algunas leyendas lugareñas de duendes y de apariciones.

Pero lo que más influía en mi imaginación, lo que más me preocupaba por aquel tiempo, lo que más atraía mi interés, era el cuento de la Siguanaba, un cuento burdo que no dejaba de llenarme de cierto terror.

¡Ah! ¡La Siguanaba! ¿Conque era cierto que existía aquella mujer? ¿Conque se la encontraba en los ríos, en los remansos poco profundos, bañándose a la claridad de las noches serenas?

¿Conque a veces, a la boca de la oración, tal vez a la media noche, aparecíase junto a las quebradas, en las llanuras solitarias, a la falda de ciertos montes, envuelta en la dudosa luz del crepúsculo o en la atmósfera de plata de nuestras lunas llenas?

-Yo la he visto, con estos ojos que se ha de comer la tierra, decía la narradora, viendo en nuestros semblantes pintada cierta incredulidad. Aveces se aparece bajo la forma de una vieja cubierta de ropa sucia, buscando algo entre la yerba de los campos; a veces en los ríos, con el aspecto de una hermosa joven que canta con voz dulce, mientras golpea sus harapos contra las piedras del lavandero; entonces es más peligrosa porque llama a los hombres, y cuando éstos se acercan a ella, los arrastra al fondo de la poza, de donde jamás vuelven a salir. Es muy mala: ¡cuidado con la Siguanaba!

Tanto nos repitió esto, que al fin acabamos por creerlo.
Yo, si he de ser franco, siempre me la figuré joven, bella, atrayente: casi llegué a amarla por el misterio de que estaba rodeada.

Así se deslizó mi infancia, llena de inocentes creencias, arrullada por sencillos cuentos, mecida por vagas y dulces leyendas.

Muchas veces ansié encontrarme con la Siguanaba, verla de cerca, saber si realmente existía.

Porque aquella mujer, errante, aquel hermoso fantasma de los senderos pedregosos, de los campos cubiertos de matorrales y de espinos, de las rumorosas playas de los grandes ríos, de las laderas de las montañas, atraía vivamente mi imaginación soñadora y febril, en la que, como pájaros implumes, estaban adormecidos y aletargados mis delirios y mis ansias de joven.

¡Cuántas veces, en los parajes sombríos, creía escuchar el eco de su voz en el rumor del viento venido de los bosques profundos! ¡Cuántas veces, a la hora del toque de oraciones, me pareció que iba a alzarse de pronto entre las altas yerbas temblorosas, tras las próximas zarzas, en el obscuro límite del horizonte!

¡Cuántas veces, cerca de las cascadas espumantes y rugientes, en la margen de los ríos orlados de nenúfares y sombreados por ceibas corpulentas, a la melancólica claridad de la luna, cuyo disco parecía, en el azur despejado y tranquilo, una claraboya de luz, me pareció de súbito escuchar su acento a lo lejos, como entre los enormes peñascos, tras las matas de los salvajes lirios acuáticos, siendo así que era el ruido parlero de la cascada o la canturria monótona de las aguas del río!

¡Ah! No la vi, no veré jamás a la Siguanaba. Huyó mi niñez y también huyó con ella; huyó para siempre. No la buscaré más en las campiñas, no la buscaré más en los montes, no la buscaré más en los ríos. No está ya en ninguna parte, no aparece por Ningún lado: sólo la viejecita, la pobre viejecita aquella, pudo verla y morirse creyendo en que de veras existía.

Dichosa la anciana, dichosa mil veces. Dichosos los que piensan aún en la Siguanaba; dichosos. Ellos tienen todavía creencias, gozan y sufren con las leyendas de antaño, viven una vida feliz, la vida de la eterna infancia del cerebro y de la eterna sencillez del corazón.

No son como yo que perdí para siempre la fe; que he sido disciplinado con disciplina de hierro por una civilización descreída; que he absorbido los éteres mortíferos del pesimismo con temporáneo; que he sido impasible testigo de un duelo a muerte entre las seculares ideas y los nuevos principios; que he visto a mi alrededor desvanecerse, como jirones de niebla, los fantasmas que turbaron el sueño de mi generación.

¡Qué no diera hoy por volver a creer en la Siguanaba, por volver a sentir los temores que me hizo sentir en mi infancia!

Todo lo que he aprendido sobre los pedantes libros de los retóricos griegos, de los poetas latinos, de los brumosos filósofos alemanes.

Todas las negaciones y afirmaciones de Heráclito y Demócrito; todas las odas de Horacio y de Virgilio; todas las dudas de Hegel y los sublimes pensamientos de Kant.

Todo, todo eso diera. En cambio me quedaría un corazón puro, una alma sencilla y límpida, llena de creencias vulgares,pero inofensivas; y la fe, sobre todo, la fe en el Dios de mis abuelos que estaba medio oculto entre grandes nubes, con los brazos extendidos sobre el mundo terrestre, la barba celestial caída sobre el pecho y los ojos cargados de siglos.

# Mr. Black

*A Antonio Callejas*

Creo que si volviera al lugar donde estuvo la éscuela de Mr. Black, se despertarían extrañas reminiscencias en mi memoria, tal como le sucedió en Londres a Edgar Allan Poe, al volver a visitar la escuela del dómine Brandsby; pero, aunque volviese allí, tendría que hacer un gran esfuerzo mental para reunir los pensamientos que abandoné hace doce años en el vetusto caserón, porque hoy, en el lugar de él, álzase un elegante edificio moderno, donde se oyen sonoras carcajadas femeniles y músicas de instrumentos de cuerda, en vez de los ayes de los párvulos martirizados por las disciplinas del ogro, que durante el día nos enseñaba aritmética, y por lá noche, a la luz agonizante de una lámpara de alquimista, nos hacía rezar el rosario, de rodillas sobre las baldosas de la celda que le servía de cuarto. Creo innecesario decir que cuando alguno de nosotros cabeceaba, rendido por el sueño, era agarrado de la oreja por la mano de Mr. Black, y columpiado cerca del techo, donde se despertaba dando alaridos. Poniéndolo en el suelo otra vez, el gigante continuaba su interminable rosario, con voz monótona y pacata, golpeándose el pecho, mientras nosotros nos veíamos a hurtadillas llenos de terror.

Para figurarse con verdad a Mr. Black, hay que describir el edificio de su escuela, tal como era cuando yo viví en él durante tres años mortales, que no olvidaré ni en la otra vida, con ser que allí se olvida todo. Imaginaos una antiquísima casa, llena de telarañas, con las tejas cubiertas de musgo y con un patio empedrado de guijarros volcánicos, probablemente del período paleolítico; patio desconocido de los pájaros del cielo y donde jamás había nacido una sola flor. Horribles paredones negros aislábanlo de toda comunicación con las vecinas casas, y sólo de

cuando en vez, por una rara casualidad, asomábase a él, desde lo alto, uno que otro gato , perdido, que lo examinaba atentamente lleno de asombro, con los bigotes erizados, huyendo en seguida a grandes saltos. Los murciélagos y las lechuzas, a la luz de la luna, aleteaban en él; los ancíanos pilares proyectábanle sus sombras y los grillos lo asordaban con sus monótonos chirridos. En las noches tempestuosas, el viento aullaba sobre el edificio, sacudiendo aquella vieja armazón, cubierta de polvo de cien años, como si quisiera arrastrar su descarnado esqueleto de vigas. El sol, por la mañana, apenas calentaba aquellos corredores húmedos, donde sonaban huecas las pisadas y los ratones tenían sus agujeros. Un fuerte olor a moho, a vejez, a hongos podridos, se cernía de contínuo en aquel ambiente, que, como el agua de ciertas fuentes las raíces que va mojando, tenían la cualidad de petrificar lentamente las carnes de los niños, dándoles el color de la piedra pómez y cubriéndolas de un polvillo terroso.

A esa maldita escuela fui llevado un día de enero, a las ocho de la mañana, cuando apenas contaba diez años. Al ir a entrar, volví maquinalmente los ojos a la calle, que no volvería a ver más, para despedirme del tibio sol que bañaba las paredes de las vecinas casas; de dos o tres pilluelos, mis amigos, que me habían seguido de lejos con caras tristes; y de dos bueyes, gordos y mansos, que pasaron en aquel momento, repletos sin duda de jugosa yerba y de felicidad. Cuando entré a la sala de clases, completamente desmantelada, varios niños volvieron tímidamente los ojos hacia mí, apartándolos de sus pizarras, donde probablemente resolvían un problema. Eran como veinticinco, sentados en bancos de pino. Reinaba un profundo silencio, apenas interrumpido por el chirrido de los pizarrines al trazar las cifras o por la tos tímida de alguno de aquellos infelices, en cuyos semblantes se pintaba el miedo.

Mr. Black, a quien no conocía sino por la terrible fama de que gozaba entre los párvulos de las escuelas, estaba inclinado en ese momento sobre una gran mesa, donde se veían algunos libros de tiempos remotos, una palmeta enorme, un ancho tintero de barro y unas disciplinas de cuero de res, negras, horribles y nudosas, que conocían las espaldas de una generación de niños. De lejos

veíase únicamente la parte superior de su cabeza puntiaguda, cubierta de un pelo crespo y gris. Como sintiera mis pasos en la puerta, se enderezó, y dijo con una voz seca, que zumbó ásperamente en mis oidos: ¡Entre! Yo entré lleno de pavor, aunque cruzó por mi mente la idea de escaparme a todo correr por la calle próxima.

Desde esa hora, después de algunas explicaciones en que se habló de mi *carácter fuerte*, de los latigazos que debía darme aquel verdugo para *domarme*, y de otras cosas por el estilo, quedé incorporado a aquella sucursal de la Inquisición, y empecé, para evitar pérdida de tiempo, a copiar allí mismo el problema que estaban resolviendo mis compañeros de infortunio. Era una maldita resta, por la que se trataba de averiguar cuántos años tenía el *maestro*. Los números, rígidos y estirados, escritos con tiza por la mano de Mr. Black, se destacaban como enjutas figuras geométricas en el fondo negro del pizarrón. Cada uno de ellos era el retrato del que los había trazado con lós huesosos y largos dedos de su mano, capaz de perforar una mesa de un solo impulso. Si aquellos números, casi misteriosos, parecidos a jeroglíficos egipcios o a fórmulas mágicas, se hubieran juntado por el capricho de un hechicero, indudablemente que la silueta angulosa de su autor habría aparecido de repente en el pizarrón. Yo no podía imaginarme aquellos guarismos, sin imaginarme a Mr. Black, y viceversa. Entre él y ellos había un lazo invisible, una relación misteriosa, un parentesco raro. Eran sus hijos, sus esclavos. Parecía que estaban doblegados a su voluntad, que obedecían sus caprichos, que estaban ciegamente a sus órdenes. Si él les hubiera dicho con su terrible voz: -¡Números: a la mesa!, - los números desprendiéndose como por encanto de su puesto irían en seguida a colocarse en ella, respetuosamente inclinados. Si él les-hubiera dicho: -¡Números: a mi cabeza!- los números, subiéndose por sus largos brazos, entrarían en ella por su boca, por sus orejas, por su nariz y por sus ojos: tal homogeneidad existía entre aquel hombre y aquellos guarismos.

Como ninguno de nosotros resolvió el problema de encontrar su edad -cosa del todo imposible, porque sin duda se le había muerto

de vieja o tal vez nunca la tuvo, lo que es más probable- levantóse de su taburete, y después de dar de latigazos a los más grandes, cogió el tizate y se dirigió al pizarrón. Los números, viéndolo acercarse, hicieron una mueca, que era una sonrisa, alineándose gravemente sobre la horizontal.

Entonces pude verlo y considerarlo bien. Era un hombre cerbatana, como el dómine Cabra, de Quevedo; una alta osamenta cuyos huesos chocaban a cada instante; una como momia colosal metida en una levita milagrosa, del color de la miseria, cortada por la desgracia, raída por el hambre y empolvada por el tiempo. Sus pantalones de panilla ocultaban unas piernas inverosímiles y temblorosas, que parecían de avestruz, o con más verdad, de alambre, cuyas choquezuelas crujían a cada momento; temíase que los tales órganos de locomoción se quebraran como una caña. Su calzado de suela, con señales de muchos remiendos de zapatero viejo, veíase cortado sobre los dedos, por temor de los callos, que tenía muchos y muy grandes. La pechera de una camisa o de una mugre que parecía tal, enemiga de lavanderas, desconocida del agua, mal vista con la plancha, asomábase por entre el chaleco, o *centro*, como decía él, flojo sobre su abdomen inverosímil, digo, sobre su espinazo, porque lo que es vientre no tenía, ni le hacía falta para maldita cosa. No tenía color su rostro, sino era cuando montaba en ira, que entonces se bañaba del de la muerte, aunque de por sí estaba de pecas y de cicatrices. Terminaban sus flacos brazos en manos más flacas, que terminaban en dedos más flacos aún, de donde salían diez uñas enflaquecidas de tanta flaqueza; cada dedo, así con aquella uña negra, era a propósito para gancho del tridente del diablo. La cabeza, cabo de aquella tranca de hombre, era nido de terquedades, terreno ingrato para retóricas, bosque virgen para los peines, refugio seguro de las pulgas proscritas de su pescuezo. Bajo sus párpados llenos de fatiga, palidecían sus ojillos miopes, defecto que favorecía nuestra risa desde lejos, aunque a veces, por sólo un culpable, caía el látigo sobre chicos y grandes. Por entre las ventanas de su nariz de lobo, veíase un vello color de tierra, pareciendo que dos arañas tejieran sus telas allí. A los lados, dos patillas anémicas, queridas del desaseo y viudas sin consuelo del

jabón, caían melancólicamente sobre su mandíbula inferior, que a veces se doblaba sobre su pecho, digo, sobre sus costillas, que podían doblarse sin duda sobre su espinazo, que a su vez lo haría sobre sus piernas; tal facilidad para ello indicaba aquella armazón de resortes. Sus grandes orejas parecían conchas de ostras; su boca, o mejor dicho, la abertura que hacía de tal órgano, entreabríase y mostraba un colmillo negro y encorvado, semejante a una bruja en el fondo de su cueva; y su pescuezo arrugado, estirábase como el de ciertas aves de rapiña en dirección del menor ruido. Sentado me pareció un número 4; de pie, un gran número 1; y encogido sobre el pizarrón, un número 7.

Resuelto por Mr. Black el problema de averiguar los años que tenía, salió tal cantidad, que él mismo no dejó de asombrarse con ser que hacía un siglo que no llevaba la cuenta. Después me dijeron que no tenía edad, y hasta que no era hijo de mujer, como todos los hombres; pero esto nunca lo creí del todo. Ni tampoco que tuviera pacto con el diablo, ni que no comía carne de puerco ni de vaca, sino ratones tiernos y alguna que otra lechuza ni que su levita le creció con los años y en eso sumaron siglos- como la túnica inconsútil de Nuestro Señor Jesucristo; ni que en un arcón viejo, al lado de la tarima donde dormía con un ojo abierto y otro cerrado, tenía calaveras y canillas de muerto, con unos pergaminos que contenían secretos de cábala. Todos estos rumores, dichos al oído de los alumnos, contribuyeron a que le cobrara un supersticioso terror a Mr. Black, que se aumentó cuando oí asegurar había nacido antes del Diluvio, y que se salvó de la catástrofe, escondiéndose en el arca, entre las jirafas y los camellos, por lo que no llamó la atención de Noé. Algunos dudaban de esto; pero tenían por cierto que varios astrólogos caldeos, según constaba de un ladrillo cuneiforme, encontrado en las ruinas de Nínive, lo vieron con la misma levita en la torre de Babel. No faltaba quienes aseguraran, fundándose en un jeroglífico de una de las galerías de Memfis, y firmado por un sacerdote de Isis, que en tiempo de uno de los faraones había tenido la ocupación de envolver y pintar momias; pero la versión más racional, y quemerece entero crédito, es la que cuenta que vino a América escondido en el fondo de uno de los buques de Colón,

saltando a hurtadillas a tierra de Honduras en Punta Caxinas, y que después, corrido el tiempo, dedicóse con tesón a enseñar las cuatro reglas a los niños ayudado asiduamente por la palmeta y las disciplinas, que después supe apreciar en su justo peso y valor.

# La niña de la patata

Ahora rememoro aquella gélida mañana otoñal, cuando, puestos los guantes y enfundado en mi gabán neoyorquino, subí uno de los puentes del *Graff Waldersée*, a ver el espectáculo del cielo y del mar, siempre emocionante y sugestivo. El transatlántico había salido ya del hirviente Canal de la Mancha, metiéndose, a grandes golpes de hélice, en pleno océano, que le acariciaba los costados con sus ventrudas olas plomizas, diademadas de espuma, sobre las que se arremolinaban las gaviotas que chillan angustiosamente en los adioses de Byron. Sobre la febril inquietud marina, de la que emanaba un potente soplo de abismo, el cielo septentrional, de un gris ahumado, parecía estremecerse con el viento venido de la lejana y misteriosa región ártica, donde el frío, en esa hora, cincelaba los bloques de hielo que las corrientes arrastran al tumulto de las olas atlánticas.

Mas, en mi corazón, a pesar del extraño y soberbio panorama, hacía presa la nostalgia de los ardientes y luminosos mares del trópico. Soñaba con los ojos puestos en las nubes cenicientas y en las aguas pardas, con las verdes bahías brasileras que acababa de recorrer; con el cielo, generoso de luz, que brilla sobre el Mar Canario; con las inmensas y azules soledades del Atlántico ecuatorial, donde los crepúsculos son ardientes orgías de colores; con las tardes y mañanas del Mar Caribe, cuando, recostado a babor o estribor, enhebraba soñares y pensares, anegados mis ojos en aquellos resplandecientes azures, siguiendo el paso de las algas, las uvas del trópico, arrastradas por las tibias aguas de la corriente del Golfo, o la perspectiva de las nubes en el horizonte sin límite, donde, a veces, semejan una tropa de ángeles volando a los altos círculos celestes; otras, arquitecturas de magia y espejismo; otras, rebaños paciendo en campiñas de ensueño o de ilusión, para transformarse luego en monstruos de fábula o de

pesadilla: dragones apocalípticos, grifos y quimeras gigantes, pitones alados, toda una fauna, en fin, caótica y estrambótica, que se diluía lentamente en la sombra crepuscular.

Iba, arañado por el frío, a refugiarme en el salón de fumar, cuando, por entre los huecos de las lonas que resguardaban el puente, apareció a mis ojos un espectáculo imprevisto. A proa, entre ruedas y cilindros de hierro, bajo la red de los cables embreados, apretábase un verdadero rebaño: todos los pasajeros de tercera: aldeanos, alemanes de barbas incultas, muchachas inglesas, de rostros secos y angulosos; emigrantes de los dos sexos y de todas las regiones europeas del norte; gentes, en fin, amontonadas allí por la fuerza, charlando en varios idiomas, calentándose con la aproximación, envueltas con el humo de las pipas, sufriendo los rigores de aquella cruda mañana, alimentadas como los cerdos, andrajosas y macilentas.

En medio de aquel maremágnum cosmopolita, alegre en su angelical inocencia, toda encendida del frío, muy regordeta, con los ojos que parecían dos lagos azules, con los burdos zapatitos rotos y el traje raído, envuelta la rubia cabecita en una mala manteleta, una preciosa niña, no mayor de tres años, un lindo querubín entre aquella soez hampa, quería comerse una gruesa patata caliente y medio cruda, que acababa de tomar de un cubo próximo. Es probable que cualquiera de los marineros de a bordo le hubiese hecho ascos a aquel manjar; pero la criatura tenía hambre, hambre aguzada por el frío, y se veía su afán de mordisquear el duro tubérculo. Así, con él en las manos, ni los querubines de Murillo son más graciosos que aquella amable y dulce pequeñuela entre aquella muchedumbre trashumante, a bordo de aquel trasatlántico que la llevaba hacia las costas de América, inconsciente de su destino, feliz con su grosera patata, bajo el bóreas hostil y sobre los vórtices del océano.

Una gran tristeza invadía mi corazón. ¿Cuál sería el mañana de esa deliciosa criatura? ¿Acaso, convertida en una linda mujer, alegrará con su tentadora juventud los grandes almacenes de New York o Chicago, inclinada sobre los libros de cuentas? ¿O

tal vez, atediada de su monótono trabajo, se resuelva a ser cliente de los cafés cantantes de Broadway, y beba wiskey y fume, entre un círculo de calaveras, bajo la cruda luz de los focos eléctricos, al son de la música lasciva de la orquesta? ¿O aguardará, pasada la media noche, en el quicio de las puertas, trémula de frío, a los que vuelven a sus lejanos hoteles, ofreciéndose a ellos con el impudor de las busconas? ¿O será carne de burdel en esas casas de citas, que trata de disimular el puritanismo angloamericano?

Pero no, angelito de cuatro años, flor de inocencia, inefable pequeñuela. Te has de librar del mundo, del demonio de la carne, de la astuta alcahueta y del Don Juan corrompido; del criado del hotel y del viejo libidinoso y has de ser, en un feliz futuro, la esposa de un honrado obrero o de un fuerte agricultor, para que de tu vientre, sano y profícuo, salga una raza de gigantes rubios, que sepan domar máquinas y remover montañas, en esos asombrosos Estados Unidos, recipientes de todos los ríos humanos, almáciga de naciones, crisol de pueblos!

Tal desea este pálido viajero, este taciturno soñador, que, en esta fría mañana otoñal, iluminó su noche interior con tu risueño amanecer, y gozó del perfume de tu infancia, y bebió el rocío de tus azules ojos, y derramó su angustiosa piedad sobre tu cabecita blonda, y te amó, en un fugitivo momento de su vida, bajo el plomizo cielo septentrional, entre la áspera vocinglería de las olas del Atlántico.

# INDICE